

AUTENTICIDAD DE LOS EVANGELIOS

Exposición Histórica, Crítica y Apologetica

Escrita por

L. -CL. FILLION

**Consultor de la Comisión Bíblica Pontificia
Antiguo Profesor de Sagrada Escritura**

Estudios Bíblicos N° 2

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA**

ISBN: 84-7770-460-0
D.L.:Gr- 670-99
Impreso en Azahara S.L.
Printed in Spain

PRESENTACION

Quizá a algunos les parezca que hoy este libro está ya pasado de moda porque los encarnizados ataques racionalistas de los siglos pasados, hoy están totalmente superados. Quienes piensen así se equivocan, porque hoy como ayer, los ataques continúan, y lo peor es que los defienden y mantienen precisamente aquellos que están destinados por la Iglesia para defender a la Biblia de todo error.

Hoy, aunque a muchos les parezca mentira, hay profesores de Sagrada Escritura que enseñan a sus alumnos que los Apóstoles San Mateo y San Juan no escribieron los Evangelios que llevan sus nombres, ni los escribieron ningún otro Apóstol, sino que sus autores permanecen anónimos, aunque la tradición nos haya dicho siempre que fueron compuestos por los Apóstoles San Mateo y San Juan.

También nos dicen que el apóstol San Juan, el hijo del Zebedeo, no es el llamado “el discípulo amado”, aquel que estaba con la Madre de Jesús junto a la cruz.

Según estos profesores, el Concilio Vaticano se equivocó y no dijo la verdad cuando afirma: “La Iglesia siempre ha sostenido y sostiene que los cuatro Evangelios tienen origen apóstolico, pues lo que los apóstoles predicaron por mandato de Cristo, luego, bajo la inspiración del Espíritu Santo, ellos (los apóstoles), y los varones apostólicos, nos lo transmitieron por escrito...” (Dei Verbum, 18). Pues estos profesores enseñan que ninguno de los Evangelios fuera escrito por un apóstol.

Por este motivo, el P. Juan Leal, S.J., en su obra: “Valor Histórico de los Evangelios”, obra que acabamos de reeditar, dice: “El estudio de la genuinidad de los Evangelios se propone investigar si los autores son realmente los que comunmente se cree. Si nuestros cuatro Evangelios fueron realmente escritos por dos apóstoles: S. Juan y S. Mateo; y por dos discípulos de los Apóstoles: S. Marcos y S. Lucas.

Esta tesis es de suma importancia para el valor humano de los Evangelios. Las obras de testigos oculares o muy próximos a los

hechos que se narran revisten siempre, en pura historia y crítica, especial carácter de autoridad. Son las fuentes que todo historiador concienzudo y crítico busca, cuando trata de narrar hechos pasados.

El valor de la genuinidad y su importancia en la crítica de los Evangelios lo han comprendido muy bien los adversarios del dogma cristiano.

Se puede decir que los esfuerzos todos de la crítica independiente durante el siglo XIX han tenido como banco la destrucción de la fe cristiana en los autores de los Evangelios.

El blanco último era destruir su valor de fuente histórica, pero para llegar aquí era preciso probar que no eran obras del siglo I o por lo menos de testigos presenciales o muy próximos a los hechos. Obras de autores desconocidos, lejanos a los sucesos que narran, que no reflejan ya la fe de la primitiva Iglesia de Jerusalén, sino la fe de las Iglesias del siglo II, esparcidas por el vasto imperio de Roma. S. Juan, S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas son nombres con que se cubrieron los verdaderos autores innominados de los Evangelios o nombres que pusieron los obispos y las Iglesias del siglo II para autorizar entre los fieles dichos escritos.

Si a esta tesis de la genuinidad los adversarios le dan tanta importancia, nosotros los católicos no podíamos descuidarnos; precisaba estudiar en serio la materia, la literatura antigua cristiana, la historia, hacer análisis detallados de los mismos Evangelios para sacar con certeza de crítica-histórica la época de su composición, sus verdaderos autores. Debíamos probar científicamente, por el testimonio externo de los documentos y el interno de los libros mismos, la verdad que creíamos poseer fiados en la fe y confianza que teníamos depositada en el magisterio infalible de la Cátedra de Pedro.

Hasta el siglo XVIII nadie había nunca dudado o negado los autores de los cuatro Evangelios. Se empezó por negar la autenticidad del cuarto Evangelio, con Eduardo Evanson, que fue el primero que salió en 1792 a la lucha. Le siguieron en Alemania, Vogel (1802), Bretschneider (1820), Lützelberger (1840), Baur, el mismo año; Strauss quien, con su *Leben Jesu* del 1835 y 1864, armó una verdadera revolución en el campo bíblico.

Las teorías y afirmaciones de estos primeros están hoy en el más completo descrédito”, afirmaba el P. Leal. Pero parece que no es del todo así, pues muchas de las publicaciones que hoy nos ofrecen algunas editoriales nos hacen pensar seriamente que la guerra aun no ha terminado. Ojalá que este libro del célebre escritorista Fillion, que presento traducido al español, sirva a muchos para afianzar su fe en la historicidad y veracidad de los Evangelios.

Sevilla, a 30 de Mayo de 1.999
Andrés Codesal Martín

EVANGELIO SEGUN SAN MATEO

PREFACIO

I.- NOTICIA BIOGRÁFICA SOBRE SAN MATEO

San Mateo, a quien el testimonio unánime de la tradición designa como autor del primer Evangelio, era probablemente originario de la provincia de Galilea, así como la mayor parte de los demás apóstoles. Sabemos muy poco sobre su persona y sobre su vida. Según San Marcos, II, 14, era hijo de Alfeo, de lo que se ha concluido a veces que era hermano de Santiago el Menor; los Evangelistas nos presentan igualmente a este apóstol como hijo de Alfeo. cf. Matth. X, 3; Marc. III, 18; Luc. VI, 15. Pero esta hipótesis es rechazada con toda razón por la mayoría de los exégetas. En efecto, un simple parecido en el nombre dista mucho de ser suficiente para crear relaciones tan estrechas, sobre todo cuando se trata de un nombre muy común, tal como era entonces el de Alfeo entre los Judíos de Palestina. Por lo demás, ni el Evangelio, ni la tradición cuentan a San Mateo entre los parientes de Nuestro Señor Jesucristo; y sin embargo hubiera sido hermano de Jesús en el caso de que su padre no hubiera sido otro que Alfeo, padre de Santiago. En ninguna otra parte tampoco vemos su nombre relacionado con el de Santiago el Menor.

Mateo es un nombre de origen hebreo. Su pronunciación ju-día era "Mattaï". Los griegos añadiendo una desinencia masculina lo transformaron en "Matzaïos", de donde los latinos sacaron "Matthaeus". Significa "don del Señor" y corresponde por consiguiente a "Teodoro" o "Doroteo". El autor del primer Evangelio no se da en ninguna parte otro nombre y sin embargo los relatos paralelos de San Marcos, II, 14 y ss. y de San Lucas, V, 27 y ss. nos enseñan que había llevado el de Leví antes de llamarse Mateo. Los racionalistas, ciertamente, pretenden hallar en esta divergencia de los relatos una contradicción manifiesta; otros

comentaristas suponen que Leví y Mateo eran dos personajes distintos. Pero nosotros no tendremos dificultad en demostrar, cuando estudiemos el hecho de la conversión de San Mateo, según el propio San Mateo, que son suposiciones enteramente gratuitas. Como San Pedro, como San Pablo, como San Marcos, San Mateo habrá tenido sucesivamente dos nombres que han marcados dos periodos completamente diferentes de su vida. Judío, se llamaba Leví; cristiano y apóstol se convirtió en San Mateo. Igual que San Pablo no menciona en ninguna parte en sus Epístolas el nombre israelita que había recibido en la circuncisión, igualmente el primer Evangelista se designa sólo por su nombre cristiano. Y lo pone anticipadamente, incluso antes de convertirse en Apóstol de Jesús. Los otros dos sinópticos, cuya exactitud histórica es generalmente más rigurosa, distinguen por el contrario entre la primera y la segunda apelación.

Antes de escuchar la llamada de Jesús, Mateo o Leví ejercía la función de publicano, es decir recaudador de impuestos. cf. Matth. IX, 9 y los pasajes paralelos. Este oficio, que los Romanos consideraban como un deshonor y los Judíos como un horrible pecado que merecía la excomuni3n, parece haberle proporcionado cierto desahogo; prueba de ello el lujoso banquete que veremos ofrecerle al Salvador después de su conversi3n. Tenía su residencia en Cafarnaum, su trabajo junto al lago Tiberiades.

Se conocen las emotivas circunstancias que hicieron del publicano desacreditado uno de los primeros discípulos de Jesús. Si el divino Maestro manifestó la inmensidad de su amor y de su misericordia llamando a Leví a seguirle, éste se mostró digno de tal elecci3n por la prontitud y por la generosidad de su correspondencia a la gracia. Parece haber sido el séptimo apóstol en el orden de la vocaci3n. cf. Joan. I, 37-51; Matth. IV, 18-22. Es el rango que San Marcos, III, 18 y San Lucas, VI, 15; cf. Act. I, 13, le asignan en sus listas. En cuanto a él mismo, toma el octavo lugar y se coloca detrás de Santo Tomás. cf. Matth, X, 3.

No se trata más de él en el Evangelio a partir de su vocaci3n al Apostolado. Sin embargo su nombre vuelve por última vez en los escritos del Nuevo Testamento con ocasi3n de la bajada del Espíritu Santo y la elecci3n de San Matías. ¿Qué fue de él des-

pués? ¿En qué regiones fue a predicar la buena nueva? Las informaciones de la tradición sobre estos dos puntos son poco numerosas, inciertas y a veces incluso contradictorias. Según los testimonios de Clemente de Alejandría y de Eusebio, habría permanecido primero durante algún tiempo en Jerusalén; doce o quince años después de Pentecostés se habría dirigido "a otros". Los otros escritores eclesiásticos de los primeros siglos le hacen ejercer su apostolado tanto en Macedonia, como en Arabia, en Siria, en Persia, en el país de los Medas, o en Etiopía.

Reina una incertidumbre semejante respecto a su muerte. Mientras que Heracleon lo hace morir de muerte natural, otros aseguran que terminó gloriosamente sus días en el martirio. La Iglesia se decidió a favor de esta segunda opinión. Los latinos celebran la fiesta de San Mateo el 21 de septiembre, los Griegos el 16 de diciembre.

II.- AUTENTICIDAD DEL PRIMER EVANGELIO

Se ha recurrido a veces a pruebas intrínsecas para demostrar que San Mateo es realmente el autor del Evangelio que lleva su nombre. Sobre todo las siguientes han sido alegadas con frecuencia: 1º.- San Lucas, V, 29, cuenta que Leví, inmediatamente después de su vocación al apostolado, dio un gran banquete en honor de Nuestro Señor Jesucristo; el primer Evangelio menciona esta comida, IX, 9 y s.; pero sin designar al anfitrión. 2º.- San Lucas y San Marcos, como se ha dicho anteriormente, colocan a San Mateo en el séptimo lugar entre los Apóstoles; el autor del primer Evangelio le da el octavo lugar. 3º.- Este autor es el único que añade al nombre de San Mateo, en su lista de los Apóstoles, el epíteto humillante de publicano. Estos detalles minuciosos, que llamaban ya la atención a Eusebio y San Jerónimo, tienen ciertamente su fuerza probatoria; pero es bien evidente que distan mucho de bastar para demostrar la autenticidad del primer Evangelio. Nosotros los señalamos pues sólo como simple confirmación. Los verdaderos argumentos, cuando se trata de demostrar que un libro es auténtico han sido y serán siempre los argumentos de autoridad o las pruebas extrínsecas. Por tanto nos vamos a apo-

yar especialmente sobre este tipo de pruebas para demostrar que el Evangelio llamado de San Mateo es auténtico en su forma actual.

Distinguiremos para mayor claridad los testimonios de los escritores ortodoxos, los de los escritores heterodoxos y finalmente el testimonio de los Evangelios apócrifos.

1. Los testimonios de los escritores católicos son tanto directos como indirectos; directos cuando afirman positivamente que San Mateo ha compuesto la primera de las cuatro redacciones evangélicas; indirectos cuando se limitan a citar algunos pasajes de esta redacción atribuyéndoles el valor de textos evangélicos.

1º. Testimonios directos.- El más antiguo es el de Papías, discípulo de San Juan, muerto el año 130 de la era cristiana. Este santo obispo en una obra titulada “Comentarios de las palabras del Señor”, de la que el historiador Eusebio nos ha conservado algunos fragmentos, asegura que San Mateo expuso las “logia”, es decir la historia de Jesús.

San Ireneo, ilustre obispo de Lion, que florecía hacia el final del segundo siglo, escribe en su obra *Contra las Herejías*, III, 1: “En efecto, Mateo entre los hebreos en su propia lengua también escribió un evangelio”.

Clemente de Alejandría, *Stromat.* I, 21, afirma el mismo hecho.

Eusebio de Cesarea, San Cirilo de Jerusalén, San Epifano atribuyen también a San Mateo, en los términos más formales, la composición del primer Evangelio. “Mateo -dice Eusebio, *Hist. Eccl.* III, 24- habiendo transmitido su versión del evangelio” y San Cirilo, *Catech.* XIV, c. 15: “Mateo que escribió el evangelio”. Y San Epifano, *haer.* XXX, c. 3: “A decir verdad, Mateo solo en hebreo... hizo en el Nuevo Testamento la exposición y proclamación del evangelio”.

Las mismas afirmaciones en la Iglesia Latina. Tertuliano llama a San Mateo: «fidelísimo compositor del Evangelio». San Jerónimo, de *vir illustr.* c. III, escribe por su parte: «Mateo, que era también Leví, publicano convertido en apóstol, fue el primero en Judea que compuso el evangelio de Cristo para los que entre los circuncisos habían creído».¹

A estas afirmaciones patrísticas, que sería fácil multiplicar, sobre todo a partir del siglo cuarto, añadiremos dos testimonios no menos directos y no menos probatorios. El primero está contenido en la célebre pieza conocida bajo el nombre de “canon de Muratori”, que data ciertamente del siglo segundo. Menciona expresamente el Evangelio según San Mateo entre los escritos inspirados. El segundo testimonio se deduce de los títulos colocados encabezando el primer Evangelio, ya sea en el texto griego, ya sea en las versiones más antiguas, tales como la Peschito siria y la Itala. Estos títulos que atribuyen uniformemente el primer Evangelio a San Mateo, suponen que desde el origen de la Iglesia, el libro considerado hoy por todos los cristianos como la obra del publicano Leví, existía entre las filas de los fieles bajo el mismo nombre y con la misma autoridad.

2º.- Testimonios indirectos.- Los escritores eclesiásticos de los primeros siglos citan numerosos pasajes del primer Evangelio, dándolos como líneas inspiradas: prueba de que este Evangelio, bajo su forma actual, remonta al comienzo del Cristianismo.

También aquí nos limitaremos a señalar algunos ejemplos.

San Clemente Papa, muerto en el año 101, escribía a los Corintios: “Recordad las palabras de Jesucristo Nuestro Señor. Di pues: ¡ay de aquel hombre! Mejor le hubiera sido no haber nacido, antes que escandalizar a uno de mis elegidos, mejor le hubiera sido atarse una piedra de molino y sumergirse en el mar, antes que escandalizar a uno de mis pequeños”.

Hay en estas palabras dos textos de San Mateo, XXVI, 24 y XVIII, 6, fundidos conjuntamente: Comparad también Clem. Rom, I Cor. XIII y Matth. VI, 12.

San Policarpo, discípulo de San Juan, dice a los Filipenses: “Tras recordar las palabras que dijo el Señor cuando enseñaba: «No juzguéis para no ser juzgados (Matth. VII, 1) con la medida que midáis, se os medirá (Matth. VII, 2) y que bienaventurados los pobres y los perseguidos por causa de la justicia». (Matth. V, 3-10). Ver también Ep. ad Philipp. c. VII y Matth. VI, 13; XXVI, 41”.

San Ignacio de Antioquía, ad Rom. c. VI, cita textualmente a San Mateo, XVI, 26. Comparad igualmente la epístola de San Bernabé, c. IV, ad. fin. Cita textualmente a San Mateo, XX, 16; Athenagoras, Legat. pro christ. c. XI, XII, XXXII y Matth. V, 44 y ss.; Teófilo de Antioquía, ad Antol. III, 13-14 y Matth. V, 28, 32, 44 y ss. Pero sobre todo en los escritos de San Justino mártir, es donde encontramos donde espigar desde el punto de vista que nos ocupa. Sus escritos contienen un número considerable de textos propios del primer Evangelio, que son citados unas veces tal como los leemos hoy, otras veces después de haber sido combinados los unos con los otros, aunque, incluso así permanecen reconocibles. Había sido imposible para San Justino hacer estas citas si no hubiera tenido a la vista un texto del primer Evangelio semejante al nuestro.²

Se entiende ahora que el historiador Eusebio, Hist. Eccl. III, 25, haya contado el Evangelio según San Mateo entre los libros canónicos cuya autenticidad era indiscutible. Se comprende también esta protesta indignada que San Agustín dirigía al Maniques Fausto: «cuando empieza a leer el evangelio de Mateo, inmediatamente dirás que no es de Mateo aquella narración que toda la Iglesia dice que es de Mateo, desde las sedes apostólicas hasta los obispos presentes, en una sucesión segura e ininterrumpida».

II. San Ireneo hablando de los testimonios a favor de los Evangelios hechos por los herejes de su tiempo, exclamaba con santa alegría: «Tan grande es la certeza respecto a los evangelios que hasta los herejes dan testimonio de ellos y cada uno de ellos intenta ratificar su propia doctrina a partir de ellos mismos». (Contra las Herejías III, 11,7).³

Para nosotros así como para el gran doctor de Lyon será consolador ver la autenticidad de los Evangelios, y primeramente la de San Mateo, demostrada por los escritores heterodoxos de los tiempos antiguos.

El famoso Basilides, contemporáneo de los últimos miembros supervivientes del colegio apostólico, cita a San Mateo, VII, 6. Conoce también la historia de los Magos como la cuenta el primer Evangelio. (Cf. Hippol Philosoph. VII, 27)⁴

Valentín, éste otro célebre gnóstico, que vivía en la primera mitad del siglo segundo, apoya su sistema herético en dos pasajes del San Mateo, V. 18-19 y XIX, 20 y ss.

Ptolomeo, su discípulo, conoce igualmente varios textos de nuestro Evangelio: podemos convencernos de ello comparando su “Epístola a Floro”; conservada en los escritos de San Epifano, con Matth. XII, 25; XIX, 8; XV, 5 y ss; V, 17, 39.

Isidoro, hijo de Basilides, menciona varios versículos que leemos en el capítulo XIX (10 y ss.) de San Mateo. Cerdón, otro herético del siglo segundo, cita una parte del sermón de la montaña. Otros sectarios menos conocidos, tales como los Ofitas, los Naasenios, los Setios, todos ellos anteriores al siglo tercero, buscan también la base para sus errores en diversos relatos pertenecientes al primer evangelista.⁵

La obra herética conocida bajo el nombre de “Homiliae Clementinae” contiene varias citas evidentemente sacadas del Evangelio según San Mateo, de las que cuatro son literales, diez aproximadas y once un poco más libres.

Tatiano pretende demostrar según San Mateo, VI, 19 la legitimidad de su riguroso ascetismo. Aún más en su “Diatessaron”, que es la más antigua de todas las concordancias evangélicas, da una gran parte al relato de San Mateo. Teodoto y Marción hacen también un uso muy abundante del primer Evangelio.

Hasta los escritores judíos y paganos conocieron la obra de San Mateo y rinden testimonio a su antigüedad. Tales son por una parte Celso y Porfirio⁶; por otra los autores israelitas del cuarto libro de Esdras y del Apocalipsis de Baruch.

III. Los evangelios apócrifos forman la tercera serie de testimonios de la antigüedad cristiana, favorables a la antigüedad del primer evangelio canónico. En ninguna parte evidentemente mencionan estos libros la obra de San Mateo; sin embargo varios de sus relatos parecen suponer su existencia en la época en la que ellos mismos fueron compuestos. Esto es particularmente cierto respecto a los escritos conocidos bajo los nombres de Protoevangelio de Santiago, el Evangelio de Nicodemo y el Evangelio según los Hebreos. Por ejemplo el capítulo XVII del

“Protoevangelio de Santiago” tiene como base natural Matth., XIII, 55; el capítulo XXI está en correlación perfecta con Matth., II. Igualmente el capítulo XXVI con Matth., XXIII, 35. Comparad también los capítulos II y IX del Evangelio de Nicodemo con Matth., XXVII, 19, 44-45. En cuanto al Evangelio según los Hebreos, es probable, como diremos más adelante, que deba su origen directamente a la redacción de San Mateo; por tanto demuestra su autenticidad.

De todos los testimonios que preceden podemos concluir del modo más perentorio que el primer Evangelio es auténtico. Cualquiera que se niegue a admitir el valor de estas pruebas que hemos indicado, debería, si fuera consecuente consigo mismo, dejar de creer en la autenticidad de cualquier libro, sea el que sea.

IV. Y sin embargo se encuentran en nuestra época y en gran número, autodenominados críticos que no tienen reparo en considerar el Evangelio según San Mateo como una superchería literaria muy posterior a la era apostólica. Este hecho es en sí mismo bastante extraño; pero lo es aún más el pretender hablar en nombre de la ciencia al formular tal afirmación. ¿Quiénes pueden ser las palancas científicas tan poderosas como para destruir la creencia de dieciocho siglos? A los argumentos extrínsecos alegados más arriba, los adversarios del primer Evangelio no encuentran nada serio que oponer. Todas sus pruebas son intrínsecas y por ello mismo subjetivas, basadas en apreciaciones personales. Bastará mencionar aquí las principales; encontraremos las otras en el comentario a propósito de los hechos particulares a los que se refieren.

1º Nada en el primer Evangelio anuncia que el autor haya sido testigo ocular de los acontecimientos que relata. El apóstol San Mateo habría sido más preciso en cuanto a los lugares, las fechas y las personas.

2º El primer Evangelio pasa completamente bajo el silencio hechos muy importantes de la vida de Jesús. No dice nada, por ejemplo, de su ministerio en Judea, de la resurrección de Lázaro, de la curación del ciego de nacimiento, etc. Por tanto debe ser un discípulo de los apóstoles como mucho quien lo haya compuesto.

3º Algunas acciones o palabras de Jesús son relatadas

varias veces en distintos lugares del Evangelio con ligeras variantes. Compárese IX, 32 y ss. con XII, 22 y ss.; XII, 38 y ss. con XVI, 1 y ss.; XIV, 13 y ss. con XV, 29 y ss.; XVI, 28 con XXIV, 34; XI, 14 con XVII, 11 y ss.; V, 32 con XIX, 9; X, 40-42 con XVIII, 5; etc.

4º El primer Evangelio contiene hechos maravillosos, legendarios, que un apóstol ciertamente no habría admitido en su relato. Ejemplos: varias apariciones de ángeles en las primeras y últimas páginas del Evangelio, la historia de la tentación de Jesús, cap. IV; la didracma en la boca del pez, XVII, 24 y ss.; la maldición de la higuera, XXI, 18 y ss.; la resurrección de personas que habían muerto hacía tiempo, XVII, 52 y ss.; etc.

5º Varias profecías del Antiguo Testamento, que el autor del primer Evangelio quería hacer realizar por medio de Jesús, han tenido una influencia visible sobre la narración de ciertos hechos. Véase XXI, 7; XXVII, 3 y ss. Nueva prueba de que ningún apóstol ha puesto aquí la mano.

6º Todo el que lea el Evangelio de San Mateo, si lo hace sin prejuicio alguno, debe darse cuenta del fin dogmático y apolégico que se propuso, que fue demostrar que Jesús es el Mesías predicho por los profetas, y por eso menciona las profecías del A.T. con toda razón para demostrar que en Jesús se cumplieron, y son significativas vg. éstas:

- *"Esto tuvo lugar a fin de que se cumpliese lo que dijo el Señor por tal profeta (Mt. 1, 22; 2,15,23; 3,14 etc). Entonces se cumplió lo que se había dicho..."* (Mt. 2,17,27, 9 etc.).

Es fácil responder a todas estas objeciones:

1º Encontraremos casi en cada página del primer Evangelio varios pasajes o varias expresiones pintorescas de los que podríamos servirnos para demostrar que el narrador había visto con sus propios ojos la mayoría de los hechos que ha incluido en su relato. cf. IX, 9 y ss.; XII, 9-10, 13, 49; XIII, 1; XIV, 24-32; etc. Si la redacción de San Mateo, comparada con las de San Marcos y San Lucas, es en general menos precisa y menos detallada, se debe a que su objetivo era más específicamente dogmático. Como diremos más adelante.

2º Las omisiones que se reprochan al autor del primer

Evangelio han sido completamente voluntarias por su parte, ya que se proponía sobre todo contar el ministerio público del Salvador en Galilea. Sin embargo conoce y señala de pasada los viajes de Jesús a Judea; cf. IV, 12; XIX, 1.

3º Las alegadas repeticiones provienen unas veces de un desagradable error de nuestros adversarios, que han identificado cosas completamente diferentes, y otras veces de Nuestro Señor Jesucristo mismo, que ciertamente ha reproducido en diferentes circunstancias, durante su vida pública, ciertas palabras importantes que quería grabar en el espíritu de sus oyentes.

4º y 5º Las dos últimas objeciones atacan mucho más la veracidad del primer Evangelio que su autenticidad. Se basan por cierto en ideas preconcebidas, en prejuicios dogmáticos, que actualmente no debemos tratar.

Mientras no haya otros motivos que alegar contra los Santos Evangelios y, gracias a Dios, no los habrá jamás, podemos considerarlos siempre con confianza como la obra de los santos personajes a los que los atribuye la tradición.

Notas:

¹ De Carne Christi, c. XXII, Cf. cont. Marción. IV, 2,5.

² Véanse las "Apologías" de S. Justino, Edt. Apost. Mariano.

³ Esta obra está publicada por Edit. Apostolado Mariano.

⁴ Cf. Hippol. Philosoph. VII, 27.

⁵ Ap. Clem. Alex. Strom. III, 1.

⁶ Ap. Oig. adv. Cels. 58-65.

III.- INTEGRIDAD

Hacia el final del siglo XVIII y durante los primeros años del XIX, varios críticos, aun admitiendo la autenticidad del primer Evangelio considerado en su conjunto, sin embargo negaron que fuera en absoluto la obra original de San Mateo. Según ellos, los dos primeros capítulos, que cuentan la infancia de Nuestro Señor Jesucristo, ciertamente no se remontarían hasta la era apostólica. Habrían sido añadidos en una época más o menos

tardía por algún compilador desconocido. Dos razones principales eran aducidas por los partidarios de esta singular opinión:

1º Es imposible establecer una armonía real entre los relatos del primer Evangelio y el tercero relativos a la infancia del Salvador. Uno de ellos es pues necesariamente apócrifo; ahora bien éste no puede ser otro que San Mateo, ya que San Lucas se presenta "ex professo", I, 1 y 2, como el historiógrafo de los primeros años de Jesús.

2º Los capítulos I y II de San Mateo faltaban en el Evangelio de los Ebionitas y en el Diatessaron de Tatiano: prueba de que no eran considerados generalmente como auténticos en la Iglesia primitiva. Pero estas razones carecen de valor. Las contradicciones que se ha pretendido hallar entre la narración de San Mateo y la de San Lucas no existen más que superficialmente y en apariencia, tal como demostraremos en el comentario. En cuanto a la omisión de los dos primeros capítulos de San Mateo en las fuentes indicadas más arriba, había tenido lugar evidentemente con una finalidad dogmática, lo que le despoja del significado que se le quería otorgar aquí. Los Ebionitas querían un Mesías completamente humano. Tatiano era un partidario declarado del error de los Docetas. Para los Ebionitas y para Tatiano, la genealogía del Salvador, la historia de su concepción virginal y su nacimiento, su adoración por los Magos, etc., contenían argumentos formales contra sus herejías; encontraron más cómodo suprimir estos hechos de un plumazo. Tal supresión es más favorable que contraria a la integridad del primer Evangelio. Por lo demás, el comienzo del relato de San Mateo se parece demasiado a las páginas siguientes, ya sea desde el punto de vista de las ideas⁷, ya sea respecto a la dicción², para haber sido insertadas por un falsario. Más aún, este comienzo se da por supuesto en la secuencia de la narración. El versículo 13 del capítulo IV es ininteligible sin el final del segundo capítulo (23). El versículo 1 del capítulo III sería un exordio pésimo; por el contrario se relaciona muy bien con los antecedentes. Lange por tanto ha dicho con toda razón que se podría separar la cabeza del cuerpo igual que los dos primeros capítulos de los siguientes⁹. Si se añade a estas pruebas intrínsecas el testimonio muy formal de varios escritores del siglo segun-

do y tercero¹⁰, se comprenderá que la integridad de nuestro Evangelio está completamente fuera de discusión.

Notas:

⁷ On y voit déjà paraître, à cinq ou six reprises, ces citations de l'Ancien Testament qui sont un des caractères principaux du premier Evangile; Cf. I, 22-23; II, 4-6, 45, 47, 48, 23.

⁸ Voir Fritzsche, Evangelium Matth. Lipsiæ, 4826, p.849 et ss.

⁹ Theolog. Homil. Bibelwerk. N.Test. I Theil, Evangel. Matth. 3^a éd. p. 3.

¹⁰ S. Irénée et Origène citent divers passages de ces chapitres. De même le païen Celse, comme nous l'avons vu précédemment. Cf. Ellicott, Hist. lect. p. 57; Mill, Myth. interpretat of the Gospels, p. 447-474.

IV.- TIEMPO Y LUGAR DE LA COMPOSICIÓN DEL PRIMER EVANGELIO

Entre los escritores eclesiásticos de los primeros siglos, todos los que han tenido la idea de establecer una comparación entre los cuatro Evangelios desde el punto de vista cronológico, asignan invariablemente la prioridad al de San Mateo. "Con trompeta sacerdotal -dice Orígenes-¹ Mateo fue el primero en proclamar la buena nueva en su Evangelio". Y en otra parte: "Habiendo comenzado Mateo, quien tradicionalmente se admite que fue el primero de los demás que había entregado el evangelio a los hebreos, quienes son creyentes a partir de la circuncisión"².

San Agustín es no menos formal sobre este punto: «Escribiendo el evangelio que creemos que fue ordenado por Dios, del número de aquellos que el Señor eligió antes de la pasión, ocuparon el primer y último lugar dos, el primero Mateo, el último Juan, de manera que los otros dos que no eran de aquel número, pero que sin embargo siguieron a Cristo que hablaba en ellos, fueran protegidos por ambos lados por ellos, como hijos que debían ser abrazados y por ello colocados en el medio»³.

Estas afirmaciones son confirmadas por el lugar que el Evangelio según San Mateo ha ocupado siempre en el canon del Nuevo Testamento.

Pero ¿en qué época precisa fue compuesto? Esto es imposible determinarlo de manera segura, porque la tradición deja de ser unánime sobre este punto. Teofilacto⁴ y Eutymio Zigabeno⁵ establecen su aparición ocho años después de la Ascensión. El “Chronicon paschale” y el historiador Nicéforo la sitúan hacia el año 45 ó 48. Eusebio de Cesarea⁶, en el momento en que los apóstoles se separaron para ir a predicar el Evangelio por toda la tierra, es decir aproximadamente 12 años después de Pentecostés. Cosmas Indicopleustes⁷ piensa que tendría lugar inmediatamente después del martirio de San Esteban; San Ireneo por el contrario la retrasa hasta después del año 60, al decir que San Mateo publicó su Evangelio “cuando Pedro y Pablo predicaban en Roma y fundaron allí la Iglesia.”⁸ En efecto, los dos apóstoles no se encontraron juntos en Roma más que hacia el año 66 ó 67 de la era cristiana. Los escritores modernos adoptan tanto una fecha como la otra. Sin embargo la mayor parte se adhiere a la opinión intermedia de Eusebio, según la cual nuestro Evangelio habría sido escrito hacia el año 45. Lo que es cierto es que apareció antes de la conquista de Jerusalén por los Romanos, en consecuencia antes del año 70, ya que los capítulos XXIII y XXIV contienen la profecía de este acontecimiento.

Exégetas contemporáneos⁹ han creído hallar en varios pasajes del primer Evangelio indicios de una composición relativamente tardía. Por ejemplo, la expresión “hasta el día de hoy”, XXVII, 8; XXVIII, 15, que designaría, según ellos, una época muy posterior a la resurrección del Salvador, o incluso el paréntesis “el que lee que entienda”, XXIII, 35, que demostraría que en el momento en que el evangelista escribía estos últimos capítulos, los Romanos avanzaban ya contra Judea. Pero estas interpretaciones son exageradas; “hasta hoy” es una locución judía, que indica sin duda que ha pasado un cierto tiempo desde una época determinada, pero sin exigir que este tiempo sea considerable. Diez años o veinte años serían suficientes. En cuanto al otro pasaje diremos, interpretándolo, que contiene quizá una reflexión del propio Nuestro Señor Jesucristo. Por otra parte, si hubiera sido incluido por San Mateo, como lo creen un gran número de comentaristas, significa simplemente que la catástrofe precedida por el

Salvador se aproximaba, que los síntomas precursores eran visibles, aunque sin embargo no era inminente.

Se ha admitido generalmente que el Evangelio según San Mateo había sido compuesto en Palestina. Ello se deduce muy claramente de los testimonios que nos ha legado la antigüedad sagrada. Baste recordar el de Eusebio, Hist. Eccl., III, 24: “Mateo en efecto lo proclamó primeramente a los hebreos porque iba también a dirigirse a ellos... y transmitió su propia versión del evangelio, por lo demás, con su presencia dio satisfacción mediante su obra a aquellos por los que era enviado”.

Según la Synopsis atribuida a San Atanasio, el primer Evangelio habría sido compuesto en Jerusalén: “Como esta ciudad fue el punto central desde donde brilló en todos los sentidos la palabra evangélica, es muy verosímil que también allí viera la luz el primer Evangelio”¹⁰.

Notas:

¹ Hom. VII in Jos. Edit. Ben. t. II, p. 442; Cfr. Iren. adv. hæ. III, 4,4.

² Comm. in Joann. t. IV, p. 432; Cf. Euseb. Hist. Eccl. VI, 25.

³ De consen. Evangel. lib. I, c. 2. De même S. Jérôme, de vir, illust. c. III. Voir Arnoldi, Comment. zum Evang. des h. Matth. p. 34 et s.

⁴ Praefat. ad Matth. - ⁵ Comm. ad Matth.

⁶ Hist. Eccl. III, 24.

⁷ Ap. Montfaucon, Collect. nova patr. graec. t. II, p. 245. Cf. Patritii. de Evangel. lib. III, p. 50.

⁸ Adv. Haer. III, 4,4

⁹ Hug. Einleitung in die Schrift. des N.T. t. II. § 5; A. Maier, Einleitung, p. 67.

¹⁰ De Valroger, Introduction historique et critique aux livres du N. Testam.; t. II, p. 26.

VI.- LENGUA EN QUE FUE ESCRITO EL PRIMER EVANGELIO

Este punto sobre el que no existió la menor duda durante numerosos siglos, se ha convertido desde el Renacimiento en el más difícil y el más complicado de todos los que se tratan en una Introducción al primer Evangelio.

Sin embargo la tradición es lo más clara y formal posible cuando se trata de determinar la lengua en la que San Mateo compuso su Evangelio. Nuestros antiguos escritores eclesiásticos afirman unánimemente que fue el hebreo o más exactamente el idioma arameo que se empleaba entonces en toda Palestina, y del que los Talmuds son un precioso resto. Hablando de la autenticidad del primer Evangelio, hemos citado varios de sus testimonios; bastará con recordar aquí las expresiones principales:

Papías: “en dialecto hebreo”. Euseb. Hist. eccl. III, 39.

San Ireneo: “en el dialecto propio de los hebreos”. adv. Haer. III, 1.

San Panteno, sobre quien Eusebio escribió en su Historia, V, 10: “Se cuenta que, habiendo ido a la India, encontró allí escrito en hebreo el Evangelio según San Mateo que San Bartolomé había llevado a estas regiones”. San Jerónimo, de vir. illustr. c. XXXVI, cuenta el mismo hecho: «Panteno encontró que Bartolomé, uno de los doce apóstoles, habiendo llegado había predicado la venida de Nuestro Señor Jesucristo según el evangelio de Mateo que escrito en hebreo, llevó consigo a su vuelta a Alejandría».

Orígenes: “compuesto en escritura hebrea”, apud Euseb., Hist eccl. VI, 25.

Eusebio de Cesarea: “en su lengua materna”, en la lengua materna de los Hebreos para los que él escribía. Hist. eccl., III, 24. En otra parte: “en lengua hebrea”.

San Jerónimo: “Escribió el Evangelio en lengua hebrea”; Praef. in Matth; cf. contr. Pelag. III, 1.

Igualmente San Cirilo de Jerusalén, Catech. XIV, San Epifano, Haeres. XXX, 3, San Juan Crisóstomo, San Gregorio de Nacianzo, San Agustín, en una palabra, todos los Padres de la Iglesia de Oriente como de la Iglesia de Occidente. De la misma manera, a continuación, todos los comentaristas hasta el siglo XVI. Esta larga cadena de testimonios, que remonta eslabón a eslabón hasta la era apostólica ¿no dirime la cuestión a favor del idioma arameo?. Nosotros lo afirmamos sin vacilación, siguiendo a críticos eruditos.

“Ningún hecho relativo a la historia de los Evangelios, -dice

M. Cureton- está establecido de manera más plena y satisfactoria. Desde el tiempo de los Apóstoles hasta el final del siglo IV, todos los escritores que han tenido ocasión de tratar sobre esta materia han atestiguado la misma cosa... de común acuerdo. Tal hecho nos parece bastar ampliamente para demostrar que San Mateo escribió primitivamente su Evangelio en el dialecto hebreo que se hablaba entonces”.

A pesar de esta aplastante masa de testimonios, Erasmo el primero trató de demostrar que el Evangelio según San Mateo había sido compuesto en griego, al igual que los otros tres. Sus investigaciones no lo condujeron sin embargo más allá de una simple probabilidad. Thomas de Vio, más conocido bajo el nombre de cardenal Cajetan, inclinado por principio hacia las opiniones novedosas y singulares, adoptó la conclusión de Erasmo. Enseguida fueron seguidos el uno y el otro por numerosos escritores protestantes, que aprovecharon con gusto esta ocasión para atacar el valor de la tradición en general, y para devaluar la autoridad de la Vulgata. El más celebre y el más vigoroso defensor de la nueva tesis fue Flaccius Illyricus, que se dedicó a demostrar su veracidad con numerosos argumentos. Masch a su vez la defendió con mucho ahínco. Hoy en día, todavía, sus principales defensores son críticos protestantes o racionalistas. También hemos sido sorprendidos y no poco al ver a un antaño célebre profesor católico, el Dr. Hug de Fribourg-en-Brigau poniendo “toda su sabiduría y su raro talento conjuntamente al servicio de esta opinión negativa”¹.

Para romper frontalmente con una tradición tan constante y tan unánime, para poder escribir, como ha hecho Holtzmann²: “Respecto a la lengua original del primer Evangelio estamos en condiciones de contradecir toda la tradición”, es necesario estar impulsado por poderosos motivos. Examinemos los que nuestros adversarios repiten sucesivamente desde la época de Erasmo y de Flaccius.

En primer lugar se han dedicado a devaluar e incluso a destruir por completo la fuerza probatoria de los testimonios que hemos citado. De todos los Padres, -dicen- Papías es el primero que a transmitido que San Mateo había compuesto su Evangelio

en hebreo; los testimonios siguientes dependen pues del suyo, y están emanando de él como de una fuente única. Ahora bien ¿qué caso debemos hacer, sobre un punto crítico, al juicio de un hombre cuyas “facultades intelectuales -al decir de Eusebio-³ eran bastante mediocres”? Algún ebionita le habrá mostrado el Evangelio apócrifo según los Hebreos, afirmándole que era la obra primitiva del apóstol; él lo habrá creído, lo habrá recogido en sus escritos y los otros Padres se habrán hecho eco de su afirmación errónea⁴. Reconocemos que un modo semejante de argumentación está provisto de una fuerza superior, pero para arruinar, para reducir a la nada, y verdaderamente no vemos que podría quedar en pie respecto a la tradición, si se aplicara sucesivamente a todos los puntos del dogma, de la historia, etc.

Pero volvamos a los detalles para apreciar mejor la objeción. Papías, es cierto, era poco juicioso en la elección de sus informaciones y así es como se dejó inducir en el error por los Milenarios, como añade el historiador Eusebio. Pero ¿era necesario un genio tan grande para asegurar que un libro había sido escrito en hebreo?. Su testimonio no podría pues ser invalidado a causa de la nota severa del obispo de Cesarea. Cuando nuestros adversarios afirman a continuación que todos los testimonios siguientes de los Santos Padres no son más que un eco del de Papías, caen en un error grosero; los escritores eclesiásticos que hemos citado son por el contrario muy independientes los unos de los otros y representan cada uno la opinión de una época o de una Iglesia especial. Hombres tales como San Ireneo, Orígenes, Eusebio, San Jerónimo, eran seguramente capaces de formarse una opinión por sí mismos sobre la materia en cuestión, y les ofrecía bastante interés como para que tomaran directamente todas las informaciones deseables, tal como se ve por lo demás en sus escritos⁵. Y aún más, según la observación muy justa de Valroger⁶ “si se pudiera explicar por algún interés polémico o dogmático la tradición relativa al texto hebreo de San Mateo, la tentativa de hacer sospechosa esta tradición, cobraría quizá cierta verosimilitud. Pero por el contrario, el deseo de hacer nuestro texto griego más venerable, debía disponer a dejar en la sombra esta tradición. Para que se haya propagado y transmitido, como lo ha hecho, es

necesario que haya tenido profundas raíces y que el amor puro de la verdad histórica haya mantenido su recuerdo". Permanece pues inatacable bajo todos los aspectos.

Del terreno de la tradición nuestros críticos pasaron al de la filología. La naturaleza misma de la cuestión a tratar les autorizaba a ello seguramente: veamos si han tenido más éxito.

El primer Evangelio había sido compuesto directamente - lo hemos visto y todo el mundo lo admite⁷ para habitantes de Palestina, convertidos del Judaísmo a la religión de Jesús; San Mateo debía naturalmente escribirlo en la lengua de aquellos a los que se dirigía, es decir en el idioma arameo, y éste es un hecho que corrobora de manera singular la antigua tradición. ¡Se nos responde por el contrario que independientemente de esta circunstancia, o más bien a causa de esta circunstancia, debía de escribirlo en griego!.

Aquí sobre todo M. Hg ha desplegado todos sus conocimientos y toda su habilidad.⁸ Trata de demostrar, con el refuerzo de documentos y de citas, que en el primer siglo de la era cristiana la lengua griega se había hecho de uso universal en Palestina, que salvo raras excepciones, cualquiera podía comprenderla, leerla y hablarla. Pero aparte de que de esto simplemente se deduce que San Mateo pudo componer su libro en griego, no que lo haya escrito realmente en esta lengua, la afirmación de Hug es notablemente exagerada. Aunque desde Herodes, el Helenismo bajo todas sus formas haya invadido en regla las diferentes provincias de Palestina, el griego estaba todavía lejos de haber suplantado al arameo y de haberse convertido en el idioma popular. M. Renan, cuya competencia en esta materia estamos lejos de negar, lo admite sin duda: "Pensamos, dice, que el sirio-caldeo era la lengua más extendida en Judea y que Cristo no debió usar otra en sus conversaciones particulares... El estilo del Nuevo Testamento, y en particular de las cartas de San Pablo es medio sirio y se puede afirmar que para captar todos sus matices, el conocimiento del sirio es casi tan necesario como el del griego... Josefo⁹ nos enseña que eran poco numerosos los compatriotas suyos que prestaban atención a las letras helénicas y que él mismo siempre había tenido dificultades, por la costumbre de su lengua materna, para

aprender bien la pronunciación del griego". Al lado del ejemplo del judío Josefo¹⁰ se puede alegar el de San Pablo que dirigiéndose a la multitud agolpada contra él en el recinto del templo ganó inmediatamente la simpatía de todos porque hablaba hebreo, Act. XXII, 2. Este hecho demuestra hasta la evidencia que durante la segunda mitad del siglo primero, el sirio caldeo había seguido como el idioma popular de Palestina. El griego, aunque hubiera hecho algún progreso, era todavía una lengua extranjera para la mayoría de los habitantes: los que la hablaban, aunque fueran hijos de Abraham, llevaban el nombre "Griegos", es decir paganos.¹¹ Por todas estas razones era pues muy natural que San Mateo no escribiera en griego, sino en arameo.¹²

Pero nuestros adversarios no se dan por vencidos. Penetrando en el interior del primer Evangelio para estudiar su dicción, pretenden que el griego en el que se lee desde el primer siglo revela por su pureza relativa una obra completamente original y en absoluto una traducción. Se encuentran giros y expresiones elegantes, originales, y aún más, juegos de palabras, cuyos equivalentes no pueden haber existido, dada la diferencia de las lenguas, en un libro escrito primitivamente en hebreo. Tales son las locuciones siguientes: "decir sandeces" y "prolijidad", VI, 7; "suprimen para que aparezcan", VI, 16; "destruirá a los malvados de forma malvada", XXI, 41, etc.¹³

Nosotros respondemos que aquí también hay exageraciones considerables. Otros estudiosos¹⁴ por el contrario han afirmado que el estilo griego del primer Evangelio rezuma hebreo de principio a fin y que abunda en faltas de la traducción. Lo que es cierto es que se encuentran expresiones de color completamente semítico, que se repiten de manera frecuente y parecen suponer un texto original arameo; por ejemplo: "y he aquí" que San Mateo emplea hasta treinta veces; "volver" para significar "traer de vuelta". cf. XXVI, 52; XXVII, 7; "yo, Señor", XXI, 30, "yo estoy dispuesto"; "jurar por" hasta siete veces; "hasta hoy, XI, 23; XXVII, 8; XXVIII, 15, locución apreciada por los escritores del Antiguo Testamento. Sobre este punto también tenemos ganada la causa o como mucho la cuestión queda dudosa.

Una última objeción filológica surge de la naturaleza de

las citas del Antiguo Testamento hechas por el autor del primer Evangelio. Sus citas son de dos tipos: hay las que San Mateo hace en su propio nombre, para demostrar el carácter mesiánico de Jesús y las que recoge como simple narrador, porque se encontraban en el discurso de Cristo o de otros personajes. Ahora bien, las primeras tienen lugar lo más frecuentemente según el texto hebreo del Antiguo Testamento, las otras de manera regular según la versión de los “setenta”, incluso cuando se aparta del hebreo. Con toda seguridad es un fenómeno bastante extraordinario, que merecía atraer la atención de los críticos. Pero, ¿demuestra, como pretenden nuestros adversarios, que el Evangelio según San Mateo haya sido escrito primitivamente en griego? En modo alguno. Podríamos con la misma razón deducir la composición del primer Evangelio en lengua aramea, ya que muchas de las citas del Antiguo Testamento, por ejemplo II, 15, cf. Os. XI, 1; y VIII, 17, cf. Is. LIII, 4, estarían completamente desprovistas de sentido, si hubieran sido hechas según los “setenta”. ¿Qué judío -pregunta con toda razón M. Langen-, qué judío escribiendo en griego y citando el Antiguo Testamento, se habría apartado constantemente de la versión oficial de los “setenta”, para hacer él mismo una traducción independiente del texto original? Pero, para ser imparciales, preferimos admitir con Arnoldi, que el hecho señalado no demuestra ni a favor ni en contra el empleo del griego o del arameo por San Mateo. Es verosímil que en el escrito primitivo del Apóstol, todas las citas eran conformes al texto hebreo: el traductor, actuando con gran independencia y deseando quizá establecer, siempre que podía sin perjudicar el sentido, una semejanza lo más grande posible entre el primer Evangelio y los dos siguientes que habían hecho su aparición entonces, habrá adaptado una parte de las citas de San Mateo a la versión de los “setenta”.

Pero, -se dice-, si San Mateo ha escrito en hebreo, ¿cómo explicar la pronta desaparición del texto original? ¿Es imaginable que en estas épocas de fe una obra apostólica se haya perdido así, sin que quedara más que una traducción?. La respuesta que Richard Simon daba en otro tiempo a esta objeción ha conservado todo su valor: “La razón por la que el ejemplar hebreo o caldeo no se ha conservado es que las iglesias de Judea, para las que

en principio fue escrito, no subsistieron durante mucho tiempo. Por el contrario las iglesias, donde florecía la lengua griega, pervivieron siempre... No es pues algo extraordinario que el Evangelio hebreo de San Mateo haya sido perdido... Sin embargo hay que señalar que no desapareció por completo desde los primeros tiempos del cristianismo; porque la secta de los Nazareos, que provenía de los primeros Nazarenos o cristianos de Judea, siguió mucho tiempo leyéndolo en sus asambleas. Pasó también a los Ebionitas que lo alteraron en varios lugares. A pesar de estas alteraciones, siempre se podía decir que era el Evangelio hebreo de San Mateo". El crítico erudito, en estas últimas líneas, hace alusión al célebre escrito que se denominaba ya en tiempo de los Padres "El Evangelio según los Hebreos", que varios escritores eclesiásticos de los primeros siglos identificaban ya con la obra original de San Mateo. San Epifano¹⁵ no tiene la menor duda al respecto: "Poseen -dice sobre los Nazarenos ortodoxos- el Evangelio según San Mateo muy completo en lengua hebrea: conservan hoy todavía evidentemente este evangelio tal como fue escrito primitivamente en caracteres hebreos". San Jerónimo hablando en distintas ocasiones del Evangelio de los Hebreos, afirma que un gran número de sus contemporáneos lo consideraban como el escrito primitivo de San Mateo: «En el Evangelio según los Hebreos... que utilizan hasta hoy los Nazarenos, según los Apóstoles, o como muchos afirman, según Mateo, que se conserva en la biblioteca de Cesarea¹⁶» «El Evangelio que utilizan los Nazarenos y los Ebionitas... que es llamado por la mayoría el auténtico de Mateo¹⁷». También dice: «El hebreo (es decir el evangelio de Mateo) se conserva hasta hoy en la biblioteca de Cesarea... Tuve la posibilidad de copiar el de los Nazarenos, que utilizan este volumen, en Beroea, ciudad de Siria¹⁸».

De estos testimonios, concluyamos con Reithmayr y con otros muchos exégetas contemporáneos que en el Evangelio según los Hebreos "hemos encontrado la fuente con la que fue compuesto el Evangelio griego de San Mateo, tal como lo poseemos". La existencia de este libro, aunque haya sido incluido entre los escritos apócrifos por los errores o fábulas que le añadieron los Ebionitas, confirma pues lo que hemos dicho más arriba, respec-

to a la composición del primer Evangelio en lengua aramea¹⁹.

Nos queda por añadir algunas palabras sobre la traducción griega, que desde hace tantos siglos, ha sustituido en el uso oficial así como en el uso privado, el texto original hebreo. ¿Por quién ha sido compuesto? ¿A qué época se remonta? ¿Cuáles son sus relaciones con la obra primitiva de San Mateo? Querríamos saberlo de manera precisa; desgraciadamente en estos tres puntos debemos conformarnos con conjeturas más o menos inciertas.

1º. El traductor no era ya conocido en época de San Jerónimo²⁰: “No se sabe quién lo tradujo después al griego”. Es cierto que la “Synopsis de la Sagrada Escritura” incluida equivocadamente entre los escritos de San Atanasio atribuye la versión griega del primer Evangelio a Santiago el Menor; que Teofilacto, Eutimio Zigabuenes y varios manuscritos la consideran como obra del apóstol San Juan; que diversos autores antiguos o modernos han pronunciado en el mismo sentido los nombres de San Bernabé, de San Marcos, de San Lucas y de San Pablo; finalmente que un número bastante considerable de exégetas contemporáneos suponen que la traducción fue hecha por el propio San Mateo, o al menos bajo su dirección; pero no son más que simples afirmaciones desprovistas de fundamento sólido.

2º. El Evangelio arameo de San Mateo debió ser traducido muy pronto a la lengua griega. Apareció sin duda bajo esta nueva forma casi inmediatamente después de su publicación, en todo caso mucho antes del siglo I, porque el texto griego estaba ya extendido por toda la Iglesia en la época de los Padres apostólicos. San Clemente de Roma, San Policarpo, San Ignacio de Antioquía lo han conocido y citado²¹. Una traducción griega respondía por lo demás a una necesidad demasiado urgente de los primeros gentiles convertidos para que no hubiera sido emprendida inmediatamente. También leemos sin ninguna sorpresa en los fragmentos que nos quedan de Papías, que hubo al principio intentos múltiples en este sentido: “las interpretó (las palabras de San Mateo, ver § 3, 1, 1º) como cada uno era capaz²²”

Todas estas versiones imperfectas pervivieron poco tiempo; enseguida una sola recibió un carácter oficial y las diferentes comunidades cristianas se adhirieron a ella de manera inquebran-

table, como si hubiera sido el original mismo del apóstol. Esta es la traducción que todavía hoy tenemos.

3º. Ningún escritor de la antigüedad ha pensado en establecer una comparación entre el texto hebreo de San Mateo y la traducción griega. Este mismo silencio, la recepción temprana y uniforme del texto griego y la autoridad canónica que se le otorgó desde el comienzo, demuestran que reproduce exactamente el Evangelio arameo. Sin embargo de la clasificación de las citas del Antiguo Testamento en dos categorías y del procedimiento especial aplicado a cada una de estas categorías hemos concluido que, con toda verosimilitud, el traductor ha actuado con bastante independencia, sin dejar de ser fiel sin embargo nunca.

Notas:

¹ De Valroger, 1, c. p. 29; Cf. *Einleitung in die Schriften des N. Testam. von Leonhard Hug*, 3ª édit. 8-42.

² *Die synopt. Evangelien*, 4863, p. 270-359. Cf. Keim, *Leben Jesu*, 4re édit. I. p. 54: "Bien que ce fût l'opinion de l'ancienne Eglise, c'est à peine si quelqu'un croit aujourd'hui à la composition primitive de notre Evangile en langue hébraïque".

³ *Hist. Eccl.* III, 39.

⁴ Cf. Hug. I. c. p. 16.

⁵ Cf. l'article de M.L. Venables mentionné plus haut, *Kitto's Cyclopaedia*, s.v. *Matthiew (Gospel of)*.

⁶ I. c. p. 32

⁷ Cf. le précédent.

⁸ Cf. *Einleit* 40, p. 30 et ss.

⁹ *Historie des langues sémitiques*, p. 244 et s.

¹⁰ Cf. *Bell. Jud.* VI, 2, 4.

¹¹ Voir Bretschneider, *Lexic man. græco-latin.* s.h.v.

¹² Cf. Arnoldi. *Comm. zum Evangel. d. Matth.* p. 27 et 28

¹³ Cf. Bleef, *Einleitung*, p. 268 et ss.; Holtzmann, *die synpt. Evang.* p.267 et ss.

¹⁴ Bolten, *der Berich des Matth.* Altona, 4792; Eichhorn, *Einleitung. in das N.T.p.* 467 et s., 284 et s.; Bertholdt, *Hist. krit. Einleit.* p. 4260 et ss., etc.

¹⁵ *Hær.* XXIX, 9.

¹⁶ *Contr. Pelag.* III, 4.

¹⁷ *Comm. ad Matth.* XII, 43.

¹⁸ *De Vir. illustr.* c. III. Il raconte au chap. II qu'il traduisit cet Evangile de

l'hébreu en grec et en latin.

¹⁹ Voir dans Grabe, *Spicileg. Patr.* I, 25-34, et dans Fabricius, *Cod. apocr. Nov. Test.* I, 355 et ss., quelques fragments de l' "Evangel. sec. Hebræos".

²⁰ *De vir. ellustr.* c. III.

²¹ Retire leus citations mentionnées au II, I, 22.

²² *Ap. Euseb. Hist. Eccl.* III, 39.

EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

PREFACIO

I.- EL APÓSTOL SAN JUAN

1º. Su nombre.- Nombre muy hermoso, y completamente significativo en su forma primitiva. “Yôchanan” se traduce en efecto como “Jehová ha derramado su gracia”. Según el Precursor, nadie lo llevó mejor que el apóstol predilecto. Era entonces bastante común entre los Judíos. En la genealogía de Nuestro Señor Jesucristo según San Lucas, el texto reproduce aproximadamente la pronunciación hebrea: “Joanán”. De la forma helenizada “Ioánnes”, viene la forma latina “Joannes”, de donde sale “Juan”.

2º. Su familia.- El apóstol San Juan era Galileo de origen, como todos los miembros del colegio apostólico, aparte del traidor Judas. Su familia residía al borde del lago Tiberiades, al N.O.; probablemente en Betsaida, patria de San Pedro, de San Andrés y de San Felipe. Se ignora la fecha de nacimiento de San Juan, pero se admite generalmente que era el más joven de los apóstoles, y que el propio Jesús tenía algunos años más que él.

Aunque era un simple pescador, su padre Zebedeo parece haber disfrutado de cierta posición desahogada; porque poseía varios barcos y su industria era bastante próspera como para permitirle contratar a varios jornaleros. Esto es todo lo que el Evangelio nos cuenta al respecto. La madre de San Juan es más conocida: se llamaba Salomé, y los Sinópticos señalan en varias ocasiones su consagración a la sagrada persona del Salvador. Combinando los pasajes Lucas VIII, 3 y Marcos XV, 40-41 se ve que era una de las santas mujeres que acompañaban y servían al divino Maestro «con sus bienes».

Fue pues fiel hasta la cruz (Matth. XXVII, 56 y paral.), hasta el sepulcro (Marc. XVI, 1). En cuanto Santiago el Mayor,

el hermano tan célebre de San Juan, todo nos lleva a creer que era el mayor de los dos: tal es la impresión general que se extrae de la narración evangélica, donde casi siempre es citado en primer lugar.

Un episodio de la tarde del jueves santo, Joan XVIII, 15-16, que muestra que San Juan tenía acceso libre al palacio de Caifás y que era incluso “conocido del Pontífice” ha hecho suponer a diversos críticos que San Juan pertenecía a la familia sacerdotal. Incluso a veces se ha explicado en este sentido la nota de San Policarpo, obispo de Efeso en el segundo siglo, según la cual San Juan, en su vejez, habría llevado en la frente “como sacerdote la hoja” es decir la lámina de oro que servía de ornamento a los grandes sacerdotes judíos. Pero esta conjetura parece inverosímil.

3º. Su vocación.- Juan fue primero discípulo del Precursor antes de serlo del Mesías. La primera vez que lo encontramos en el terreno histórico, es al lado de su ilustre homónimo en Bethabara, al borde del Jordán. El Precursor, viendo pasar a Jesús a cierta distancia., grita: “He aquí el cordero de Dios”. Quien debía ser pronto el apóstol predilecto, fue el primero, con San Andrés, en traducir en hechos esta palabra significativa y al punto se unió a la persona del Salvador.

Durante algunos meses, la narración evangélica nos muestra a Juan viviendo junto a su nuevo Maestro, con Pedro, Felipe y Natanael: viajan juntos de Bethabara a Caná en Galilea, de Caná a Cafarnaún, de Cafarnaún a Samaria y de nuevo a Galilea. ¡Felices momentos en los que se formaba la amistad divina de Nuestro Señor Jesucristo hacia el joven pescador de Galilea!. El no dejó perder ningún detalle.

Separado durante algún tiempo, el grupo apostólico cuyos elementos se habían reunido por vez primera a orillas del Jordán, no tardó en formarse de nuevo. Después de un gran milagro, Jesús llama de manera definitiva como discípulos a Pedro y Andrés, a Santiago y Juan. “Dejando las redes y su padre”, los hijos de Zebedeo se unen con alegría al Hijo de Dios. Pronto fueron elegidos y los primeros para la noble, pero peligrosa misión de los apóstoles.

4º. Su vida junto a Jesús.- Juan no tardó en figurar junto

con San Pedro y su hermano Santiago entre aquellos discípulos que un antiguo denominó con razón “los más íntimos entre los íntimos”. Con este título, asistieron, con exclusión de los otros apóstoles, a varios acontecimientos notables de la vida de Cristo: principalmente, a la resurrección de la hija de Jairo, Marcos V, 37 y paral., al misterio de la Transfiguración, Matth. XVII, 1 y paral., a la agonía de Getsemaní, Matth. XXVI, 37 y paral. Juan fue también uno de aquellos cuatro a los que Jesús se dignó revelar los signos de la ruina de Jerusalén y del fin del mundo. En la mañana del Jueves santo, fue encargado junto con San Pedro de los preparativos de la última cena (Luc. XXII, 9).

Pero ¡qué privilegio inefable le estaba reservado en esta cena de adiós!. Lo cuenta él mismo en una de estas líneas simples y profundas como su alma, que abundan en el cuarto evangelio: «uno de ellos, el que Jesús amaba estaba recostado en el seno de Jesús». “El que Jesús amaba”, éste es su verdadero nombre, con el que se designa en diferentes circunstancias con una admirable mezcla de modestia y orgullo. ¡Cuántas cosas en esta única palabra! “Las amistades humanas habían sido célebres; pero nunca se había visto la maravillosa ternura de una amistad divina. Dios tuvo esta inclinación, de volverse hacia un hombre y amarlo como si hubiera sido su igual. Acostumbrado a vivir toda la eternidad en la unidad del Padre y del Espíritu Santo, pidió a la tierra la alianza de un alma que fuera el desarrollo y la imagen de la suya”. Y esta alma fue la de San Juan.

Pero ¡cómo supo él amarlo a su vez! El periodo actual de su vida abunda en hechos que lo demuestran del modo más evidente. ¿Por qué, como un nuevo Elías, quiere hacer bajar el fuego del cielo sobre los samaritanos poco hospitalarios, sino porque no puede soportar la injuria hecha a su Maestro? ¿Por qué impidió un día a un extraño echar demonios en el nombre de Jesús, sino porque estaba santamente celoso de la gloria del Salvador? ¿Por qué el sobrenombre de “Hijo del trueno”, “Boanerges”, que nuestro Señor le dio junto a su hermano, sino es para marcar su celo amoroso, aunque a veces desmesurado?. No se saca toda la escoria del oro en un momento; también, incluso al final de la vida pública de Jesús, vemos a Santiago y a Juan unir sus súplicas a las de su

madre para obtener el primer y segundo puesto al lado del Mesías triunfante; pero en ello mostraron bien que no estaban guiados por un egoísmo vulgar, cuando preguntados si estaban dispuestos a compartir el amargo golpe de los sufrimientos del Maestro, respondieron con un generoso “Podemos”, que dictaba su amor.

Si Juan huyó como los otros apóstoles en el momento de la detención de Nuestro Señor Jesucristo, no fue más que durante unos instantes; porque enseguida lo vemos acompañar valerosamente a la divina víctima hasta el palacio del sumo sacerdote, donde nadie debía ignorar su condición de discípulo. Al día siguiente se mantenía sin miedo cerca de la cruz entre los verdugos. Encontró en el calvario la más maravillosa recompensa que fuera posible envidiar, cuando Jesús expirando le confió el cuidado de su Madre.

En la mañana de Pascua, el propio relato del apóstol predilecto nos enseña en qué circunstancias pintorescas corrió el primero con San Pedro al sepulcro vacío, y cuán pronto creyó en la resurrección de Nuestro Señor. En fin, cuando el divino resucitado se manifestó junto al lago Tiberiades a algunos de sus discípulos, San Juan fue el primero en reconocerlo, porque el amor es vigilante e infalible en este tipo de cosas.

5º. San Juan después de la Ascensión.- Vivió primero durante algún tiempo en Jerusalén, como todos los demás apóstoles. El libro de los Hechos, en dos capítulos consecutivos, cuenta extensamente los gloriosos episodios en los que tomó parte en compañía de San Pedro, y sobre todo la valentía de la que dio testimonio al día siguiente de Pentecostés frente al Sanedrín. Un poco más tarde, todavía con San Pedro a quien estaba unido por lazos de vivo afecto fue a Samaria, para consumar la obra de evangelización comenzada por el diácono San Felipe (Act. VIII, 14 y ss.).

Aproximadamente tres años después, San Pablo venido por primera vez a Jerusalén después de su conversión, se encontró sólo a San Pedro y Santiago el Menor entre los miembros del Colegio apostólico: San Juan estaba entonces momentáneamente ausente. Pero después de un intervalo de otros diez años, cuando el apóstol de los Gentiles hizo su tercer viaje a la capital judía con

ocasión del Concilio, tuvo la alegría de encontrar a San Juan a quien menciona entre las “columnas” de la Iglesia.

Aparte de otro detalle que tendrá su lugar un poco más adelante, esto es todo lo que los escritos del Nuevo Testamento nos enseñan con respecto al discípulo predilecto. Pero la tradición retoma, para continuarlo, el hilo de esta preciosa vida. En los hechos principales, su testimonio no deja nada que desear con relación a la antigüedad, la claridad y la unanimidad.

En una época que es difícil de fijar de manera absoluta pero que se suele situar generalmente no antes del año 67 de la era cristiana, San Juan vino a establecerse en Efeso, en el corazón de Asia proconsular. Dos motivos principales debieron ocasionar este cambio de residencia: por una parte la vitalidad del cristianismo en esta noble comarca; por otra las peligrosas herejías que comenzaban a germinar allí. Juan quería pues emplear su autoridad apostólica tanto para conservar, como para coronar el glorioso edificio construido por San Pablo; y su poderosa influencia contribuyó no poco a proporcionar a las iglesias de Asia la sorprendente vitalidad que conservaron a lo largo del segundo siglo. (S. Agustín, C.F. Ouoest. evang. 11,39)

He aquí, sobre este punto, algunos de los textos más interesantes.

1º. San Ireneo, originario de Asia Menor, obispo de Lyon en el 178, y martirizado en esta ciudad en el 202, nos proporciona informaciones de excepcional valor. En primer lugar, en su célebre escrito “contra los herejes” dice: “Todos los ancianos que se encontraron en Asia con Juan, el discípulo del Señor, atestiguan que él les transmitió estas cosas, porque vivió con ellos hasta los tiempos de Trajano. Y algunos de ello vieron no sólo a Juan, sino también a otros apóstoles... La iglesia de Efeso, fundada por Pablo, y en la que Juan permaneció hasta los tiempos de Trajano, es también testigo veraz de la tradición de los apóstoles¹”. En su carta a Florinus, su amigo de infancia, que se había dejado seducir por los gnósticos, San Ireneo es no menos explícito: “No son en absoluto éstas las enseñanzas que te transmitieron los antepasados que nos han precedido y que han vivido con los apóstoles; porque yo te he visto, cuando yo era todavía niño, en Asia infe-

rior, junto a Policarpo... y yo podría todavía mostrarte el lugar donde yo estaba sentado, cuando él enseñaba y contaba sus relaciones con Juan y con los otros que vieron al Señor y cómo hablaba él de lo que les había oído sobre el Señor, sobre sus milagros y sobre su doctrina²". Finalmente, tenemos este otro testimonio del gran obispo de Lyon en la carta que escribió al papa Víctor con ocasión de la célebre contestación relativa a la Pascua: "Cuando el bienaventurado Policarpo visitó Roma en los tiempos de Aniceto³, habiéndose manifestado ligeras controversias sobre algunos puntos, la paz se alcanzó enseguida. Ni siquiera se entregaron a una disputa sobre la cuestión principal. Porque Aniceto no pudo disuadir a Policarpo de festejar el 14 nisan⁴, dado que lo había celebrado siempre con Juan, el discípulo del Señor, y los otros apóstoles con los que había vivido. Y por su parte, Policarpo no pudo disuadir a Aniceto de observar este mismo día, al responder Aniceto que debía mantener la costumbre que había recibido de sus predecesores. Siendo así las cosas, se dieron mutuamente la comunión,... y se separaron en paz⁵".

2º. Apolonio, valiente adversario de los Montanistas, que vivía en Asia Menor hacia el 180, cuenta en un fragmento conservado por Eusebio⁶ "que un muerto había sido resucitado en Efeso por San Juan".

3º. Polícrates, obispo de Efeso en el 190, y apoyándose en las ricas tradiciones de su familia en la que siete miembros habían ocupado antes de él la sede episcopal de Efeso, escribía a su vez al papa Víctor en los siguientes términos: "Nosotros festejamos el día verdadero... porque algunas grandes luces se apagaron en Asia y resucitaron allí en el día del Señor... Felipe, uno de los doce apóstoles, y Juan que reposó en el seno del Señor⁷".

4º. A estos testimonios tanto más conmovedores cuanto que se relacionan con Asia Menor y con Efeso, podemos añadir otro, que es no menos antiguo. Es el de Clemente de Alejandría (hacia el 190), que se expresa así en su tratado "Qué rico se salvará", 42, 8: "En Efeso Juan visitaba las regiones circundantes, para establecer obispos y organizar iglesias⁸". Inútil insistir más y citar testimonios idénticos, pero más recientes de Orígenes, Tertuliano, San Jerónimo, etc.

San Juan no debía llevar mucho tiempo en Efeso, cuando fue arrestado por orden del emperador Domiciano y conducido a Roma para sufrir allí el martirio. Tertuliano es el primero que ha conservado el recuerdo de este hecho tan bien comentado por Bossuet: «Esa bienaventurada iglesia (Romana) para la que los apóstoles junto con su sangre vertieron toda la doctrina, en donde Pedro sigue los pasos de la pasión del Señor, en donde Pablo es coronado con la muerte de Juan (Bautista), en donde el apóstol Juan tras ser sumergido en aceite hirviendo, no sufrió ningún mal».

San Jerónimo apoyándose en el relato de Tertuliano, dice con algunos detalles más: «porque en Roma, metido en una olla de aceite hirviendo salió más puro y más robustecido que había entrado». La Iglesia celebra el 6 de mayo el aniversario del martirio de San Juan.

El impotente perseguidor creyó vengarse desterrando a la roca de Patmos al apóstol al que no había podido arrancar la vida. Pero Nuestro Señor Jesucristo esperaba allí a su discípulo predilecto para hacerle las revelaciones más íntimas: en efecto durante el exilio en Patmos, San Juan compuso el Apocalipsis. Aunque la fecha de este destierro ha sido fijada en diferentes momentos, nada es más cierto que el hecho mismo, que es relatado por autores muy antiguos y muy dignos de fe, tales como San Ireneo, Clemente de Alejandría, Orígenes y Eusebio. Este último dice formalmente: “El relato continúa”, para marcar así una cosa segura y cierta.

El exilio de San Juan tuvo su fin después de la muerte de Domiciano, cuando Nerva, su sucesor, devolvió la libertad a todos los que habían sido injustamente desterrados por el tirano. El apóstol volvió entonces a Efeso, como indican las fuentes más auténticas y continuó allí su valeroso ministerio.

No conocemos más que un pequeñísimo número de detalles especiales sobre los últimos años del discípulo del amor; pero están en perfecta armonía con el resto de su vida. Bastará con resumirlos brevemente, porque se hallarían en todos los libros, si no se hallaran en todas las memorias.

En primer lugar está el hecho encantador que se refiere a

este discípulo, tiernamente amado, que Juan había confiado a un obispo vecino durante una ausencia requerida por las necesidades de las iglesias de Asia. A su vuelta el apóstol tuvo el dolor de saber que el joven insuficientemente vigilado, había sido arrastrado a todo tipo de desórdenes por amigos corrompidos, y había acabado por hacerse el cabecilla de unos bandidos. Sin dudarlo, a pesar de su avanzada edad, San Juan fue a la busca de esta oveja descarriada y tuvo la felicidad de retornarla al redil.

El episodio de la perdiz, contado por Casiano, está lleno de dulzura. Vemos en él al gran apóstol, durante sus raras horas de reposo, jugando con una pequeña perdiz amaestrada. Un joven cazador, que estaba muy deseoso de ver al Santo, habiéndolo sorprendido un día en medio de su descanso, quedó vivamente escandalizado. San Juan le preguntó con dulzura: “¿Qué objeto llevas en la mano?” “Un arco”, respondió el cazador. “¿Por qué no está tenso?” El joven respondió: “Porque si estuviera siempre tenso, perdería su flexibilidad y sería inútil”. El anciano le replicó: “No te extrañes pues de estos cortos momentos de descanso que impiden a mi espíritu perder toda su capacidad”.

Por el contrario, en estas líneas de San Ireneo se nos vuelve a revelar el Hijo del trueno: “Hay todavía hombres que han oído contar a Policarpo que Juan, habiendo entrado en unos baños en Efeso, y habiendo visto dentro a Cerinto, se alejó bruscamente sin bañarse, diciendo: «Salgamos, no sea que la casa se desplome, puesto que ahí se encuentra Cerinto, el enemigo de la verdad»”. Comparad este hecho análogo de San Policarpo, al encontrar a Marción en una calle y gritar, cuando el heresiarca quería ser reconocido por él: «¡sí, te conozco, primer hijo de Satanás!».

El milagro de la copa envenenada que el apóstol vació sin sufrir ningún mal, ha sido relacionado a veces con la isla de Patmos y contado de distintas maneras. La iconografía cristiana ha reflejado este recuerdo imperecedero, porque “en recuerdo de este hecho se representa al apóstol sosteniendo en la mano una copa de la que se escapa una serpiente”.

El último episodio que debemos a San Jerónimo es el más bello de todos. «San Juan Evangelista, viviendo en Efeso hasta muy avanzada edad y siendo llevado a la iglesia entre las manos

de sus discípulos, no pudiendo apenas hablar, no solía proferir otras palabras distintas de éstas: “Hijitos, amaos los unos a los otros”. Finalmente los discípulos y los hermanos que asistían, aburridos de oír siempre lo mismo dijeron: “Maestro ¿por qué siempre dices esto?”. Él respondió unas palabras dignas de él: “Porque es el precepto del Señor y con cumplir esto, es bastante”».

6º. La muerte de San Juan.- Esta fue según las fuentes más auténticas la vida del discípulo predilecto. Murió tranquilamente en Efeso, bajo el imperio de Trajano, y fue enterrado en esta ciudad que tanto había amado como dice San Polícrates. El relato tardío de Georges Hamartolos, según el cual San Juan habría sido dado a la muerte por los Judíos, carece de valor histórico. Incluso se habla de extraños ruidos que se produjeron bastante tiempo por la extraordinaria prolongación de su vida en la tumba.

No se sabe con seguridad cuál era la edad de San Juan en el momento de su muerte; pero los antiguos autores eclesiásticos son casi unánimes en afirmar que vivió casi cien años (cien años y siete meses, según el “Chronicon paschale”); (ciento veinte años según Suidas).

7º. La biografía de San Juan y los racionalistas.- Tenemos que realizar aquí una tarea ingrata, que se hará aún más penosa en el apartado siguiente, a saber, demostrar la evidencia y responder a las vanas sutilezas del racionalismo. Tomad un jurado cualquiera y planteadle esta simple cuestión después de haber desarrollado los argumentos de la tradición que nos hemos limitado a abreviar: ¿El apóstol San Juan ha residido verdaderamente en Patmos, en Efeso? Responderá sin duda con un veredicto afirmativo. Sin embargo un cierto número de críticos contemporáneos declaran las pruebas insuficientes y niegan que San Juan haya vivido en estas dos localidades. No ocultan su objetivo: si se ha demostrado que la tradición está equivocada sobre este doble punto, será fácil refutarla cuando pretenda que Juan ha compuesto el Apocalipsis en la isla de Patmos y el cuarto evangelio en la ciudad de Efeso. Sus razonamientos son de dos tipos: los unos negativos, los otros positivos.

Usan o más bien abusan demasiado del “argumentum e silentio”: prueba tan débil, sobre todo después de haber oído a testigos tan serios, tan antiguos y tan numerosos. Keim querría que los Hechos de los apóstoles hubieran señalado la estancia de San Juan en Efeso. “Con semejante lógica -replica Leuschen- se podría demostrar que a estas horas San Pablo no ha muerto”, ya que los Hechos no lo dicen. “Como si el libro de los Hechos -añade M. Godet- fuera una biografía de los apóstoles y como si no terminara antes del momento en que Juan pudo habitar Asia!”. Pero, ¿cómo explicar el silencio de San Ignacio en su carta a los Efesios, o el de San Policarpo en su epístola a los Filipenses? Uno y otro hablan de San Pablo y guardan silencio sobre San Juan. De nuevo la respuesta es fácil. San Ignacio había atravesado Efeso para ir a sufrir el martirio en Roma, como en otro tiempo el apóstol de los Gentiles (Act. XX, 17 y ss.); tenía pues una razón especial para mencionar este hecho. Por otra parte los Filipenses habían sido los discípulos predilectos de San Pablo: nueva razón especial para recordarles su recuerdo. Y estos dos motivos particulares no existían con respecto a San Juan. En verdad “con semejantes pruebas no se podrá borrar de la historia la estancia de Juan en Patmos y en Asia”.

Sus argumentos positivos igualmente no valen más que por la audacia con la que son presentados. He aquí los dos principales. En primer lugar, San Epifano, tal como se ha dicho más arriba, sitúa el exilio de Patmos bajo el imperio de Claudio, es decir entre los años 41-54, lo que es imposible. Nada más cierto, y nadie piensa en defender a San Epifano sobre este punto. Pero porque un solo testigo, uno de los menos importantes cometa un error de detalle sobre un hecho accesorio ¿tenemos motivos para concluir que el hecho principal, garantizado por todos los demás testigos, queda anulado por esto mismo? Por cierto es visible que la inexactitud de San Epifano no afecta más que al nombre del Emperador reinante entonces; porque en la línea precedente dice que San Juan compuso su evangelio de vuelta a Patmos a la edad de noventa años. Ahora bien el predilecto del Señor no tenía más que cuarenta años bajo el reinado de Claudio.

En segundo lugar San Ireneo, de quien hemos leído afir-

maciones tan formales, se habría equivocado en sus propios recuerdos, confundiendo al presbítero Juan con el apóstol del mismo nombre perdiendo así toda la tradición. Keim, que ha descubierto este nuevo argumento, está tan orgulloso de él que lo propone -citamos sus propias palabras- “con todo el “pathos” que inspira la seguridad de la victoria”, porque está seguro de que una prueba semejante basta “para poner fin a las ilusiones de Efeso”. ¿Se puede concebir tal cosa? ¿San Ireneo equivocándose en un hecho semejante, a tan poca distancia, y confundiendo a uno de los más gloriosos apóstoles con un desconocido presbítero? Y ¿San Polícrates, y sus otros contemporáneos, cuyos testimonios hemos citado, siendo juguete de la misma ilusión?. Un error de este género es imposible, inadmisible; también la audaz afirmación de Keim, pronunciada después de un intervalo de diecisiete siglos, le ha valido incluso dentro de su campo, y con mayor razón por parte de exégetas creyentes, respuestas de una vivacidad perfectamente excusable. Y ni Strauss, ni Baur, ni Hilgenfeld, ni Renan, ni los partidarios más avanzados y más indisciplinados de la escuela de Tubinge tales como Schweigler, Zeller y Volkmar (que no es poco) han querido asociar su nombre a una teoría desprovista de todo apoyo y de toda ciencia. Por lo demás, doctos historiadores admiten hoy en día, que la misma existencia del presbítero Juan, este “presbítero nebuloso”, como ellos lo denominan, es muy problemática y se inclinan a identificarlo con el mismo apóstol. Por lo menos, el siguiente fragmento de Papías, conservado por Eusebio, demuestra que, si el presbítero Juan ha existido realmente, se sabía, desde estos tiempos antiguos, distinguir claramente su personalidad de la del apóstol San Juan. “Yo no dejaré de añadir a mis explicaciones todo lo que he... recibido de los antepasados, garantizándote la verdad. Porque yo no me deleitaba, como la mayoría, en los que cuentan muchas cosas, sino en los que cuentan las cosas verdaderas... Si a veces uno de estos que han acompañado a los antiguos llegaba a mi casa, yo me informaba de las palabras de los antiguos: qué ha dicho Andrés, o Pedro, o Felipe, o Tomás, o Santiago, o Juan, o Mateo, o algún otro discípulo del Señor; después de lo que dicen Aristion y el presbítero Juan, discípulos del Señor; porque yo no suponía

que lo que se saca de los libros pudiera serme tan útil como lo que viene de la palabra viva y permanente”.

Así pues la teoría de Lützelberger y de Keim cae de todas maneras, y nada queda mejor atestiguado que la estancia de San Juan en Patmos y en Efeso; y “a menos de rechazar en bloque todos los testimonios posteriores al primer siglo, se lo debe considerar como un hecho indiscutible”.

8º. El carácter de San Juan.- Debemos limitarnos a algunos trazos rápidos; por lo demás, mejor que nadie, San Juan mismo ha trazado su retrato en el evangelio que nos ha legado.

El predilecto del Salvador estaba extraordinariamente dotado y sobre todo de las cualidades que atraen siempre el afecto. Su naturaleza era ideal, de una delicadeza exquisita; su corazón amoroso se entregaba sin medida y permanecía entregado hasta la muerte.

Juan era en el fondo dulce y tranquilo, sin tener sin embargo ese no se qué femenino que nos han presentado con demasiada frecuencia los pintores; porque en su momento, tal como nos lo han revelado diversos episodios de su vida, supo manifestar la energía de un alma viril, ardiente, valerosa, que no quería sacrificar ninguno de los derechos de su Maestro adorado y que no tenía ningún peligro.

Tenía una perfecta modestia. No desempeña más que un papel muy desdibujado en su propia narración, no hablando de sí mismo más que en tercera persona y citando sólo tres palabras suyas.

Su viva inteligencia atraviesa todos sus escritos; y si los Fariseos en una circunstancia oficial lo trataron junto a San Pedro como hombres “sin letras” y rústicos, estas palabras en sus bocas no expresaban más que la falta de una educación rabínica.

La pureza virginal de San Juan es uno de los rasgos más señalados y más atrayente en su naturaleza; también se ha señalado y vanagloriado de ello desde los primeros siglos. «Juan,... virgen de Cristo», escribía Tertuliano⁹. «Hay quienes opinan y éstos son en verdad estudiosos no desdeñables de la sagrada escritura que el apóstol Juan fue más amado por Cristo, porque no tuvo esposa y desde sus primeros años vivió en perfecta castidad», San

Agustín¹⁰ «Juan, a quien la fe de Cristo había encontrado virgen, permaneció virgen y por ello es amado más por el Señor y se recostó sobre el pecho de Jesús... y para resumir y enseñar en pocas palabras de qué privilegio goza Juan, es decir la virginidad de Juan, la Madre Virgen es encomendada por el Señor virgen a su discípulo virgen¹¹».

De ahí las hermosas palabras de “virgen” o “virginal” con los que gustaba designar a este apóstol angélico según el Apocalipsis, XIV, 4.

Pero, como se está de acuerdo en reconocer, lo que caracteriza ante todo a San Juan, es la profundidad extraordinaria, la gran receptividad de su alma. Pedro fue sobre todo el hombre de acción, mientras que Juan al modo de María se sumergía en un maravilloso reconocimiento. “Juan es la quietud de la contemplación, reposando en silencio cerca del objeto que adora y prelu-diando las tranquilas alegrías de la eternidad¹²”. Miradlo en un magnífico cuadro de Dominico, con los ojos, el espíritu y el corazón elevados hacia el cielo: es él, viviendo en el interior mucho más que en el exterior, en la intensidad del pensamiento y del amor.

Notas:

¹ Adv. Hær. III, 3, 4, ap. Eus. L.c. III, 23,4.

² Eusèbe, l.c. v. 20, 2-4

³ Vers l'an 160.

⁴ Comme jour de la Pâque, à la façon dès Julia.

⁵ Ap. Euseb. Hist. eccl., v. 24,16.

⁶ L.C. V, 28.

⁷ Ap. Eusèb. Hist. eccl. v, 24, 3. Cf. III, 31, 3.

⁸ Cf. Eusèbe, l.c. III, 24.

⁹ De Monogam. c. VII.

¹⁰ Tract. CXXXIV in Joan. 8. Cf. De bono conjug. 21.

¹¹ S. Jérôme, Contr. Jovin. I, 26. Cf. Ad Princip. ep. CXXVII, 5;

¹² Baunard, L'apôtre S. Jean, p. 167.

II. - LA AUTENTICIDAD DEL CUARTO EVANGELIO

¿El cuarto evangelio es la obra del apóstol cuya vida y carácter acabamos de describir en algunas páginas? Esta cuestión tan simple en sí misma y de tan fácil solución se ha convertido desde hace un siglo, gracias a los racionalistas, en una de las más complicadas así como también de las más graves entre las que el exégeta encuentra en su camino. Verdadero “campo de batalla del Nuevo Testamento”, se dice con razón. Y se comprende porque se ha entablado una lucha entre creyentes e incrédulos alrededor de la persona de Jesucristo, y el evangelio según San Juan tiene una importancia capital para darnos a conocer al Hombre-Dios, el Verbo encarnado¹.

Júzguese por un detalle bibliográfico lo encarnizado del combate. Luthard, en una de las mejores obras que se hayan compuesto para defender la autenticidad del cuarto evangelio, ha intentado establecer la lista de trabajos más o menos considerables que habían sido publicados antes del suyo sobre esta misma cuestión. Aunque incompleta, su lista incluye no menos de trece páginas tamaño octavilla y señala hasta doscientos ochenta y cinco nombres de autores.

Estudiaremos sucesivamente: las pruebas extrínsecas, las pruebas intrínsecas y los sofismos de los racionalistas.

1.- LAS PRUEBAS EXTRÍNSECAS

Se trata, como comprenderá el lector, de los testimonios de la tradición a favor del cuarto evangelio. Es el más fuerte de todos los argumentos; basta con él solo y veremos que los adversarios de la autenticidad no podrán oponerle nada serio.

Dos observaciones preliminares: 1°. Como diremos más adelante, el evangelio según San Juan no apareció hasta el final del siglo primero de nuestra era. Los relatos de los tres sinópticos, notablemente más antiguos, se habían extendido pues por todas partes, cuando fue entregado a las manos de los fieles y habían formado la corriente de la tradición evangélica. Además, al ser más abstracta más íntima, menos episódica en el fondo y en

la forma, la obra de San Juan se prestaba menos a las citas y a los préstamos, sobre todo en una época literaria cuyas costumbres diferían mucho de las de hoy. Por este doble motivo, sería natural “a priori” que no se hubiera citado el cuarto evangelio con tanta profusión como los tres primeros.

2º. Entre las citas de los antiguos escritores eclesiásticos, debemos hacer una elección bastante restringida y dar los textos indiscutibles. Pero recordemos al leerlos que podríamos haber llenado más de veinte páginas y que sabios críticos los han estudiado uno por uno para demostrar su autenticidad o para estudiar su sentido o para responder a las objeciones de detalle que los racionalistas presentaban al respecto. En efecto paso a paso, por así decirlo, este terreno sagrado ha sido defendido contra las incursiones encarnizadas y reiteradas del enemigo.

Y ahora, situémonos en la confluencia de los siglos segundo y tercero. Inútil ir más abajo, porque los adversarios más ardientes del evangelio según San Juan admiten ellos mismos que a partir de esta época su autenticidad era universalmente admitida: la literatura cristiana del tercer siglo, con más razón que la del cuarto, abunda en testimonios tan claros, tan formales que no podría haber la menor duda sobre la fe de la Iglesia con respecto al punto que nos ocupa. Pues bien, es fácil demostrar que esta fe se apoyaba sobre una tradición casi tan antigua como la obra de San Juan. Entre los años 185 y 220 vemos que por una parte en todas las provincias eclesiásticas -en la Galia, en Cartago, en Asia Menor, en Egipto- por otra parte en el campo heterodoxo, nuestro evangelio es uniformemente tratado como canónico y atribuido al apóstol San Juan.

A. La tradición ortodoxa.- El historiador Eusebio es mucho más reciente que la fecha indicada; pero su autoridad es de extremado valor, porque poseía sobre estos tiempos antiguos conocimientos extraordinarios. Había leído todo, se había informado de todo; cita numerosos fragmentos de escritos que desaparecieron desde entonces; y expone con admirable fidelidad el resultado de sus lecturas. Ahora bien, salvo una divergencia que no tiene nada de serio, no ha encontrado nada que señalar contra la autenticidad del evangelio según San Juan. Es un libro univer-

salmente aceptado. Igualmente “se le debe admitir en primera línea, porque es conocido en todas las Iglesias que hay bajo el cielo” (Hist. Eccl. III, 24). Y sin embargo Eusebio no teme en ocasiones señalar las dudas que se habían producido aquí y allí con respecto a ciertos escritos bíblicos por ejemplo las de Dionisio de Alejandría con relación al Apocalipsis.

Orígenes cuyas célebres catequesis se remontan a los primeros años del siglo tercero, sitúa el evangelio de San Juan entre los cuatro “que son los únicos admitidos sin contestación en la Iglesia de Dios que esta bajo el cielo” (Hist. Eccl. VI, 25).. Hecho absolutamente incomprensible en caso de que el libro no hubiera sido compuesto más que hacia el año 150; porque entonces ¿cómo habría adquirido tan rápido tal autoridad?

Antes de que Orígenes hablara así en Alejandría. Tertuliano hablaba en Cartago en términos análogos, que suponen también que San Juan era reconocido en todas partes como el autor del evangelio que lleva su nombre: «Declaramos primeramente que el texto evangélico tiene como autores a los apóstoles a quienes el propio Señor asignó la tarea de propagar el evangelio; y a los sucesores de los apóstoles, pero no solos sino en compañía de los apóstoles... y después de los apóstoles... Finalmente de entre los varones apostólicos Juan y Mateo nos introducen en la fe, Lucas y Marcos la confirman» (Adv. Marción, IV, 2)². Y las numerosas citas que Tertuliano da del cuarto evangelio demuestran que se trata del mismo libro que leemos hoy todavía³.

Volvamos a Alexandría. Clemente, maestro de Orígenes, que dirigía la erudita escuela de esta ciudad hacia el año 190, que había recorrido Grecia, Italia, Siria, Palestina, buscando por todas partes las tradiciones antiguas opone formalmente a los diversos evangelios apócrifos que circulaban entonces “los cuatro que nos han sido transmitidos⁴”; entre estas cuatro biografías auténticas del Salvador, señala del modo más explícito la del discípulo predilecto. “Juan recibió los tres primeros evangelios, y observando que recogían los hechos externos de la vida del Señor escribió un evangelio espiritual bajo el impulso de hombres eminentes de la iglesia⁵”. Además Clemente de Alejandría no deja de añadir que obtenía sus informaciones de los “mayores que se remontaban

hasta el principio⁶” y en particular de su maestro San Panteno muerto en el año 189.

Pero en la misma época nuestro testigo principal es San Ireneo, este otro hombre de ciencia, que por su nacimiento pertenece a Asia Menor, donde había pasado su infancia, y en su madurez en la Galia, donde ejerció durante largos años sus funciones de presbítero y obispo. En su obra “Contra los herejes”, publicada bajo el imperio de Cómodo, por consiguiente entre los años 180 a 192, cita más de sesenta veces el evangelio según San Juan y atribuye su composición al discípulo predilecto. San Mateo ha escrito la primera parte del “evangelio en cuádruple forma”, San Marcos la segunda, San Lucas la tercera; “después San Juan, el discípulo del Señor, que reposó sobre su pecho, publicó también su evangelio, mientras vivía en Efeso, en Asia” (Contra las Herejías, III, 1,1). Y observad aún que San Ireneo se apoya constantemente sobre la tradición eclesiástica, en cuyo nombre habla y nunca en el suyo propio.

Y podemos remontarnos aún más atrás que Orígenes, que Tertuliano, que Clemente de Alejandría, que San Ireneo. Las simples cartas, los tratados cortos, los escritos fragmentarios que componen la literatura cristiana de los dos primeros tercios del siglo segundo nos permiten controlar las afirmaciones que acabamos de oír y ver su perfecta verdad.

Citemos en primer lugar, en las extremidades opuestas de la Iglesia, en Occidente y en Oriente, dos traducciones de la Biblia entera, que contienen la una y la otra el cuarto evangelio tal como lo leemos actualmente y que lo atribuyen al apóstol San Juan. Queremos referirnos a la “Itala” latina y la “Peschito” Siria, que existían ambas mucho antes del final del siglo segundo. “Está en uso entre nosotros” escribía Tertuliano sobre la Itala. En cuanto a la Peschito es probable que hubiera sucedido a otra versión siria aún más antigua⁷. Con toda seguridad el escrito original debía existir desde bastante antes cuando estas traducciones fueron compuestas.

En el “fragmento de Muratori” que nos ha conservado una preciosa lista de los libros que se organizaban en el canon de las Santas Escrituras durante la segunda mitad del segundo siglo lee-

mos las siguientes líneas: «Juan, del cuarto evangelio de los apóstoles. Animándole los otros discípulos y sus obispos dijo: “Ayunad conmigo hoy durante tres días y contémonos unos a otros lo que nos haya sido revelado a cada uno”. Esa misma noche fue revelado a Andrés de entre los apóstoles, que, con conocimiento de todos, Juan escribiera todas las cosas en su nombre... ¿qué hay de extraño pues si Juan tan continuamente refiere cada cosa incluso en sus epístolas diciendo: “Las cosas que vimos con nuestros ojos y oímos con nuestros oídos y nuestras manos palparon, esa las hemos escrito?”⁸”. Así en efecto se declara por orden no sólo espectador, sino también oyente y escritor de todas las maravillas del Señor».

Hacia el año 177 las iglesias de Lyon y de Viena dirigían a las de Asia y Frigia una carta admirable, donde cuentan las persecuciones que Marco Aurelio les había hecho sufrir. Pues bien, esta carta toma dos citas del cuarto evangelio. “Teniendo al Paráclito dentro de él”, dice de uno de los mártires. cf. Joan. XIV, 26. Y en otra parte: “Así se cumplía la palabra pronunciada por Nuestro Señor, que vendrá el tiempo en el que el que os quite la vida creará rendir culto a Dios”. cf. Joan. XVI, 2. Este segundo pasaje es extremadamente impresionante.

Sobre la misma época Teófilo de Antioquía citaba también de una manera aún más categórica un texto del evangelio según San Juan. Escribiendo a su amigo Autolico le señala en estos términos las primeras palabras del prólogo, Joan. I, 1: “Es lo que nos enseñan los santos escritos y todos los hombres animados del Espíritu, entre las cuales Juan dice: Al principio...”⁹. Más aún, sabemos por San Jerónimo que Teófilo había reunido los cuatro evangelios canónicos en forma de concordancia (*De Viris Illustribus*, 25).

Hemos dicho más arriba que San Polícrates, obispo de Efeso, otro contemporáneo de San Ireneo, menciona a San Juan como “aquel que había reposado la cabeza sobre el pecho del Señor” (*Hist. Eccl. V. 24*). Pues bien ésta es una cita real aunque indirecta del cuarto evangelio: Hilgenfeld se ha visto obligado a reconocerlo.

Atenagoras en la apología que dirigía en el año 176 al

emperador Marco Aurelio parafrasea y combina las palabras de San Juan relativas al Verbo divino: “El Hijo de Dios es el Verbo del Padre... Todas las cosas han sido hechas por él¹¹”.

De Meliton, otro apologista de esta época, no poseemos más que algunos fragmentos: uno de ellos supone incontestablemente el conocimiento del cuarto evangelio. “Jesús siendo a la vez Dios y hombre perfecto, ha demostrado su divinidad por medio de sus milagros en los tres años que siguieron su bautismo y su humanidad en los treinta años precedentes¹²”. Pues bien sólo por la narración de San Juan ha podido Meliton evaluar así la verdadera duración del ministerio público de Nuestro Señor Jesucristo¹³.

Apolinar, obispo de Hierápolis, compuso hacia el año 170 un escrito relativo a la celebración de la Pascua. Aludiendo a la divergencia de sentimientos que existía desde entonces entre los intérpretes a propósito del día en el que el Salvador había comido el cordero pascual¹⁴, afirma que los evangelios no podrían estar en desacuerdo los unos con los otros; y es bien evidente para cualquiera que conozca la cuestión, que por las palabras “los Evangelios no concuerdan” hay que entender por una parte los sinópticos y por otra a San Juan. Apolinar¹⁵ designa además a Jesucristo con esta perífrasis, que recuerda evidentemente el cuarto evangelio (Joan. XIX, 34): “Aquel cuyo sagrado costado fue atravesado y que ha derramado agua y sangre”.

Algunos años antes Tatiano componía su celebre “Diatessaron”, donde se encontraban combinados conjuntamente nuestros cuatro evangelios canónicos y que comenzaba con estas palabras de San Juan: “En el principio era la Palabra”. En su Discurso a los Griegos, cita varios otros textos del discípulo predilecto. “Seguid al único Dios, por el que todas las cosas han sido hechas y nada ha sido hecho sin Él”. “Es pues lo que se ha dicho: Las tinieblas no acogen la luz”.

Tatiano había tenido como maestro a San Justino, mártir, que vivía a la mitad del siglo segundo, a pesar de ellos y después de discusiones altisonantes, los racionalistas se han visto obligados a reconocer que este padre rinde homenaje a la autenticidad del evangelio según San Juan. Los pasajes siguientes son en efec-

to préstamos evidentes. “El Verbo que estaba con Dios cuando al principio creó todas las cosas por él”. Apol. II, 6. Cf. Joan. I, 3. “El primer poder ante Dios... es el Hijo, el Verbo, que habiendo sido creado de una cierta manera, se hizo hombre”. Apol. I, 45. Cf. Joan. I, 14. “Jesús es llamado hijo único del Padre”. Dialog. c. Tryph. c. 105. Cf. Joan. I, 18. “Y (Juan Bautista) gritaba: Yo no soy Cristo, sino la voz del que grita”. Dial. c. 88. Cf. Joan. I, 21-23. “Con toda razón se ha reprochado a los Judíos, por el espíritu los Profetas, y por el propio Cristo, el no reconocer ni al Padre ni al Hijo”. Apol. I, 63. Cf. Joan. VIII, 19 y XVI, 3. “Cristo ha dicho: si no nacéis de nuevo, no entrareis en el reino de los cielos. Pues bien, es evidente que es imposible que una vez nacido uno pueda entrar en el seno de su madre”. Apol. I, 61. Cf. Joan III, 3-4. Y otros diez pasajes análogos.

La epístola a Diogenetes, anterior quizá a San Justino, contiene también diversos fragmentos que no pueden ser más que ecos del cuarto evangelio. Por ejemplo: “Dios ha amado a los hombres, a los que ha enviado a su único Hijo”. “Los cristianos no son del mundo”.

Sigamos remontándonos y aproximándonos cada vez más al primer siglo. Llegamos a los Padres apostólicos, cuyos testimonios tienen para nosotros un valor aun mayor. Entre los años 160 y 100 encontramos también trazas manifiestas de la creencia en el origen apostólico de nuestro evangelio.

Papías a quien San Ireneo¹⁶ nos presenta como oyente de San Policarpo, y como amigo de San Ireneo ¿sería mudo sobre el evangelio de su maestro, tal como lo pretenden nuestros adversarios? No, ciertamente; porque dice formalmente Eusebio¹⁷: “citaba (como parte integrante de la Biblia) la primera epístola de San Juan”. Ahora bien está admitido hoy día que esta epístola es inseparable del cuarto evangelio. Diversos detalles de los “comentarios de las palabras del Señor” de Papías sobre todo la expresión “la verdad misma” para designar a Nuestro Señor Jesucristo¹⁸ son reminiscencias ciertas de San Juan. Finalmente, aunque relativamente tardía, la siguiente inscripción, descubierta en un manuscrito del Vaticano, es de la mayor importancia para el asunto que nos ocupa: «El evangelio de Juan fue manifestado y transmitido a

las Iglesias por Juan todavía en vida; como Papías, llamado Hieropolitanus, querido discípulo de Juan transmitió en sus comentarios a los exotéricos, es decir los últimos cinco libros. Escribió el evangelio al dictado de Juan¹⁹. Sin embargo el herético Marción²⁰, habiendo sido condenado por el mismo, porque opinaba lo contrario fue rechazado por Juan». La tradición consideraba pues como una cosa imposible que Papías no hubiera conocido la obra principal del discípulo predilecto (Ver Padres Apostólicos, BAC. p. 884).

Al lado de Papías, San Ireneo menciona a los “mayores” de la provincia eclesiástica de Asia Menor que pertenecían también ellos a la segunda generación cristiana. Cita incluso varias de sus palabras; pues bien, una de ellas está tomada textualmente de San Juan: “Por este motivo ellos enseñaban que el Señor había dicho: Hay muchas moradas en la casa de mi Padre”.

San Policarpo es para nosotros, por sus relaciones personales con San Juan, otro testigo decisivo. En efecto, según sus propias palabras, “había sido asociado a los apóstoles en Asia, y colocado a la cabeza de la iglesia de Esmirna por aquellos que habían sido los testigos oculares y los ministros del Señor”. Martirizado a la edad de ochenta y seis años, hacia el 155 ó 156, según la fecha que hoy día es generalmente adoptada, vivió en Asia durante la mayor parte de la estancia que tuvo allí el apóstol San Juan: fue pues como un lazo viviente entre las dos primeras generaciones. Este detalle es capital para la cuestión que tratamos: no ha habido interrupción entre San Juan y nosotros, la tradición es absolutamente segura. Sin embargo, San Policarpo no menciona nuestro evangelio de una manera directa; sino que, como Papías, muestra igualmente que lo conocía, puesto que cita la epístola que fue por así decirlo la introducción y dedicatoria. “Cualquiera, -dice en su carta a los Filipenses-, que no confiese a Jesucristo encarnado, no es de Dios, es un anticristo”. Comparad I Joan. IV, 3.

Y si el testimonio de los discípulos inmediatos de San Juan no bastara, tenemos todavía otras pruebas. El Pastor de Hermas, cuya aparición se suele situar entre los años 140 y 150, tiene varios puntos de contacto tanto con la primera epístola de San

Juan como en el evangelio. Jesús es denominado “la puerta de Dios, la única entrada que lleva al Señor” (Sim. IX, 12. cf. Joan. X, 7; XIV, 6). Los pasajes Joan. XIV, 21; XV, 10; XVII, 8 están también representados allí; más aún, Keim reconoce que “la terminología de “Pastor” recuerda a menudo el cuarto evangelio”.

Las epístolas de San Ignacio que datan ciertamente de la primera mitad del siglo segundo, y quizá del año 110, atestiguan también que en esta época el cuarto evangelio ya existía. La de los Romanos, c. 7, contiene el siguiente pasaje: “El agua viva, que habla dentro de mí, me dice: Ven al Padre. Yo no me deleito en el alimento de la corrupción, ni en las alegrías de esta ida: yo quiero el pan de Dios, el pan celestial, el pan de la vida que es la carne de Cristo. Yo quiero la bebida de Dios, su sangre que es el amor incorruptible y la vida eterna”. ¿No tenemos aquí una doble reminiscencia? Joan. IV, 14: “El agua que yo te daré se hará dentro de ti una fuente que salte hasta la vida eterna; Joan VI, 56: “Yo soy el pan de la vida bajado del cielo; mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida”.

La epístola a los de Filadelfia, c. 7 se expresa en estos términos: “el espíritu no se pierde, porque es de Dios. Sabe de donde viene y a donde va y condena las cosas ocultas.

¿La alusión a Joan III. 8, 20 y XVI, 8 no es transparente? Comparad también Joan X, 9 y estas otras líneas de la misma epístola: “(Jesús es) la puerta del Padre, por la que entran Abraham, Isaac, Jacob, los apóstoles, los profetas, la Iglesia”.

En breve, Hilgenfeldt que no es fácil de convencer en semejante materia admite que “la teología entera de las cartas de Ignacio reposa sobre el evangelio de Juan”.

¿Se puede decir otro tanto de la epístola de San Bernabé, compuesta hacia el año 96? Sí, según los mejores críticos y según algunos de nuestros adversarios, al ser tan sorprendentes las semejanzas. Así, en el capítulo XII, 5 el autor parece que no ha podido sacar más que de San Juan III, 14-15 la comparación que establece entre la serpiente de bronce y la crucifixión de Jesús. Las expresiones características recuerdan por completo el estilo del cuarto evangelio.

Finalmente, podemos apoyarnos sobre la carta dirigida a

los Corintios por el papa San Clemente en la misma época en la que aparecía el evangelio según San Juan. Recoge locuciones que no pueden explicarse tampoco más que por un parentesco muy íntimo entre los dos escritos. Por ejemplo, las palabras “Dios verdadero y único” (XLIII, 6. cf. Joan. XVIII, 3).

Así pues nada más claro, nada más explícito que el testimonio de la iglesia antigua respecto al autor del cuarto evangelio. Múltiples voces se suceden a intervalos frecuentes y remontándose hasta la época en que este escrito sublime fue compuesto, pronuncian el nombre del apóstol San Juan o lo suponen, o este argumento es infalible o la traducción es una palabra vacía de sentido.

B. La tradición heterodoxa viene por lo demás a confirmar, como para los otros evangelios, el resultado que hemos obtenido. Se divide aquí en tres ramas, según que represente los círculos judaizantes, los círculos gnósticos, el círculo pagano. Heréticos y paganos venían a buscar en el evangelio según San Juan una pretendida base para sus ataques o para sus variados errores.

En el “Testamento de los doce Patriarcas” que es evidentemente anterior al año 135 encontramos varias expresiones que están ciertamente sacadas de nuestro evangelio: “luz del mundo, el espíritu de la verdad, unigénito, Dios encarnado, Cordero de Dios, fuente para la vida de toda carne”.

Las Homilías Clementinas citan fragmentos incompletos, aparte de alusiones más rápidas en número de quince: “El verdadero profeta ha dicho él mismo: Yo soy la puerta de la vida: el que entra por mí entra en la vida... Mis ovejas escuchan mi voz”. “A los que le interrogaban y le preguntaban: ¿Es éste el que ha pecado o sus padres, para que haya nacido ciego? Nuestro Señor respondió: No es él quien ha pecado, ni sus padres sino para que se manifieste el poder de Dios”. Este extracto importante de la historia del ciego de nacimiento, no ha sido descubierto hasta 1.853 por Dressel, en un manuscrito del Vaticano. Ha arrancado esta preciosa confesión a Hilgenfeld: “El evangelio de San Juan es empleado sin escrúpulo, incluso por los adversarios de la divinidad de Cristo, tal como seudo-Clemente, el autor de las “Clementinas”.

Pasemos a los partidarios de la Gnosis. Ellos también durante la primera parte del siglo segundo, hacen un uso casi continuo del evangelio según San Juan. Es el caso de los Ofitas, que el autor de "Philosophumena" señala como la secta gnóstica más antigua. Ellos citaban sobre todo este pasaje: "El Salvador ha dicho: Si tú supieras quien te hace esta pregunta, tú mismo te dirigirías hacia él y él te habría dado a beber el agua viva". ¿Quién no reconoce aquí a Joan. IV, 10, 14? Es el caso del famoso Basilides, muerto según San Jerónimo, hacia el año 131. En sus comentarios evangélicos, de los que "Philosophumena" nos han conservado paralelamente algunos pasajes, se leía: "Esto es lo que se dice en los evangelios: Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre... que cada cosa tenga su propio tiempo; es lo que el Salvador declara suficientemente en estas palabras. Mi hora no ha llegado todavía". Es el caso del no menos famoso Valentín y sus discípulos Ptolomeo, Heracleon, Teodoto, que cuando intentaban desfigurar la obra del discípulo predilecto para hacerla favorable a sus doctrinas, en absoluto pensaban que contarían un día entre los mejores apoyos de su autenticidad. San Ireneo ha escrito unas hermosísimas palabras sobre este asunto: «Tan grande es la certeza respecto a los evangelios que hasta los herejes dan testimonio de ellos y cada uno de ellos intenta ratificar su doctrina a partir de ellos mismos. Los que son seguidores de Valentín haciendo uso muy abundante del evangelio según San Juan para la demostración de sus uniones de eones (o "sicigias")... Por consiguiente cuando aquellos que nos contradicen presentan este testimonio y lo utilizan, es firme y segura nuestra demostración» (Contra las Herejías III, 11,7).²¹

Los raros fragmentos que San Hipólito nos ha conservado de los escritos de Valentín, confirman maravillosamente las palabras de San Ireneo: «haciendo uso muy abundante». "Dice: Todos los profetas y la ley han hablado según el demiurgo, el Dios insensato; por ello el Salvador dice: Todos los que han estado antes de mí, son ladrones y bandidos²²". La apelación "príncipe de este mundo" que designa varias veces al demonio en el cuarto evangelio, era también empleada por Valentín²³. En cuanto a Ptolomeo, tenemos de él testimonios aún más expresivos, porque, por una parte, anuncia que Jesús mismo (y cita este nombre) ha

hablado de “el principio” y de “el unigénito y único Dios²⁴”; por otra parte en una carta que San Epifano nos ha conservado²⁵, dice expresamente: “El apóstol declara que la creación del mundo corresponde al Salvador, ya que todas las cosas han sido hechas por él y nada ha sido hecho sin él”. Es esta una cita literal de San Juan, I, 3. La gradación ascendente se mantiene en Teodoto, puesto que encontramos hasta veintiséis pasajes del evangelio según San Juan mencionados en los restos de sus obras que Clemente de Alejandría nos ha transmitido²⁶. Sigue en progreso en Heracleon, que había compuesto un comentario completo de nuestro Evangelio²⁷.

Tenemos también, cosa bien extraña, el testimonio de un pagano a favor del cuarto evangelio. En su libro titulado “La verdadera palabra” que apareció hacia el año 175, Celso se propone “destruir a los cristianos con su propia espada”, tal como se expresa irónicamente, es decir derribar su religión por medio de los escritos que pretenden inspirados. Cita frecuentemente las cuatro narraciones evangélicas, destacando, a veces con bastante agudeza, sus contradicciones aparentes, y menciona numerosos detalles del evangelio según San Juan, en particular el cambio del agua en vino en las bodas de Caná, la sangre que manó del costado de Nuestro Señor Jesucristo sobre la cruz, la doctrina del Verbo²⁸.

Ahora resumamos. ¿De qué se compone la literatura cristiana o directamente anticristiana del segundo siglo?. De algunas cartas, de escritos apologeticos, de un cierto número de tratados. Ahora bien, sucede que todas estas obras, aunque la mayor parte no nos hayan llegado más que en estado fragmentario, testimonian cada una a su modo que San Juan es verdaderamente el autor del evangelio que lleva su nombre. Esta es nuestra prueba extrínseca. Se ha dicho con razón “no existe un libro compuesto por un autor pagano que pueda reivindicar, a favor de su autenticidad, ni la quinta parte de las pruebas que nosotros alegamos para el evangelio según San Juan”.

Y sin embargo se encuentran manchas en este sol; se las ha ido acrecentando poco a poco tan desmesuradamente que se ha pretendido que oscurecían todos los rayos luminosos. He aquí los hechos:

1º Marción que vino a Roma hacia el año 140 y que fue uno de los primeros grandes herejes, rechazaba el cuarto evangelio.

2º San Ireneo menciona una secta que rechazaba igualmente aceptarlo. «Otras para negar el don del espíritu que en los últimos tiempos fue derramado sobre la humanidad por voluntad del Padre, no admiten aquella cita que está en el evangelio según San Juan, en la que el Señor prometió que enviaría al Paráclito; y al mismo tiempo rechazan el evangelio y el espíritu profético»²⁹.

3º San Epifano³⁰ informa por su parte de otra secta a la que da el nombre de “Alogi” que atribuía la composición de nuestro evangelio a Cerinto.

¡Estos tres hechos, desequilibrarían, según los racionalistas, toda la masa de pruebas que acabamos de leer!

Verdaderamente -responderemos primero con Shanz-³¹ “es casi cómico no encontrar en estos testimonios sacados de ilustres escritores eclesiásticos la menor cosa que no tenga el valor de un documento histórico, mientras que se transforma en un testimonio histórico de primer orden la contradicción de los “Alogi”, estos herejes desconocidos, de los que San Epifano ha escrito en propios términos: “de escasa fuerza”.

Pero entremos en algunos detalles:

Marción no quería en efecto otro evangelio más que aquel que él mismo había compuesto mutilando el de San Lucas³²; pero conocía las otras biografías de Nuestro Señor “publicadas bajo el nombre de los apóstoles también de hombres apostólicos³³” y había reconocido expresamente primero la autenticidad de la obra de San Juan como le dice Tertuliano: “Si tú no hubieras rechazado los escritos contrarios a tu teoría, el evangelio de Juan estaría ahí para confundirte³⁴”. ¿Y por qué los había arrancado de golpe de su canon?. En virtud de un prejuicio dogmático, porque no cuadraban con la teoría religiosa de la que él era inventor. Así pues su conducta es más bien un argumento favorable a nuestra tesis y ya nuestros adversarios en gran número de renuncias a alegarlo³⁵.

No menos que Marción los herejes desconocidos de los que habla San Ireneo rechazaban a San Juan como autor del cuar-

to evangelio; ellos también rechazaban su obra porque contradecía sus errores relativos al Paráclito. ¿no es esta una nueva prueba a nuestro favor?. En cuanto a los “Alogi”, es cierto que son la excepción pero de una manera absolutamente insignificante o más bien ¿no podemos decir que confirman la regla?. En efecto: 1º Al ser Cerinto contemporáneo del apóstol San Juan, atribuirle la composición del cuarto evangelio era reconocer su gran antigüedad. 2º Los “Alogi” no basan su negociación en bases históricas o críticas, las únicas que tienen algún valor en caso parecido; sino que como el prólogo de San Juan parecía favorecer los errores de Cerinto, se pusieron a suponer que este hereje era personalmente su autor. 3º Si los antiguos escritores eclesiásticos han sido fieles en destacar las más mínimas contradicciones dirigidas contra el cuarto evangelio, con más razón habrían señalado las dudas serias, en la hipótesis de que las hubiera habido en su tiempo.

2º LAS PRUEBAS INTRÍNSECAS

Pero hay una demostración no menos victoriosa: es la que sacamos no del exterior, sino de interior. “Ese retrato de un ser único trazado por un pintor único; estos detalles tan precisos que indican el testigo ocular; esta firma de San Juan tan modesta, pero tan impresionante; este espíritu, este corazón, este genio de San Juan que exhala a través de todas estas páginas una especie de perfume de verdad que disipa la duda; por otra parte esta figura de Jesucristo tan elevada, tan sublime, tan pura, tan viva, tan humana, que no ha podido ser observada más que por un testigo que tuviera el espíritu, el corazón, la sinceridad, la ternura de San Juan...: he aquí otra prueba indudable de la autenticidad del cuarto evangelio”.

¿Qué responde el cuarto evangelio pues a los investigadores honrados, libres de todo prejuicio dogmático que le interrogan sobre su autenticidad?. Aquí también, desgraciadamente, no podemos proporcionar más que indicaciones sumarias y un pequeño resumen de la prueba. Pero el lector estudioso encontrará sin esfuerzo los documentos para completarnos; y los encontrará sobre todo en una lectura profunda del Evangelio según San Juan.

El autor no se nombra directamente, como tampoco San Ma-teo, San Marcos y San Lucás se habían nombrado antes de él. Nosotros sin embargo podemos concluir del conjunto y los detalles de la narración: 1º que era judío; 2º que era originario de Palestina; 3º que había sido testigo ocular de la mayor parte de los hechos reflejados en su relato; 4º que pertenecía al Colegio apostólico; 5º que no era otro que Juan, hijo de Zebedeo. He aquí las esferas concéntricas que nos conducen poco a poco, pero irresistiblemente y con seguridad, al resultado buscado. El círculo de los posibles autores se irá restringiendo a medida que nos aproximemos al punto central: la última conclusión será absolutamente ineluctable.

Pero permítasenos aún una reflexión preliminar. Los que pretenden que el cuarto evangelio ha sido compuesto en el siglo segundo bajo el nombre de San Juan no han visto como las circunstancias del tiempo y del lugar se prestaban poco a semejanza superchería. Un falsario que hubiera querido crear entonces de todas las piezas una obra de este género habría encontrado dificultades irremontables y se hubiera traicionado pronta e infaliblemente. En efecto, el estado de Palestina hacia la época de Nuestro Señor Jesucristo es único en toda la historia y de una complicación extrema. Las tres grandes civilizaciones del mundo antiguo se mezclan y se combinan extrañamente allí: la civilización judía que era la de la masa de habitantes; la civilización romana, o la de los conquistadores y amos del país; la civilización griega, que había penetrado bastante antes en ciertas regiones y en ciertas clases, ya por las ideas filosóficas, ya por el lenguaje. Estos tres elementos vivían o bien estrictamente aislados o bien se compenetraban en los más mínimos detalles de la vida política, social y religiosa. Por ejemplo, el censo se realizaba en Palestina a medias según las órdenes romanas, y a medias según las costumbres judías. Por un rasgo propio de San Juan, “la fractura de las piernas” XIX, 31. Renan se ha visto obligado a decir: “La arqueología judía y la arqueología romana de este versículo son exactas”, sólo un judío contemporáneo de Nuestro Señor era pues capaz de reconocerse entre tales minucias y exponerlas sin cometer error tras error; para un escritor pagano, incluso de esta época y habi-

tante de Palestina, era una verdadera imposibilidad, dado que los judíos vivían orgullosamente separados y los gentiles mostraban por su parte el mayor desprecio respecto a las costumbres israelitas. Con mayor razón habría sido un problema irresoluble para un pagano del siglo segundo, cuando Jerusalén estaba destruida, la nación judía dispersa y la antigua situación totalmente desaparecida.

Hoy día los estudios arqueológicos, tan justamente apreciados permitirían hasta cierto punto reconstituir la situación de una región en de una u otra fecha; pero entonces estaban completamente relegados al olvido. “¿Cómo queréis (-podríamos decir después de cada detalle-) que los sectarios helenistas de Efeso hubieron encontrado esto?”. (E. Renan, *Vie de Jesús*, P. 452).

1º El autor del cuarto evangelio era judío.- La duda no es posible a este respecto, porque el estilo bastaría por sí solo para convencernos de ello. La lengua es exteriormente griega e incluso un griego más puro que el del Apocalipsis; pero el tono general, el espíritu que anima las expresiones, la construcción de las frases, una parte notable del vocabulario, todo eso es judío y hebraico tal como lo afirman los mejores críticos modernos y contemporáneos. Poco o nada de esas partículas que abundan en el griego ordinario; nada de periodos, aunque fueran tan del gusto de los escritores griegos, sino frases simplemente alineadas según lo que se denomina el orden paratáctico. Sin embargo los hebraísmos propiamente dichos no son extremadamente frecuentes; pero ningún griego hubiera podido escribir de esta manera.

La forma general de nuestro Evangelio nos conduce al mismo resultado. Sin estar directamente destinado a los Judíos, como el de San Mateo, trata las cuestiones desde un punto de vista completamente israelita. Así, Palestina es la nación de Cristo y los Hebreos forman su nación especial, I, 11; el templo es el palacio del rey teocrático, II, 16; la salvación viene de los Judíos, IV, 22; la Sagrada Escritura tiene un valor perpetuo, X, 35; Moisés ha escrito sobre Nuestro Señor Jesucristo, I, 45, V, 46; Abraham ha visto “su día”, VIII, 56. Además, lo que es más importante, la narración del cuarto evangelio está constantemente apoyada sobre el Antiguo Testamento como su base natural; sale de él como un

tallo sale de su raíz. El autor bebe en los libros sagrados de Israel sus principales imágenes y comparaciones: la mujer que pare, XVI, 21 (cf. Is. XXI, 3; Os. XIII, 13); el buen pastor y el malo, X, 1 y ss. (cf. Jer. II, 8; Ezech. XXXIV, 7; Zach. XI, 5), el agua viva, IV, 10 (cf. Is. XLI, 18), etc. Diversos incidentes bíblicos son para él prefiguraciones del Mesías: entre otros los que se refieren a la serpiente de bronce, III, 14, el maná, VI, 32, el cordero pascual, XIX, 36. Al modo de San Mateo cita diversos oráculos del Antiguo Testamento que hallan su realización en Jesucristo y emplea también la formula: "para que se cumpliera". cf. II, 22; XIII, 18; XVII, 12; XIX, 24, 28, 36, 37; XX, 9. Nadie sino un judío podía entrar en semejantes detalles.

Nuestro evangelista conoce no menos a fondo las costumbres tanto civiles como religiosas de los judíos contemporáneos de Nuestro Señor Jesucristo. Todo es instructivo a este respecto: ved lo que se dice de la legislación criminal, VIII, 17 y 18, de las fiestas nupciales, II, 6, de la sepultura, XI, 44; XIX, 40; de las impurezas legales, XVIII, 28, de las purificaciones y abluciones, I, 25; II, 6; III, 22, 23, 25; IV, 2; XI, 55; XIX, 31, de la circuncisión y del sábado, V, 1; VII, 22-23, de la excomunión, IX, 22. Sabe correctamente desde qué época se trabaja en la reconstrucción del templo de Jerusalén, II, 20. Menciona la mayor parte de las fiestas judías: la Pascua, II, 13, 23; VI, 4; XIII, 1; XVIII, 26; los Tabernáculos, VII, 2; la Dedicación, X, 22, etc. no sólo las nombra, sino que agrupa en torno a ellas todo su relato, muestra con rasgos minuciosos que sus ceremonias, su historia, su significación son para él cosas muy claras. Por ejemplo la Dedicación se celebra en invierno, X, 22; a la Dedicación se le ha añadido un día, que es el más solemne de la fiesta, VII, 37 etc. Un escritor gentil no habría seguramente insistido en cosas de este tipo.

La misma reflexión a propósito de las ideas y de los sentimientos que se desarrollaban en esta época entre los judíos. Elías es objeto de espera universal, I, 24; existe un odio nacional muy vivo entre Israel y los samaritanos, IV, 9, 20, 22; VIII, 48; es inconveniente para un doctor entretenerse públicamente con una mujer, IV, 27; las escuelas rabínicas gozan de alta estima, VII, 15; los fariseos soberbios tienen un soberano despreciado por el

pueblo iletrado, VII, 49 y ss.; se discute sobre las relaciones de causalidad que puede existir entre el pecado y los males temporales, IX, 2. Sobre todo ¡con qué frescura y qué perfecto conocimiento de su asunto el autor señala las tradiciones populares: verdaderas o falsas, que se refieren al Mesías! Véase I, 19-28, 45-49, 51; IV, 25; VI, 14, 15; VII, 26, 27, 31, 40-42, 52; XII, 13, 34; XIX, 15, 21, etc. y todo esto surge naturalmente en cada capítulo.

2º El autor del cuarto evangelio era un judío originario de Palestina.- Tenemos dos pruebas principales: sus conocimientos topográficos y sus citas del Antiguo Testamento.

Durante cierto tiempo ha estado de moda, en el campo racionalista poner en evidencia las pretendidas inexactitudes del cuarto evangelio respecto a la topografía. Pero nuestros adversarios renuncian hoy día a este argumento, porque la evidencia de los hechos les obliga. “Nos llamamos -dice Keim- sobre este apartado de los errores históricos y geográficos que se han solido señalar. Se puede creer en ellos tanto menos cuanto que el autor manifiesta un conocimiento aceptable del país”. Sí, seguramente un conocimiento muy “aceptable” tanto del conjunto de la región, como de la capital. Las localidades pequeñas o grandes son caracterizadas a lo largo del relato por medio de notas minuciosas, pintorescas que son de vivo interés para el lector sin tener nunca nada de afectación. Un falsario extranjero se habría guardado de insertar estos rasgos diversos que habrían podido comprometerlo o al menos los habría considerado como inútiles. Nuestro evangelista sabe que hay dos pueblos llamados Betania, situados uno más allá del Jordán, I, 28, el otro a quince estadios de Jerusalén, XI, 18; menciona también Bethsaida como la patria no sólo de Pedro y Andrés, sino también de Felipe, I, 44. El detalle relativo a Nazareth es no menos inocente que preciso, I, 46: “¿de Nazareth puede haber algo bueno?”. Caná está en Galilea, II, 1; XXI, 2; Ainon cerca de Salim y hay mucha agua en este lugar, III, 23; Efren, el último retiro de Jesús está cerca del desierto, XI, 54. Sicar es una ciudad de Samaria, edificada en la llanura fértil que se extiende a los pies de Garizim: preciosos recuerdos de los tiempos de los patriarcas se relacionan con esta localidad, sobre todo

el campo y el pozo de Jacob, IV, 5, 6, 20. La planicie que domina la orilla noreste del lago Tiberiades está cubierta de hierba en primavera, VI, 10. El narrador conoce de maravilla todo lo que se refiere a este hermoso lago: evalúa las distancias, VI, 19; no ignora que se puede ir a pie o en barco de Betsaida-Julias a Cafarnaum, VI, 22-24.³⁶ ¡Y éste es el escritor de quien se ha osado decir: “La región no parece muy familiar al autor”!³⁷.

Su exactitud no es menor con relación a Jerusalén y aquí la precisión es tanto más sorprendente, cuanto que la ciudad santa había sido destruida bastantes años antes de la composición del cuarto evangelio. No lejos de la puerta Probática se hallaba la piscina de Betzata con cinco pórticos, V, 2. Jesús en este momento preciso predicó en la parte del templo llamada Gazofilacio, VIII, 20; otra vez se encontraba bajo el pórtico de Salomón cuando una muchedumbre numerosa lo rodeó vivamente, X, 23. Otras particularidades interesantes se refieren a Cedrón (XVIII, 1, 28), Gabbata (XIX, 13), el Calvario (XIX, 17 y 20), el jardín donde Jesús fue sepultado (XIX, 41, 42), etc. Evidentemente el autor ha vivido y ha viajado por el país, se ha mezclado con el pueblo, ha contemplado todo con sus propios ojos: es un judío palestino³⁸.

El método que adopta para hacer las citas bíblicas mencionadas más arriba nos lleva al mismo resultado. Un israelita de la “Dispersión”³⁹, como se decía entonces, habría citado el Antiguo Testamento según la versión de los Setenta, que había sido compuesta precisamente por los judíos que hablaban griego: nuestro evangelista no toma nada de los setenta y traduce el mismo directamente del hebreo. Se ha calculado que incluye en su relato catorce pasajes de la Biblia⁴⁰. Siete de estas citas le pertenecen como propias (II, 17, comp. Ps. LVIII, 10; XII, 14, 15, comp. Zach. IX, 9; XII, 38, comp. Is. LIII, 1; XII, 40, comp. Is. VI, 10; XIX, 24, Comp. Ps. XXI, 18; XIX, 36, comp. Ex. XII, 46; XIX, 37, comp. Zach. XII, 10); cinco están hechas por el propio Nuestro Señor Jesucristo (VI, 45, comp. Is. LIV, 13; VII, 38; X, 34, comp. Ps. LXXXI, 6; XIII, 18, comp. Ps. XL, 10; XV, 25, comp. Ps. XXXV, 19), una por San Juan Bautista (I, 23, comp. Is. XL, 3), una por los Galileos (VI, 31, comp. Ps. LXXVII, 24). Pues bien, ninguna de ellas coincide con los setenta,

cuando estas difieren del hebreo; tres de ellas, por el contrario (VI, 45; XIII, 18; XIX, 37) están en armonía con el hebreo cuando el texto primitivo está en desacuerdo con la traducción de Alejandría.

3º El autor del cuarto evangelio ha sido testigo ocular de la mayor parte de los hechos que cuenta.- Tenemos una prueba directa y varias pruebas indirectas. La prueba directa consiste en tres pasajes donde el escritor afirma en sus propios términos que ha contemplado con sus ojos lo que cuenta. 1º Joan. I, 14: “y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; y hemos contemplado su gloria”. Una aproximación con el comienzo de la primera epístola de San Juan se hace aquí de modo natural: “lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos tocando al Verbo de vida - y la vida se ha manifestado y nosotros hemos visto y testificamos y os anunciamos la vida eterna que estaba en el Padre y se nos manifestó - lo que hemos visto y oído os lo anunciamos a vosotros. 2º Joan. XIX, 34-35: “uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado, y al instante salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio y su testimonio es verdadero”. 3º Joan. XXI, 24: “Este es el discípulo que da testimonio de esto, que lo escribió, y sabemos que su testimonio es verdadero”.

Las pruebas indirectas nos demuestran también del modo más evidente que “si un escritor lleva el sello de un testigo ocular, es seguramente la obra de San Juan”. Consisten en la naturaleza tan viva y a menudo autobiográfica del relato, en la mención tan precisa de las circunstancias de tiempo y de número.

Tendremos ocasión de repetirlo al examinar el carácter del cuarto evangelio, nada más vivo, más pintoresco que sus narraciones. Se ve que todo está descrito según la realidad; los actores se mueven bajo nuestros ojos porque se habían movido antes bajo los del narrador. El arte y la imaginación no podrían componer las cosas con semejante mezcla de verdad y de simplicidad. Hay que haber “contemplado” por sí mismo las escenas para contarlas así; por otra parte el escritor cita frecuentemente su propia experiencia. Joan. II, 11: “Jesús manifestó su gloria y sus discípulos cre-

yeron en Él". II, 22: "Cuando resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho esto y creyeron, XX, 8: "El otro discípulo que había llegado el primero al sepulcro, entró también; y vió y creyó". Y otros veinte hechos análogos. También ¡qué perfecta exactitud en las descripciones!. Se ve con una simple lectura que los más mínimos detalles se habían fotografiado de alguna manera en la memoria del autor. Esto es sorprendente no sólo en los episodios considerados en su conjunto, - elección de los primeros discípulos, I, 38-51, vendedores echados del templo, II, 13-17, conversación con la samaritana, IV, 4 y ss., la mujer adúltera, VIII, 1-19, curación del ciego de nacimiento, IX, 6-7, el lavatorio de los pies, XIII, 4, 5, 12, la detención de Jesús, XVIII, 1-13, los detalles de la pasión, XVIII y XIX, la visita al santo sepulcro, XX, 3-8, -sino también y sobre todo en los rasgos pequeños, que atestiguan a cada instante el testigo ocular. Juan Bautista echa una mirada sobre Jesús que pasa a cierta distancia, I, 35; Jesús, oyendo que le siguen, se vuelve, I, 38; cuando María derrama el precioso perfume sobre los pies del Salvador, la casa se llena de un agradable olor, XII, 3; es noche cerrada cuando Judas abandona el cenáculo, XIII, 30; Jesús interrumpe su discurso después de la cena para dar la señal de partida: "Levantaos, vamonos de aquí", XIV, 31. Basten estas indicaciones, porque el comentario los destacará generalmente con fidelidad.

Habría que copiar incluso una parte notable del cuarto evangelio, si quisiéramos señalar a fondo todas las circunstancias de tiempo y de número que esmaltan el relato y le proporcionan un carácter tan neto, tan preciso. En cuanto al tiempo, el orden cronológico, seguido muy exactamente, demuestra que la biografía de Nuestro Señor Jesucristo había pervivido bajo su forma histórica y real en el espíritu del escritor sagrado. Las épocas, los días, las horas incluso se desprenden de la narración y le dan relieve. Son las fiestas judías, de las que ya hemos hablado. Es tal o cual periodo, una serie de días determinados (véase I, 29, 35, 43; II, 1; IV, 40, 43; VI, 22; VII, 14, 37; XI, 6, 17, 39; XII, 1, 12; XIX, 31; XX, 1, 26, etc.). Es en tal o cual día, la décima hora, I, 40, la sexta hora, IV, 6, la séptima hora, IV, 52, aproximada-

mente la sexta hora, XIX, 14, de madrugada, XVIII, 28; XX, 1; XXI, 4; por la tarde, VI, 16; XX, 19; por la noche, III, 2, etc. El autor estaba allí porque lo sabe todo. Nada más notable también que su conocimiento exacto de los números, ya sea de personas, ya sea de cosas: dos discípulos, I, 35, seis ánforas, II, 6, cinco maridos, IV, 18, treinta y cinco años de enfermedad, V, 5, cinco panes y dos peces, VI, 9, veinticinco estadios, VI, 19, trescientos denarios, XII, 5, cien libras, XIX, 39, doscientos codos, XXI, 8, ciento cincuenta y tres peces XXI, 11. Y obsérvese que estos detalles se presentan por todas partes, sin buscarlos, incidentalmente y con mucha naturalidad. No, el falsario “más refinado” no habría sido capaz de llegar a semejante resultado.

4º El autor formaba parte del colegio apostólico.- Conoce demasiado bien la vecindad misma de Nuestro Señor Jesucristo y a Jesús mismo para no haber sido personalmente uno de los Doce. Bajo esta doble relación el cuarto evangelio nos proporciona un número mayor de rasgos especiales que el conjunto de los otros tres.

Con respecto a los discípulos nuestro evangelista expone sus pensamientos más secretos, incluso pensamientos “que a veces nos sorprenden y que ningún compositor de ficciones les habría atribuido. Véase II, 11, 17, 22; IV, 27; VI, 19, 60; XII, 16; XIII, 22, 28; XX, 9; XXI, 12. Es fácil ver que tenía relación con varios de ellos (Andrés, Felipe, Nathanael, sobre todo Simón Pedro, cap. I y XXI). Pronto ha atravesado de parte a parte los innobles sentimientos del traidor (cf. VI, 70, 71; XI, 6; XIII, 2, 27). Puede indicar los lugares de sus retiros (XVIII, 2; XX, 19), las palabras que intercambiaron en la intimidad bien entre ellos, bien con su Maestro (IV, 31, 33; IX, 2; XI, 8, 12, 16; XVI, 17, 29, etc.).

Con relación a Jesús ¡qué rico tesoro de recuerdos personales se había formado poco a poco!, y todos estos recuerdos demuestran que había vivido largo tiempo él mismo en su inmediata vecindad. Debíó asociarse desde el comienzo al Salvador a las orillas del Jordán, I, 19 ss., acompañarlo a las bodas de Caná, después a Jerusalén, después a Judea y a Samaria, II-IV. Estaba con él y con los otros apóstoles en el momento de la multiplicación de los panes y del discurso siguiente, VI. Lee en el sagrado

corazón de Jesús los sentimientos que lo animaban (XI, 33, 38; XIII, 21), los motivos que le hacían actuar (II, 24, 25; IV, 1, 3; V, 6; VI, 6, 15; VII, 1; XIII, 1, 3, 11; XVI, 19; XVIII, 4; XIX, 28). En todas partes se ve en él al discípulo, al apóstol privilegiado. Además sólo un hombre revestido de la autoridad apostólica podía al final del siglo primero, cuando se había formado la tradición sobre la vida de Jesús con los sinópticos como base, publicar una biografía nueva, tan diferente de las antiguas en varios puntos y que parecía a veces incluso contradecirlos.

5º El autor no es otro que el apóstol San Juan.- Aquí el círculo se cierra y llegamos a una certidumbre casi completa. En primer lugar las relaciones de los sinópticos nos han enseñado que, entre sus apóstoles, Jesús había tenido tres amigos más favoritos que los otros: San Pedro, Santiago el Mayor y San Juan. Pues bien Santiago fue martirizado a partir del año 44: no podríamos pensar en él para la composición del cuarto evangelio. San Pedro tampoco podría haber escrito tal obra; porque, por una parte, también él recibió la corona del martirio antes de la época de su publicación y por otra parte, el estilo y la manera de nuestro evangelista difieren totalmente del estilo de San Pedro como hombre y como escritor. Queda sólo Juan; e incluso era el único superviviente de todo el colegio apostólico cuando apareció el escrito evangélico que lleva su nombre.

En segundo lugar existe una relación de semejanza muy estrecha entre el alma tan tranquila, tan delicada, tan tierna, tan contemplativa de San Juan y el carácter del evangelio que estudiamos. La identidad de estilo entre este escrito y la primera epístola del discípulo predilecto es no menos sorprendente.

En tercer lugar, el autor de nuestro evangelio, que marca con tanto cuidado las distinciones de lugares y de personas, para evitar toda posibilidad de confusión, omite totalmente una de las más importantes, señalada veinte veces por los sinópticos: la que se refiere a Juan Bautista y Juan, hijo de Zebedeo. Para él, el Precursor es Juan simplemente; porque el otro Juan es él mismo y al no nombrarse, considera imposible la confusión.

Finalmente, ese mismo silencio que guarda sobre sí, sobre su hermano y su madre, mientras que nombra de buen grado a los

otros apóstoles (San Andrés, cuatro veces, San Felipe dos veces, Natanael y Santo Tomás cinco veces cada uno, San Judas una vez, Judas Iscariote ocho veces, San Pedro hasta treinta y tres veces), ¿no es otra llave del misterio? Su modestia le ha impedido hablar de sí mismo salvo bajo el velo del anonimato; pero por ello mismo ha traicionado el secreto que quería callar.

¿No tenemos ahora razón para concluir que las pruebas intrínsecas se asocian del modo más enérgico a los testimonios externos para demostrar que el cuarto evangelio es realmente la obra del apóstol San Juan? “Si a falta de referencias históricas, se debiera, según simples verosimilitudes, descubrir entre los apóstoles o los discípulos de Jesús al autor de este evangelio, los estudiosos se detendrían bien pronto en San Juan, al revelarse tan claramente en este libro el carácter de este apóstol y las circunstancias de su vida”.

3º LOS RACIONALISTAS Y SUS SOFISMAS

Sobre este punto igualmente deberemos limitarnos a indicaciones rápidas y resumidas. El objeto de nuestro comentario es en efecto la exposición, no la refutación; o más bien esperamos haber derribado a menudo de una manera indirecta las falsas teorías de nuestros adversarios, estableciendo el verdadero sentido de los textos, siguiendo a nuestros grandes maestros, los Padres y los Doctores. Por cierto, para una refutación completa que siguiera paso a paso el error en todos sus meandros, haría falta un volumen entero.

En primer lugar una palabra sobre la historia de la cuestión. Entre los “Alogi” mencionados anteriormente y el final del siglo XVII ninguna duda, ningún ataque que reseñar. Aunque se suceden las herejías que niegan sucesivamente los dogmas más sagrados; pero el evangelio según San Juan recibe desde todas partes el respeto tradicional. El deísta inglés Eduardo Evanson fue el primero en pretender que este escrito sublime había sido compuesto en el siglo segundo, por un platónico convertido. Dos excelentes refutaciones hicieron guardar silencio a Evanson e Inglaterra se vio libre durante largo tiempo de esta dolorosa controversia.

Pero la negación no tardó en pasar a Alemania donde numerosos opúsculos tan arrogantes como poco científicos la hicieron resonar bajo las formas más variadas: Vogen con su tono jocoso y ligero, y el sentimental Herder son los únicos que merecen una mención aparte en esta multitud insignificante. Hubo también sabias refutaciones, entre otras las del profesor católico L. Hug y del doctor protestante Eichhorn en sus "Introducciones al Nuevo Testamento" frecuentemente reeditados. Se produjo una reacción y los detractores fueron reducidos al silencio como anteriormente en Inglaterra.

Aproximadamente diez años más tarde, los famosos "Probabilia" de Bretschneider, atrevidos bajo un título modesto, volvieron a abrir un debate que se esperaba interminable. Esta obra era mucho más seria que todas las que habían aparecido hasta entonces, y en el fondo quedó como el arsenal en el que todos los enemigos subsiguientes del cuarto evangelio han venido a buscar sus armas. Bretschneider pone hábilmente a San Juan en oposición continua con los sinópticos, reprocha al autor de nuestro evangelio numerosos fallos contra la historia y la geografía, pretende que no ha podido ser ni un testigo ocular, ni un judío, ni un apóstol: era, -dice- un cristiano gentil que vivía al comienzo del segundo siglo. Se produjo un gran daño. Sin embargo hubo también, de inmediato, tan sólidas refutaciones, que Bretschneider se batió abiertamente en retirada al cabo de un año; aseguraba con mayor o menor sinceridad, que su conducta había tenido como objetivo hacer la verdad más evidente provocando un examen completamente serio de la cuestión. A partir de este momento, nuevo periodo de calma. Una corriente contraria no tardó en establecerse, gracias a Lücke, y a Schleiermacher, que dieron a San Juan el mejor papel a expensas de los evangelistas sinópticos.

Pero he aquí que en 1.835 estalló una vez más la lucha con violencia, provocada por el famosísimo Strauss y su "Vida de Jesús". Si casi todo es "mito" en las narraciones evangélicas, sus autores son naturalmente falsarios: Straus no se dignó a decir más sobre este último punto. Por esta misma época, Lützelberger se puso a negar como hemos visto, la posibilidad de una estancia de San Juan en Efeso, derribando al mismo tiempo, -pensaba él- toda

la tradición relativa al autor del cuarto evangelio. Los cuatro principales discípulos de Strauss, Baur, Zeller, Schwegler se pusieron de acuerdo, a pesar de matices muy grandes de argumentación, para retrasar la composición de la obra llamada de San Juan a la segunda mitad del siglo II. Igualmente Hilgenfeld y Volkmar cuyos motivos fueron sin embargo muy distintos. A estos múltiples ataques se respondió de nuevo con ardor: los campeones más destacados de la autenticidad fueron entonces Thiersch, Ebrard, Bleek y Luthardt.

Una paz relativa reinó hasta el momento en que Keim vino a inaugurar el último estadio de esta triste lucha. En la introducción de la obra tan erudita, pero tan plagada de errores, que le valió al poco tiempo una reputación europea, emplea los medios más radicales para quitar a San Juan su título de redactor del cuarto evangelio; la tradición entera ha sido falseada y no merece la menor credibilidad. Sin embargo, se vio obligado por la misma existencia de los testimonios a adelantar la composición hasta los primeros años del segundo siglo. El debate comenzó entonces en Inglaterra, donde Davidson y el autor anónimo del libro titulado “Religión sobrenatural” se alinearon entre los adversarios de la autenticidad. Entre las numerosas refutaciones suscitadas por este resurgir de los ataques, citaremos las de Deramey, Luthardt, Leuschner y Beyschlag. Una vez más obligaron a los “críticos”, - como orgullosamente se llaman- a cantar la palinodia y volver a la opinión tradicional. Otras veces les obligaron a volver a posiciones intermedias, en lo que reconocían a su pesar su derrota. Así Renan en la décimo-tercera edición de la “Vida de Jesús⁴¹” vino a reconocer que nuestro evangelio había sido redactado en Efeso, según el relato del apóstol San Juan quizá dictado por él mismo. Michel Nicolas⁴², Weizsaecker, Schenkel y muchos otros adoptaron conclusiones análogas⁴³.

Pasemos a algunas objeciones de detalles y veamos cuál es su valor. Pero, si fuera el lugar, ¡qué interesante sería señalar por una parte las constantes contradicciones en las que incurren los racionalistas con respecto al evangelio según San Juan, por otra sus golpes de autoridad y el “tono de altanera seguridad” que muestran!. Son éstas, pruebas que reflejan una extremada debilidad.

Se nos presentan dos objeciones de dos categorías: unas muy numerosas de carácter intrínseco, otras, dos como máximo, de orden externo.

1º Las objeciones sacadas del propio libro.- Evidentemente no señalaremos más que las principales. La primera que se encuentra con más frecuencia y bajo formas muy variadas consiste en la pretendida contradicción que se manifestaría de una manera incesante entre la narración de San Juan y los tres relatos sinópticos. “Los hechos y los discursos mejor atestiguados de los evangelios primitivos son separados o asociados, disminuidos o aumentados de la manera más arbitraria. En lugar de Galilea es Samaria y Jerusalén; son viajes de fiesta como para perder el respiro en lugar de misiones apacibles; dos años de enseñanza en lugar de uno solo, un filosofo y un teólogo cristiano en lugar del Bautista nacional independiente, una madre creyente en lugar de una madre que duda, un solo discípulo favorito en lugar de tres preferidos, enigmas sobre la sabiduría en lugar de una predicación popular, el rechazo de la ley (de Moisés) en lugar de su conservación, retiradas en lugar de los vivos combates del final, el lavatorio de los pies en lugar de la última cena, en lugar de la angustia, la tranquilidad y el triunfo, en lugar de los esbirros judíos una cohorte romana, en lugar del Sanedrín un tribunal imperial, en lugar del mesianismo un reino de la verdad predicado ante los oídos de Pilato; en resumen, ¿quién podría nombrar todas las divergencias?”. Tomamos de Keim este resumen que está bastante bien presentado. Así pues todo sería diferente: los hechos, la doctrina, los discursos, el retrato de conjunto. En consecuencia, si los evangelios de San Mateo, de San Marcos y de San Lucas son auténticos, la obra de San Juan por ello mismo se desploma. Aquí debemos pedir al lector que tenga paciencia y espere, para una respuesta desarrollada, nuestra “Introducción general a los Santos Evangelios”, donde las relaciones de los sinópticos y de San Juan serán tratadas a fondo. Baste con decir en este momento, que si las divergencias existen, son extrañamente exageradas por nuestros adversarios y se explican muy bien por los géneros y objetivos diferentes de los escritores sagrados; por lo demás la semejanza es aún más sorprendente y con facili-

dad reconocemos en los dos cuadros al mismo Jesús, al mismo Cristo, al mismo Hijo de Dios. ¡cuántos rasgos en palabras o en obras en los sinópticos que creeríamos tomados de San Juan y recíprocamente, cuántos detalles del cuarto evangelio que recuerdan a los de los tres primeros!. Hemos insistido varias veces en ello en nuestros comentarios anteriores e igualmente en este volumen. Sobre las ideas teológicas es imposible demostrar que el menor rasgo datará solo del segundo siglo y no se armonizará con el resto de la predicación evangélica. Diremos en el comentario de quien sacó San Juan la teoría del Verbo divino.

Una segunda objeción intrínseca está sacada de la marcada diferencia tanto de forma como de fondo que existe entre el Apocalipsis y el cuarto evangelio. Uno u otro de estos escritos es ciertamente falto de autenticidad -se nos asegura. Aquí también responderemos que las divergencias han sido demasiado acentuadas en interés de la causa que se quiere sostener y que pueden explicarse fácilmente. El Apocalipsis está escrito en un griego menos puro y eso se concibe sin dificultad, si se piensa que es notablemente más antiguo, y que San Juan tuvo después tiempo de acrecentar su conocimiento de la lengua griega durante su prolongada estancia en Efeso. Respecto al fondo las ideas difieren porque el género también difiere; un libro profético y un escrito histórico ¿pueden reproducir idénticamente las mismas teorías?. Pero a pesar de esto y Baur mismo lo ha reconocido las coincidencias de conjunto y de detalle son verdaderamente sorprendentes entre los dos libros sagrados. En una parte y en la otra un lenguaje plagado del Antiguo Testamento; en una parte y en la otra Jesucristo como figura central: en torno a él un doble movimiento, el del amor y el del odio; en una parte y en la otra la misma riqueza y profundidad de pensamientos. Nada se opone a que hayan tenido un único y mismo autor.

Pero San Juan no podría haber compuesto un Evangelio donde se pone personalmente en escena de una manera tan poco modesta, donde manifiesta en particular “un sentimiento de rivalidad envidiosa” hacia San Pedro. “¡Qué puerilidad!”-exclamaremos con un comentarista reciente. ¿Cómo se leen los textos, cuando se deducen así conclusiones diametralmente opuestas a la ver-

dad? ¡qué San Juan falta a la modestia!. Pero si estaba tan deseoso de aparecer ¿por qué el velo del anonimato y esta manera delicada, impersonal de ponerse en escena?. Se denomina, cierto es, “el discípulo que Jesús amaba”; ¿es que la gratitud no le obligaba a ello?. Además es verosímil que desde temprano se le hubiera empezado a llamar en la Iglesia con este hermoso nombre. ¡San Juan ofendido del papel preponderante que los sinópticos atribuyen a San Pedro!. Pero entonces ¿por qué ha contribuido tanto como ellos a exaltar este papel?. Recorred los pasajes I, 41, 42; VI, 68; XIII, 6, 24; XVIII, 10; XX, 2, 6-8; XXI, 2, 3, 7; II, 15-20, y se verá si el escritor que ha escrito en su narración tales líneas podía sentir el menor “sentimiento de rivalidad envidiosa” frente al príncipe de los apóstoles.

Menos ridícula, la objeción sacada de lo que se llama el antijudaísmo del autor, pero paralelamente desprovista de toda base. Lo que se ha dicho anteriormente de las relaciones del cuarto evangelio con el Antiguo Testamento basta para demostrarlo. Si llama a cada instante a los jefes de la teocracia los “Judíos”, en un sentido aparentemente hostil, no hace más que ajustarse a la realidad de los hechos y no es él ciertamente quien abre el combate. Evidentemente el cristianismo había roto con el judaísmo, pero no en el sentido marcado por los racionalistas. El comentario de algunos textos incriminados (VIII, 17; X, 34; XV, 25) vencerá al lector de que las otras supuestas huellas de antinomismo diseminadas, según se dice, a través del relato, no tienen nada ni de antijudaísmo ni de antinomismo.

Finalmente, un escrito donde pululan errores geográficos e históricos no podría haber sido escrito por el apóstol San Juan. Hemos visto anteriormente a qué debemos atenernos sobre este punto. Un solo detalle merece ser señalado aparte: Caifás nombrado pontífice de aquel año en dos ocasiones, XI, 49, 51; XVIII, 13, mientras que según la ley judía los grandes sacerdotes mantenían sus funciones siempre hasta su muerte. Pero se verá también, en el comentario de estos pasajes, la sorprendente exactitud de tal expresión.

2º Quedan pues las dificultades de orden externo. Apenas nos atrevemos a mencionar la primera, tan humillante nos parece

para los que la proponen. El cuarto evangelio no estaría -a los ojos de la escuela racionalista- suficientemente acreditado por la tradición; los antiguos testigos no habrían hablado en su favor de una manera suficientemente explícita. Sabemos, según la primera parte de este capítulo, a qué atenernos al respecto. ¡Hombres que viven mil ochocientos años después de la publicación de una obra ponen en cuestión, con relación a su autenticidad, el testimonio de otros hombres que vivían en la misma época en que aparecía! ¿quiénes merecen más nuestra confianza?.

Al menos nuestros adversarios tienen como reserva, como un ancla de la última esperanza, la prueba que les proporciona la conducta de los “Cuartodecimanos”. He aquí el resumen de la objeción. En la célebre lucha que se entabló en el segundo siglo a propósito del día preciso en el que se debía celebrar la Pascua cristiana, los obispos de Asia Menor, en particular San Policarpo y San Polícrates, se apoyaban en el apóstol San Juan para celebrar siempre el 14 nisan, al modo de los judíos. Pues bien, según el cuarto evangelio (Joan, XIII, 1; XVIII, 28; XIX, 14) Jesús habría celebrado él mismo la Pascua de una manera anticipada, es decir antes del 14 nisan. De donde se deduce que este Evangelio no podría tener a San Juan por autor, ya que contradice la tradición que tomaba como base precisamente el modo de actuar del discípulo predilecto. Pero “falsa suposición”, -responderemos nosotros en primer lugar; porque tal como lo admitimos cada vez más con la gran mayoría de los críticos, Nuestro Señor Jesucristo, para la fecha así como para el resto, se conformó en todos los puntos a las costumbres judías respecto a la celebración de la Pascua. Y por imposible (al menos según nuestra opinión), aunque fuera seguro que Jesús anticipó la Pascua judía, el argumento de nuestros adversarios llegaría a una falsedad, tal como Schürer -sin embargo racionalista- ha demostrado. En efecto, la controversia pascual no se refería en absoluto a este punto: ¿cuándo ha celebrado Jesucristo la Pascua? sino sobre éste: ¿los cristianos deben conservar para esta fiesta el mismo día que los Judíos o modificar su calendario?.

Concluyamos: considerando la prueba invencible que nos proporciona la tradición, considerando la prueba tan enérgica en

su género que podemos beber en la propia obra de San Juan, los racionalistas no pueden establecer más que sofismas, que bien lejos de debilitar para nada estos dos argumentos, destacan por el contrario su fuerza admirable.

Notas:

¹ Conviene reconocer que todos los Evangelistas, especialmente los sinópticos nos refieren lo que Cristo realizó en su vida temporal; pero San Juan tiene un estilo más elevado, su ideal es demostrar a todos que Jesucristo es Dios, y lo defiende no sólo con su palabra, sino también con sus milagros. Los judíos se dieron cuenta enseguida, y por eso al decirles Jesús: *¿Por qué obra buena me queréis apedrear? Ellos le contestan: "No te apedreamos por ninguna obra buena, sino porque siendo hombre te haces Dios"* (Jn. 10,33), y esta fue la finalidad de su Evangelio: *"Estas cosas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para creyendo tengáis vida en su nombre"* (Jn. 20, 31).

² Adv. Marcion, IV, 2.

³ Voyez Rœnsch, Das Neue Testament Tertullian's, 1871.

⁴ Strom., III, p. 465.

⁵ Extrait des Hyotyposes, cité par Eusèbe, Hist. eccl., VI, 14.

⁶ Ap. Euseb. Hist. eccl. VI, 13.

⁷ Adv. Prax. 5. Cf. Rœnsch, Itala und Vulgata, 1869, p. 2 et ss.

⁸ La citation est empruntée à I Joan, I, 1.

⁹ Ad Autolyc, II, 22.

¹⁰ De viris illustr., c. 25: "Quatuor evangeliorum in unum opus dicta compingens".

¹¹ Leg. 10. Cf. Joàn. I, 1,3.

¹² Ap. Otto, Corpus apologet. t. IX, p. 415.

¹³ Cf. Luthardt, l.c. p. 52. Voyez aussi Pitra, Spicilegium Solesmense, t. III, p. 231.

¹⁴ Chronicon paschale, -édit. Dindorf, t. I, p. 14.

¹⁵ Ibid.

¹⁶ Adv. Jæres. V, 33, 4.

¹⁷ Hist. eccl. III, 40, 19.

¹⁸ Cf. Joan, I, 14, 17; XIV, 6.

¹⁹ Ver Padres Apostólicos BAC. p. 884.

²⁰ Cf. Schanz, Commentar über das Evang. des heiligen Johannes, p. 7 et 8.

²¹ Esta obra está publicada por la Editorial Apostolado Mariano.

²² Philosoph. VI, 35. Cf. Joan, X, 8.

²³ Philos. VI, 33. Cf. Joan, XIV, 30, etc.

- ²⁴ Ap. Iren. Adv. Hær, I, 8, 5.
²⁵ Hæres. XXXIII.
²⁶ Cf. Hostede de Groot, Basilides, p. 102 de la traduct. allemande.
²⁷ Vers. 150 ou 160. Origène l'a réfuté pas à pas.
²⁸ Voyez F. Vigouroux, Les Licres saints, et la critique rationaliste, t. I. p. 139 et ss., et la réfutation d'Origène, Contra Celsum.
²⁹ Adv. Hær, III, 11,9.
³⁰ Hær. LI, 3. Cf. Philastrius, Hær. 60.
³¹ Commentar, p. 10.
³² F. Vigouroux, l. c., p. 119, et ss.
³³ Tertullien, Adv. Marc. IV, 3.
³⁴ De carne Christi, c. 3.
³⁵ Voyez Luthardt, Der johanneische Ursprung..., p. 83 et suiv.
³⁶ Voyez aussi XXI, 6-11
³⁷ M. Réville. CXf. Nicolas, Etudes critiques, p. 198.
³⁸ Voyez Luthardt Der johanneische Ursprung, p. 138 et suiv.
³⁹ Cf. Joan, VII, 35. On appelait ainsi les Juifs disperses à travers le monde entier, en dehors de la Palestina.
⁴⁰ Voyez Westcott, St. John's Gospel, p. XIII et ss.
⁴¹ Paris 1867.
⁴² Etudes critiques sur la Bible: Nouveau Testament, 1862.
⁴³ Voyez Keil, Commentar, p. 35 et s.

III.- LA OCASIÓN, LAS FUENTES, EL FIN DEL CUARTO EVANGELIO

1.- La ocasión.- Una tradición no menos antigua que permanente afirma que San Juan compuso su evangelio a petición insistente y reiterada ya sea de los presbíteros ya sea de los fieles de Asia Menor. «Animándole los otros discípulos y sus obispos, Juan el discípulo dijo: “Ayunad conmigo hoy tres días y contémonos unos a otros lo que nos haya sido revelado a cada uno”. Esa misma noche fue revelado a Andrés de entre los apóstoles que, con conocimiento de todos, Juan escribiera todas las cosas en su propio nombre».

Así escribía a fines del siglo segundo el autor del fragmento de Muratori. Clemente de Alejandría, sobre la misma época, nos proporciona una información análoga aunque más concisa: “animado por sus conocidos”. (Eusebio, Hist. Eccl. VI, 14).

San Victorino de Pettau en Panonia, martirizado el año 303 se expresa en estos términos: “habiéndose extendido por el orbe Valentino, Cerinto y Ebión y los restantes de la escuela de Satanás, acudieron hacia él (Juan) todos los de las provincias limítrofes y lo empujaron a que escribiera su testimonio”. Los testimonios de Eusebio y de San Jerónimo son idénticos: “Juan -dice este último-... fue obligado por casi todos los obispos de entonces de Asia y por enviados de muchas iglesias... a escribir”. (De Viris Illustribus, 9).

Nada más natural, por lo demás, que tal petición, en esta época. El discípulo predilecto había llegado al final de su vida humana, era entonces un tiempo de crisis, a causa de las nacientes herejías: los obispos y los cristianos de Asia pensaban con toda razón que tendría una gran utilidad para la Iglesia el poseer, en un libro que no perecería, los relatos divinos que San Juan les había expuesto de viva voz tan frecuentemente.

De este hecho emana una nueva autoridad sobre el cuarto evangelio: “Resume pues el testimonio colectivo de un grupo entero de discípulos del Salvador y de los apóstoles, teniendo a la cabeza a San Juan. Esto nos explica la conclusión del libro (Joan. XXI, 24), que es una especie de reconocimiento formal: “Este discípulo es el que da testimonio de estas cosas y quien ha escrito esto; y nosotros sabemos que su testimonio es verdadero”. Ahí tenemos, por así decirlo, la firma confirmatoria de los compañeros de San Juan”.

2.- Las fuentes.- El corazón amoroso del apóstol predilecto, su memoria en la que todo lo que había visto y oído “del Verbo de la vida” se había grabado de manera indeleble fueron las fuentes principales, de este libro único, marcado con el sello de una originalidad tan admirable. El tiempo, que borra de su memoria nuestros mejores recuerdos, rejuvenecía por el contrario los de San Juan.

Sin embargo esto no excluye -los autores lo admiten de buen grado- algunos documentos propiamente dichos, por ejemplo, las «Memorias» análogas a las que sirvieron a San Lucas para componer su narración.¹

Finalmente, para diversos detalles, San Juan pudo recurrir

a las informaciones personales. Durante los años que pasó en la ciudad santa después de Pentecostés, nada más fácil que interrogar a Nicodemo, a María Magdalena y a otros discípulos. Sobre todo ¡cuántas veces, durante sus coloquios íntimos con la Madre de Jesús, convertida en su propia madre, debió volver sobre las acciones y las palabras de Aquel que ocupaba constantemente sus pensamientos!. Por esa razón, ¡esa redacción tan segura incluso después de tantos años, incluso para los discursos de Nuestro Señor!.

3.- El fin.- Este es el más importante y uno de los puntos más interesantes que se refieren a la composición del evangelio según San Juan. A primera vista, las informaciones de los antiguos escritores eclesiásticos parecen apartarse los unos de los otros de una manera notable, lo que ha causado cierta duda entre los comentaristas más recientes. Veremos sin embargo que se puede conciliar todo, distinguiendo, como por cierto lo hacen hoy día la mayor parte de los exégetas creyentes, entre el fin principal y las intenciones secundarias del evangelista.

1º El fin directo y principal que se propuso San Juan al componer su evangelio fue dogmático, cristológico. Tuvo buen cuidado de advertirnoslo él mismo al final de su hermoso relato: «Muchos otros signos hizo Jesús en presencia de sus discípulos que no están escritos en este libro, y éstos fueron escritos para que creáis que Jesús es Cristo, Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre».

Las otras tendencias son accesorias y subordinadas a ésta, que es la que da verdaderamente el tono a todo el relato y que corre a través del libro entero como un hilo de oro puro para unir los diversos miembros.

Muchos Padres han hablado muy claramente en este sentido. Orígenes: Ningún evangelista manifestó la divinidad de Jesús con tanta pureza como Juan; que le lleva a decir: «Yo soy la Luz del mundo, yo soy el camino, la verdad y la vida; yo soy la resurrección, yo soy la puerta, yo soy el buen Pastor». San Jerónimo: «Fue impulsado a escribir sobre la divinidad del Salvador con gran elevación y a elevarse hacia el mismo Verbo de Dios con una osadía audaz y afortunada». San Agustín: «Estos tres evangelistas

(los sinópticos) se orientaron sobre todo hacia las cosas que Cristo realizó en su vida temporal, en cambio Juan pone su consideración sobre todo en la propia divinidad del Señor, por la que es igual al Padre, y se ocupó de ensalzarla sobre todo en su evangelio cuanto considero que era suficiente para los hombres». San Epifano: «Juan llegando en último lugar se elevó más alto y estableció todo lo que precede a la misma encarnación. En efecto la mayor parte de las cosas espirituales fueron expresadas por él, mientras que lo que se refiere a la carne había sido establecido ya por los otros. Por lo tanto emprende la narración espiritual sobre aquel don que careciendo de todo comienzo vino a nosotros procedente del Padre».

Pero a falta de indicaciones exteriores, el texto mismo sería para nosotros, a este respecto, una garantía muy segura. El conjunto y los detalles del relato convergen sin cesar hacia este fin conjuntamente teórico y práctico: demostrar que Jesús es Cristo, el Hijo de Dios (es decir, demostrar el carácter mesiánico o la divinidad de Jesús) y producir por esta demostración la fe en todos los corazones a fin de que todos lleguen a la vida eterna, a la salvación. Es ésta, por cierto, la base esencial del cristianismo y también su resumen perfecto. Seguramente los otros evangelistas se habían propuesto una finalidad análoga, pero no de una manera tan directa, tan formal y con tanta energía; ninguno de ellos es “teólogo” como San Juan.

Los episodios y los discursos cuya reunión forma el cuarto evangelio han sido maravillosamente seleccionados en el sentido que acabamos de indicar. Los hechos no son lo más importante para el autor, sino que él insiste preferentemente sobre la teoría que se desprende de ellos, y esta teoría viene a decir siempre: ¡Afortunados los que creen en Jesús, el Mesías, el Hijo de Dios! ¡Ay de los que permanecen incrédulos!. Desde el prólogo, I, 1-18, que es como el pórtico grandioso de nuestro evangelio, Jesús nos aparece bajo los rasgos del Verbo, del “Unigénito” de Dios Padre: Juan Bautista es su precursor y su testigo. Sus primeros discípulos lo saludan ya con sus verdaderos títulos: “Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel”. El templo es la casa de su Padre (Joan. II, 16). A los ignorantes, así como a los sabios,

a la humilde samaritana así como al justo Nicodemo revela abiertamente su dignidad (Joan. III, 13 y ss.; IV, 10, 26). Pero no podemos señalar aquí todos los rasgos aislados. Recorred los capítulos V, VII, VIII, XI (la resurrección de Lázaro), XIV-XVI (el discurso del adiós), XVII (la oración sacerdotal) y recogeréis algunos muy significativos para la tesis de San Juan. También con la mirada en su objetivo tan elevado nuestro evangelista inserta los discursos dogmáticos de Nuestro Señor Jesucristo más que sus discursos morales y sus parábolas. Por ese mismo motivo llama a los milagros de su Maestro “signos”; porque manifiestan admirablemente su divinidad, su carácter de Mesías, y mueven por consiguiente la fe en su persona.

Sin embargo no es, como se ha pretendido, que el evangelio según San Juan sea “en verdad un tratado teológico tanto como lo es la epístola a los Hebreos”. En el fondo, sigue siendo un relato, tanto como los volúmenes de San Mateo, de San Marcos y de San Lucas: el método histórico no se ve para nada dañado por la intención dogmática.

2º Al lado de esta intención predominante y general, válida para todos los lugares, para todos los tiempos, San Juan se propone otros fines accesorios y sobre todo un fin polémico. Una tradición que se remonta hasta San Ireneo menciona en términos expresos a los gnósticos entre los adversarios que tenía a la vista y a los que quería refutar de una manera indirecta: He aquí las propias palabras del gran obispo de Lyon: «Anunciando esta fe Juan, el discípulo del Señor, queriendo quitar por medio del anuncio del Evangelio el error que había sido propagado a los hombres por Cerinto y mucho antes por los que se llaman Nicolaitas... comenzó de este modo el evangelio». Testimonio irrefutable viniendo de una fuente tan segura. Tertuliano, San Epifano, San Jerónimo nos informan en el mismo sentido. «Juan -dice este último- escribió el Evangelio contra Cerinto y otros herejes y principalmente contra la herejía naciente entonces de los Ebionitas que afirman que Cristo no existió antes de María por lo que Juan se ve obligado a proclamar su naturaleza divina».

En efecto el gnosticismo había hecho su aparición desde hacia algún tiempo en Asia Menor, cuando San Juan vino a esta-

blecerse en Efeso. Ya San Pablo había debido luchar contra los primeros gérmenes de este error y lo contemplaba con verdadero estremecimiento. Se había desarrollado rápidamente y era necesario atestarle un gran golpe. Basta con leer las siguientes líneas de San Ireneo, para comprender que los pasajes I, 1-18; XIV, 20-31 y otros textos análogos están dirigidos contra la gnosis: «Y Cerinto enseñó en Asia que el mundo no fue creado por Dios sino por un cierto poder muy separado y distante de esa principalidad que está por encima de todas las cosas y desconocedora de aquel Dios que está por encima de todas las cosas. Sostuvo que Jesús no había nacido de una Virgen (pues esto le pareció imposible) sino que había sido hijo de José y de María igual que todos los demás hombres y que había tenido más poder por su justicia, prudencia y sabiduría entre los hombres y que después del bautismo había descendido en él, procedente de aquella principalidad que está sobre todas las cosas Cristo, en figura de paloma y entonces le había anunciado al Padre desconocido y había hecho milagros y finalmente le había revelado de nuevo al Cristo de Jesús y que Jesús había sufrido la pasión y había resucitado, en cambio Cristo había permanecido sin sufrir, al ser puramente espíritu». Pero la tesis de San Juan, Jesús es Cristo, el Hijo de Dios, destruye todas estas absurdas teorías.

Se ha pensado también y no sin razón que San Juan tenía también como objetivo de su polémica indirecta por una parte a los Juanistas como se les ha denominado, y por otra parte a los Docetas. Los primeros eran discípulos del Precursor, que mucho tiempo después de su muerte y después de la manifestación de Nuestro Señor Jesucristo habían conservado un culto exagerado hacia su maestro, considerándolo incluso como el Mesías. El Libro de los Hechos (XVIII, 14 y 15; XIX, 1 y ss.) nos atestigua la presencia de un cierto número de ellos en Asia en vida de San Pablo. Existían sin duda todavía a finales del siglo primero, y es natural suponer que nuestro evangelista quisiera reconducirlos a la verdad, insistiendo en el papel secundario de Juan Bautista y en los testimonios tan brillantes que el Precursor había dado de Jesucristo. En cuanto a los Docetas, así llamados porque consideraban la encarnación del Verbo como una simple apariencia

("doceesis") sin realidad externa, es posible que las siguientes palabras hayan sido dirigidas tácitamente contra ellos: I, 14: "La Palabra se hizo carne"; XIX, 34 y 35; Uno de ellos soldados abrió su costado con su lanza y al punto salió sangre y agua y el que lo vio dio testimonio de ello. XX, 20: «Les mostró las manos y el costado» cf. V, 27. Ved también I Joan. I, 1; IV, 2-3: V, 6.

Sin razón suficiente Aberle de Tubinga atribuye a San Juan la intención directa de atacar el judaísmo, que renacía entonces de sus cenizas en Jamnia.

Mientras que muchos escritores racionalistas, entre otros Credner y Reuss, negaban categóricamente que hubiera podido existir la menor relación entre la composición del cuarto evangelio y las herejías contemporáneas, otros críticos, de diferentes tendencias, han considerado este libro como una obra apologética de carácter universal: no se habría referido, según ellos, a ninguno de los errores de la época, pero los habría alcanzado todos al mismo tiempo describiendo el verdadero cristianismo. Este sentimiento es incompatible con los textos tan formales de la tradición que se han citado más arriba.

3º Además de la tendencia polémica, de la que ellos mismos nos han hablado, los Padres atribuyen también a San Juan el fin de completar las tres narraciones anteriores a la suya. "Juan... viendo que en los evangelios de los otros habían sido recogidas las cosas corporales, animado por sus allegados, e inspirado por el Espíritu Santo, escribió un evangelio espiritual", dice Clemente de Alejandría². Igualmente San Efren: «Juan hallando que las palabras de aquellos que escribieron sobre la genealogía y la naturaleza humana del Señor habían provocado diversas opiniones, escribió el mismo que era no solo hombre sino desde el principio el Verbo»³. Es igual la opinión de San Epifano: «Lucas hizo el seguimiento de las generaciones desde las últimas a las primeras y afirmó que el Verbo divino había bajado del cielo y al mismo tiempo tocó el misterio de su encarnación, para alejar del error a los hombres ciegos; los herejes no quisieron entenderlo. Por esa razón después el Espíritu Santo empujó a San Juan a escribir el evangelio»⁴. Pero el lenguaje de Eusebio y de San Jerónimo es aún más claro: «Pero dicen que hubo otro motivo para esta

Escritura: Juan, habiendo leído los evangelios de Mateo, de Marcos y de Lucas dio su aprobación al contenido histórico y corroboró su veracidad, pero que habían narrado sólo la historia de un año, en el que sufrió la pasión después de la cárcel de Juan.» Así pues dejando de lado el año cuyos hechos habían sido expuestos por los tres anteriores, contó los hechos de los tiempos previos, antes de que Juan fuera encarcelado»⁵ y Eusebio: «Conocidos ya los tres evangelios primeros por todos y por el propio Juan, Juan aprobó y confirmó su veracidad con su testimonio, pero echó en falta la narración de aquellas cosas que Cristo había hecho en el inicio de su predicación... Así pues solicitado por amigos, se dice que describió en su libro el tiempo silenciado por los anteriores evangelistas y los hechos realizados en ese tiempo por el Salvador, tal como lo indica cuando dice: Este fue el primer milagro que hizo Jesús»⁶.

¿Cómo se ha podido negar un hecho tan bien atestiguado y desde tan antiguo y por otra parte tan verosímil en sí mismo? ¿Cabe la posibilidad de que San Juan no haya conocido los sinópticos?. Conociéndolos ¿es posible que no haya completado su obra?. Repitamos que éste no era más que un fin accesorio, indirecto; pero fue sin embargo una de las intenciones de San Juan. De este modo se explica por qué omite numerosos incidentes, incluso entre los que iban encaminados directamente a su objetivo; por ejemplo la voz del bautismo (Matth. III, 16 y ss.), las confesiones forzadas de los endemoniados (Marc. I, 24; Luc. VII, 28), la Transfiguración (Matth. XVI, 1 y ss.), etc.; estas cosas eran suficientemente conocidas según los relatos anteriores. Se explica también así por qué relata un número tan grande de detalles enteramente nuevos. Aquí y allí, por cierto, aparecen alusiones muy visibles a las narraciones de los sinópticos, en forma de notas rápidas, que serían oscuras para cualquiera que no tuviera los otros evangelios entre las manos. Ved III, 24, para la prisión del Precursor; VI, 70 para la elección de los apóstoles; XVIII, 13, a propósito de Anás, el antiguo pontífice, etc. En fin, la cronología, generalmente tan clara en San Juan, es también uno de los puntos sobre los que parece manifiesto que el cuarto Evangelio completa los precedentes. “Cuatro Pascuas, algunas otras fiestas

del año religioso, claramente indicadas cada una en su lugar, jalonan la ruta del historiador, y asignan su fecha a los acontecimientos principales de la vida del divino Maestro. Todos los sincronismos que se han hecho del evangelio han partido de estos puntos clarificados por San Juan”⁷.

4º En lugar de estos motivos tan elevados, tan sabios y tan legítimos que la tradición otorga a San Juan para la composición de su incomparable obra, los racionalistas sugieren otros extraños.

Según Strauss y el “anónimo Sajón” el autor del cuarto evangelio habría querido hacer una polémica indirecta contra San Pablo y dar el papel de bueno a San Juan. Hemos visto que se debe pensar de esta teoría.

Baur por el contrario hace de nuestro evangelista un pacificador. La Iglesia había estado hasta entonces dividida en dos campos enemigos, el montanismo y el gnosticismo; aunar estos partidos hostiles, llevándolos a admitir uniformemente la teoría del Logos, es la verdadera “tendencia”, que tiende a la conciliación, a la mediación.

Para Hilgenfeld se trataba de poner de nuevo en un lugar preferente el Paulinismo, es decir el liberalismo cristiano y el derribar completamente las doctrinas y prácticas judaizantes.

Y así otros más, porque ¿dónde pararse en un camino tan hermoso? Demostrando la autenticidad del Evangelio según San Juan, hemos refutado de antemano estas diversas teorías; porque suponen todas ellas una composición tardía, entre el año 125 y el 175, y además ¿no se oponen entre ellas, de modo que nos dejan por completo como amos del terreno’.

Notas:

¹ Si Juan escribió: “Otros muchos muchos milagros hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro” (20,30). “Otras muchas cosas hizo también Jesús, las cuales, si se escribieran una por una, creo que este mundo no podría contener los libros” (21,25). ¿No nos está diciendo que lo que guarda en su memoria es mucho más que lo que escribe?. ¿Qué necesidad tenía de utilizar otras fuentes quien no puede agotar la suya? Creemos, pues, que lo mismo San Juan que San Mateo no necesitaron utilizar más fuentes que sus propios recuerdos. Únicamente San

Marcos, como San Lucas debieron informarse por la Santísima Virgen u otra persona sobre los misterios de la infancia del Señor; pero referente a la vida pública del Señor, mi opinión es que no necesitaron otras fuentes que sus memorias. (Nota del editor).

² Eusebio Hist. Eccl. VI, 14.

³ Erngel Concord. espositio, ap. Mæisinger, p. 286.

⁴ Hær LI, 12.

⁵ De Viris Ilustribus, c. 9.

⁶ Hist. Eccl. III, 24.

⁷ Baunard. L'apôtre S. Jean, p. 357.

IV.- TIEMPO Y LUGAR DE LA COMPOSICION

I. La cuestión del tiempo es fácil de resolver de una manera general, pero difícil cuando hay que fijar una fecha precisa.

1º La antigüedad entera admite que el evangelio de San Juan apareció después de los sinópticos. "Juan, el último de todos" dice Clemente de Alejandría. "En último lugar viene Juan", leemos en San Efrén. Y hemos visto en el apartado anterior que ésta es también la opinión de San Ireneo (tan importante en todos estos asuntos), de San Epifano, de Eusebio de Cesarea, de San Jerónimo, San Victorino de Pettau y San Epifano añaden que San Juan publicó su evangelio después del Apocalipsis; ahora bien San Victorino sitúa la aparición del Apocalipsis bajo el imperio de Domiciano, como lo hacen San Ireneo, Tertuliano, Clemente de Alejandría y otros más. Por ello se ve cuánto se equivocó voluntariamente Semler, cuando puso nuestro evangelio en el primer lugar desde el punto de vista temporal.

Un examen atento de la obra confirma perfectamente las afirmaciones de los autores antiguos. En efecto, a cada paso, algún rasgo de detalle nos demuestra que los hechos referidos estaban desde hacía bastante tiempo en el terreno del pasado. Unas veces es la traducción de palabras hebreas muy simples (Rabbi, rabboni, I, 39; XX, 16; Messías, I, 42; IV, 25); otras veces son notas accesorias, de las que se muestra evidente, por una parte que el judaísmo se ha mostrado enteramente rebelde a la gracia y ha perdido sus primeras oportunidades de salvación (cf. I, 11; III,

19, etc.); por otra parte que la nación judía ha perecido como pueblo y que su capital está destruida (el empleo de los imperfectos es notable en los pasajes XI, 18; XVIII, 1; XIX, 41). A propósito de XI, 51-52, Westcott ha dicho con toda razón: "Está fuera de duda que cuando el evangelista escribía estas palabras, leía el cumplimiento de la profecía inconsciente de Caifás en el estado actual de la Iglesia cristiana". En breve, el modo del escritor supone un hombre mayor de profunda experiencia, que, al contar, pone su mirada hacia atrás sobre los acontecimientos que recuerda de maravilla, pero de los que está separado por un largo intervalo.

2º Para determinar el año preciso hay una gran variedad de opiniones. Reithmayr se remonta hasta el año 70, pero equivocadamente, porque se acepta generalmente que el evangelista según San Juan apareció bastante tiempo después del martirio de San Pedro, en consecuencia después del año 67. Como hemos dicho los racionalistas van al otro extremo: Baur y Scholten, entre el 160 y el 170; Volkmar, en el 155; Zeller y Schwegler en el 150; Lützelberger, Hilgenfeld, Thomas del 130 al 140; Keim hacia el 130; Schenkel, Renan del 110 al 115. Nos parece verosímil, y es el sistema que parece aunar la mayoría de las voces entre los exégetas creyentes, que el cuarto evangelio vio el día en los últimos años del siglo primero. Incluso aceptamos con gusto el imperio de Nerva (96-98), de acuerdo con la siguiente cita que es antigua, aunque falsamente atribuida a San Agustín: «Entre los mismos escritores de los evangelios sobresalen en la profundidad de los divinos misterios, Juan que predicó la palabra de Dios desde el tiempo de la ascensión del Señor durante sesenta y cinco años sin ayuda de la escritura hasta los últimos tiempos de Domiciano. Pero tras la muerte de Domiciano, habiendo regresado a Efeso del exilio por autorización de Nerva, empujado por los obispos de Asia, escribió contra los herejes acerca de la divinidad de Cristo eterna junto al Padre».

II. Respecto a la cuestión del lugar, los Padres más autorizados, entre otros San Ireneo, San Polícrates, Clemente de Alejandría, Orígenes, Eusebio de Cesarea, San Jerónimo, se declaran a favor de Efeso. Ya hemos citado sus textos; baste repe-

tir las palabras de San Ireneo: “Juan, el discípulo del Señor, el que había reposado sobre su pecho, publicó a su vez el evangelio, mientras vivía en Efeso en Asia”.

Sin embargo el falso Hipólito, el sobreescrito de la versión siríaca y más tarde Suidas, Teofilacto, Eutimio, han considerado la isla de Patmos como la cuna del cuarto evangelio. Pero este sentimiento proviene sin duda de una confusión con el Apocalipsis; en todos los casos, no podría prevalecer frente al testimonio tan grave de San Ireneo. El “Cronicon pascual” asegura que el manuscrito original de San Juan estuvo conservado largo tiempo en Efeso, donde se le rendía gran veneración¹

La Sinopsis falsamente atribuida a San Atanasio asocia las dos opiniones: según ella el evangelio habría sido, escrito en Patmos, pero publicado solamente en Efeso. Hug y Patrizi han aceptado esta hipótesis sin razón suficiente.

Nota:

¹ Edit. Dindorf. Bonn, 1832 p. 11.

V.- EL CARÁCTER DEL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Es éste también un asunto extremadamente rico e interesante “que podría ser desarrollado casi infinitamente”. Pero debemos atenernos a una árida nomenclatura.

“No hay seguramente nadie, dice Tholuck, en la introducción de su comentario, que lea el evangelio de San Juan sin recibir la impresión de que fluye en él un espíritu que no se encuentra en ningún otro libro”. Ewald tan dotado pues para apreciar las bellas obras literarias resume en esta simple línea lo que pensaba del cuarto evangelio: “¡Es un escrito tan maravillosamente perfecto!”. Las palabras de Claudius son célebres: “Desde mi infancia, yo he leído con gusto la Biblia; pero sobre todo leo con el máximo encanto a San Juan. Hay en él algo tan admirable, tan elevado, tan suave, que uno no puede saciarse. Me parece siempre, cuando lo leo, que lo veo en la última cena, apoyado sobre el pecho de su Maestro y que su ángel me sostiene la luz”.

Lange nos da, en unas cuantas palabras, casi una crestomatía completa: “El cuarto evangelio ha sido a la vez muy alabado y vivamente atacado, como el evangelio mismo de Jesús. Es el evangelio espiritual, ha dicho Clemente de Alejandría; es una mezcla de paganismo, de judaísmo y de cristianismo, responde Evanson. Es el primero de los evangelios, un libro único y perfecto, ha dicho Lutero; es un producto sin valor y sin utilidad para nuestro tiempo, responde el luterano Vogel. Es el corazón de Cristo, ha dicho Ernesti; es un escrito místico embrollado, una disolución, una nebulosa, han respondido otros autores. Es el menos autorizado de los evangelios, una obra decididamente bastarda, mezcla de escepticismo, han exclamado los racionalistas contemporáneos, mientras que, desde la época de San Ireneo, queda para todos los hijos del Espíritu Santo como la corona de los evangelios apostólicos.

Verdadero evangelio de oro, que recientemente se acaba de reimprimir en Inglaterra en letras de oro a la manera de la Edad Media.

Pero tratemos de precisar más el carácter del evangelio según San Juan, entrando en algunos detalles y considerándolo en sus principales aspectos.

1º Tal como se ha dicho más arriba, es primeramente por excelencia el evangelio del Hijo de Dios: apelación que reproduce hasta treinta veces. Por ello mismo es un evangelio metafísico, el evangelio del teólogo, el evangelio de la idea. ¡Todo en él es tan profundo, tan pleno, tan sublime, tan resplandeciente, sin descuidar sin embargo el elemento simple y popular!. Un rápido vistazo sobre los capítulos I, III, V, VI, VII, VIII, X, XIV, XV, XVI Y XVII basta para recordar todo lo que contienen de grandeza teológica. “¡Qué montaña, -exclamaba San Agustín-, que elevación la de este genio!. Mirad a Juan que sobrepasa todas las cimas terrestres, todos los espacios etéreos, toda la región de los astros y de los mismos coros celestiales y la legión de los ángeles ¿qué le habláis del cielo y de la tierra?. No son más que criaturas ¿qué habláis de lo que el cielo y la tierra encierran?. Criaturas también. Incluso ¿qué hacen aquí los seres espirituales? Estos seres son la obra de Dios y no es Dios mismo”.

2º Es el evangelio del corazón, compuesto, como se ve fácilmente, por el discípulo predilecto, que sabía devolver amor por amor. La palabra “amar” está empleada más de cuarenta veces, todo en él está marcado con el sello del amor celestial. De ahí estas líneas de Orígenes: “El evangelio de San Juan es como la flor de los evangelios. Sólo podía entrar en esta profundidad aquel cuya cabeza reposó sobre el pecho de Jesús y a quien Jesús dio a María como madre. Este amigo tan íntimo de Jesús y de María, este discípulo tratado por el Maestro como su otro yo, era el único capacitado para los pensamientos y sentimientos resumidos en este libro”. No nos extrañemos al leerlo, si nos habla tan directamente al corazón, si respira tanta suavidad, si nos llena de alegría y de paz, como la conversación de un amigo tiernamente amado.

3º Es el evangelio del testigo ocular, y esto todavía lo caracteriza de una manera especial.

San Mateo había tenido también como San Juan la felicidad de contemplarlo todo con sus ojos; pero nos lo ha mostrado poco en su narración. Hemos visto por el contrario qué sello íntimo y subjetivo comunica esta misma circunstancia al cuarto evangelio. No sólo la historia que cuenta San Juan se presenta por así decirlo completamente viva ante sus recuerdos; sino que se percibe inmediatamente que ha invadido, ha penetrado su alma entera, que se ha convertido en su propia vida. De ahí el frecuente empleo de los verbos “contemplar”, “ver”, “haber visto”. De ahí esos trazos dramáticos que se encuentran en todo momento; por ejemplo: I, 4, 9, 11, 13, 18, 19, 20, 21, etc. Ved dónde comienza para él la vida de Jesucristo sobre la tierra: en el momento en que él entró personalmente en contacto con el divino Maestro. cf. I, 19-51.

4º Es más que la obra de los sinópticos, un evangelio fragmentario. Por todas partes abundan las lagunas; después de la exposición muy detallada de un hecho, de repente se abre un gran vacío, el relato se rompe casi tantas veces como pasos da hacia delante. Como en el evangelio según San Marcos nada sobre la infancia y la vida oculta de Jesús; al final, nada sobre la Ascensión. Si, como pensamos las palabras “día de fiesta de los

Judíos” se refieren a la Pascua, los capítulos II-V resumirán dos años enteros. En realidad, de los tres años y medio que duró la vida pública del Salvador, el relato de San Juan no alcanza más que treinta días distintos. Por lo demás, él toma buen cuidado, mediante fórmulas genéricas que reaparecen de cuando en cuando, en advertirnos que sorprendentemente abrevia o más bien suprime periodos enteros. Cf. II, 23; III, 2; IV, 43; VI, 2; VII, 1; XX, 30; XXI, 25, etc.

5° Y sin embargo es el evangelio de la perfecta unidad. Ha sido verdaderamente de un solo golpe. Para dividir los relatos de los sinópticos hay que recurrir a planos ficticios; aquí el diseño está muy acusado y constantemente seguido. Las fiestas judías jalonan la ruta. Los discursos están relacionados con los milagros, de los que proporcionan un brillante comentario; lejos de retrasar la marcha la favorecen, porque son como el diálogo de este gran drama y acentúan su movimiento. En torno a la persona divina de Nuestro Señor Jesucristo se agrupan admirablemente todos los detalles: he aquí el verdadero centro de unidad.

6° Añadamos todavía: Evangelio de doble progreso; a pesar de Keim, que ha pretendido no hallar en la obra de San Juan más que “una monotonía de plomo”. Hay el progreso de la fe y de la incredulidad; o lo que viene a ser lo mismo, el progreso del amor y el progreso del odio. Esta gradación aparece desde el prólogo y se continúa a través de todas las páginas hasta la conclusión del evangelio. Algunas indicaciones bastarán para ponerla de relieve. En primer lugar “San Juan ha visto mejor que ningún otro el misterio del odio bajo el cual sucumbió su Maestro. No dice sólo, como los sinópticos, la ultima explosión. Percibe sus primeros gérmenes ¡con qué intuición! sigue sus terribles desarrollos ¡con qué luz! predice, pinta su desenlace fatal”. He aquí, en el primer capítulo, el Sanedrín que mira con desconfianza el ministerio de Juan Bautista; en el capítulo II, Jesús mismo, después de su golpe de fuerza en el templo, se convierte en objeto de la malevolencia de las jerarquías; el comienzo del capítulo IV nos muestra a los Fariseos abiertamente envidiosos de su influencia; en el quinto su odio estalla; en el séptimo los Judíos hacen una gestión oficial y directa para apoderarse de su persona; en el octavo,

intentan lapidarlo; en el noveno, excomulgan a sus seguidores; en el décimo, nuevo intento de darle muerte; en el décimo primero, a consecuencia de la resurrección de Lázaro, el Sanedrín decreta darle muerte; la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén trae consigo el desenlace. La fe y el amor siguen una marcha ascendente idéntica no menos fácil de constatar, ya sea de manera general para la masa de seguidores del Salvador, ya sea en particular en el grupo de discípulos íntimos e incluso en las individualidades. Hemos señalado a este respecto los pasajes siguientes: I, 12, 41, 45, 49; II, 11, 22; III, 2, 23; IV, 4, 39, 41, 42, 53; VI, 14, 69; VII, 31; VIII, 30; IX, 17; X, 42; XI, 27, 45; XII, 11, 42; XVI, 30; XIX, 38, 39; XX, 8, 28, etc.

7º Más especialmente aún es el Evangelio espiritual. El autor mismo es completamente celestial, ideal, transfigurado; lo mismo su obra: participa enteramente de sus hermosos títulos de águila, de ángel y de virgen. «En los cuatro evangelios o más bien en los cuatro libros de un solo evangelio, el apóstol San Juan, comparado no sin razón a un águila por su inteligencia espiritual elevó su predicación mucho más alto y más sublime que los otros tres y en esta elevación suya quiso también elevar nuestros corazones».

“El evangelista era virgen, escribía por su parte San Ambrosio, y no me extraña que, mejor que todos los demás, haya podido expresar los misterios divinos, aquel ante quien había abierto así el santuario de los secretos celestiales”. “La mano de un ángel lo ha escrito” decía Herder siguiendo a San Agustín.

Evangelio espiritual: el epíteto es de Clemente de Alejandría y ha parecido tan justo, tan característico, que no se ha dejado de repetir desde entonces para darle su importancia. Contiene el más breve, pero también el más hermoso elogio del cuarto evangelio. Tratemos a nuestra vez de desarrollarlo.

1. “Los otros evangelios contenían sobre todo los aspectos físicos de Jesucristo”, dice Clemente de Alejandría en el mismo pasaje, para explicar su pensamiento. Eran pues sobre todo biografías externas, que consideraban a nuestro Señor Jesucristo más bien en el exterior. Con San Juan, descendemos a lo más profundo del alma del Hombre-Dios; estudiamos a Cristo en su natura-

leza más íntima". El elemento celestial que forma el trasfondo de los tres primeros relatos evangélicos es la atmósfera habitual del cuarto evangelio".

2. Aquí los discursos, las palabras se extienden más ampliamente que los hechos; y estas palabras son de una elevación, de un sublime que no es igualado más que en raras ocasiones en los evangelios sinópticos. Cuanto más se leen, más se descubren sus riquezas. Cada palabra suscita en el alma armonías divinas que retumban vivamente, suavemente. Sin duda, a primera vista tienen no sé qué de abstracto, de sentencioso, que hace más difícil su comprensión: pero ¡cuánto son recompensados el espíritu y el corazón, cuando, mediante la reflexión, se abre un camino en medio de estas profundidades!. Evidentemente, son a menudo simples resúmenes; se ve en la conversación de Jesús con Nicodemo (cap. III) que bajo su forma actual, habría durado apenas tres minutos. Pero estos resúmenes son fieles: contienen verdaderamente el jugo y la médula de los pensamientos del Salvador, e incluso sus expresiones principales. ¡Era pues muy difícil para San Juan conservar en su alma profunda algunos discursos notables en el fondo y la forma, pronunciados por su Maestro tan amado y sobre los cuales sus meditaciones o sus predicaciones lo llevaba sin cesar!. Dejemos pues a los racionalistas escandalizarse y decir, por ejemplo, con M. Renan: "Son piezas de teología y de retórica, sin ninguna analogía con los discursos de Jesús en los sinópticos y a los que hay que atribuir una realidad histórica similar a los discursos que Platón pone en la boca de su maestro en el momento de morir". La perfecta oportunidad que reina por todas partes, los admirables matices que reviste la palabra de Jesús según el carácter de sus interlocutores, estos pequeños rasgos históricos mezclados aquí y allá con los discursos, todo esto prueba la autenticidad. Por cierto, también aquí nuestros adversarios toman cuidado de refutarse los unos a los otros. Así, M. Reuss no admite que los discursos de Jesús según San Juan "hayan sido inventados en cuanto a su contenido más profundo"; y según Keim, se encuentran en el cuarto evangelio "palabras profundas de Jesús, una lengua revestida de las más ricas imágenes; al lado de esto, una precisión dialéctica magistral

y testimonios de Jesús unas veces tiernos, otras espirituales, otras elevados, sublimes”.

3. Evangelio espiritual por su aspecto místico y simbólico. Se ve que el escritor sagrado “no fija jamás su mirada en los incidentes exteriores en tanto que incidentes exteriores, sino que tiene siempre en su mente su significación para la historia de la salvación”. También de su alma contemplativa se escapan frecuentemente interesantes observaciones, de este tipo: “Siloe, que quiere decir «envidiado»”, IX, 7; “(Caifás) no dijo esto de sí mismo; sino que como era pontífice aquel año, profetizó que Jesús había de morir por el pueblo”, XI, 51; “(Judas) tomando el bocado, se salió luego; era de noche”, XIII, 30; etc. Para San Juan los mismos milagros son “signos”, prefiguraciones. El es el único que nos ha conservado las emotivas alegorías de aprisco, del Buen Pastor, y de la viña.

4. Los personajes, poco numerosos pero tan variados, que se mueven en los relatos de San Juan participan igualmente en este carácter espiritual. Aunque perfectamente verdaderos y reales, tienen todos un toque ideal, una misteriosa transparencia que recuerdan los frescos de Flandrin en San Vicente de Paul en París y en San Pablo en Nimes. Sería un objeto de estudio de los más interesantes. Contemplad a María, la madre de Nuestro Señor Jesucristo, el discípulo predilecto, San Juan Bautista, San Pedro, San Andrés, San Felipe, San Natanael, Nicodemo, la Samaritana, el ciego de nacimiento, Lázaro, Marta y María, Santo Tomás, en otro sentido, Judas, Caifás, Pilatos: ¡qué retratos exquisitos! Y sin embargo, a veces apenas se pronunciasen dos palabras, apenas se señala un gesto. Lo mismo sucede con los grupos, amigos u hostiles (los hermanos de Jesús, el pueblo, los sacerdotes, los Fariseos, los discípulos), que el evangelista introduce a menudo en su narración: todo está trazado idealmente, aunque con la más perfecta semejanza.

5. Finalmente, la figura divina del Salvador se refleja ella misma en el cuarto evangelio “como en el agua más pura”, sirviendo de centro a todos los demás. Se destaca cada vez más, a medida que se avanza en el relato; cada palabra y cada rastro la revela, tan hermosa, tan amorosa, tan “espiritual” por todas partes.

INTRODUCCION GENERAL A LOS EVANGELIOS

I. NUMERO DE EVANGELIOS

1º En realidad y en rigor no hay más que un solo evangelio del mismo modo que no hay más que una sola buena nueva.

A los Padres les gustaba insistir en esta idea rica y profunda.

“Cristo, dice san Ireneo, nos ha dado un evangelio bajo cuatro formas”(el evangelio en cuatro formas). Orígenes afirma que “el evangelio es único en verdad, aunque provenga de cuatro escritores”. Igualmente el falso Orígenes:

“Los evangelistas son cuatro, pero el evangelio es uno”. Después de haber escrito: “In quattuor evangeliis”, S. Agustín experimenta un cierto escrúpulo y continúa: “Vel potius quattuor libris unius evangelii”(“O más bien los cuatro libros de un solo evangelio”) El venerable Beda expresa graciosamente el mismo pensamiento: “Los evangelistas, aun siendo cuatro, compusieron más que cuatro evangelios uno solo en una hermosísima y cuádruple variedad”.

2º Pero los textos precedentes lo muestran ya con claridad, cuando no se piensa más que en ceñirse al rigor teológico, y determinar el número exacto de evangelios aceptados por la Iglesia como canónicos e inspirados; se dice que son cuatro los compuestos bajo inspiración divina, por S. Mateo, S. Marco, S. Lucas y S. Juan.

“Nec plura nec pauciora” (ni muchos ni pocos), tal como lo decretaron los concilios, apoyándose sobre una tradición unánime, que se remonta a la más alta antigüedad.

Las citas podrían ser incontables. No haremos más que un pequeño número, y nos detendremos al final del segundo siglo, porque sería superfluo descender más.

1. Testimonio de los Padres. Coloquemos de nuevo a la cabeza al glorioso S. Ireneo, que por un lado por su origen como discípulo de S. Policarpo, que había sido discípulo de S. Juan, y por otro lado por el escenario de su apostolado, resume las tradiciones de oriente y occidente: “Tan grande es esta seguridad respecto a los evangelios, que incluso los propios herejes dan testimonio de ellos y a partir de ellos cada uno intenta confirmar su doctrina. Los Ebionitas sirviéndose únicamente del evangelio según S. Mateo, por él se confirman en no aceptar la divinidad de Cristo. Marción usando el de S. Lucas, en lo que de él se conserva, se muestra blasfemo contra el Dios único. Los que separan a Jesús de Cristo y dicen que Cristo permaneció sin sufrir la pasión mientras que Jesús fue quien la sufrió, dando preferencia al evangelio de S. Marcos, leyendo con amor a la verdad pueden ser corregidos. Los que son seguidores de Valentín, empleando muy ampliamente el evangelio de Juan para la demostración de sus “parejas místicas”, se descubre mediante este mismo evangelio que es manifiesto su error. Por consiguiente, cuando los que nos contradicen nos dan testimonio de los evangelios y se sirven de ellos, es verdadera y firme nuestra demostración”.

Orígenes, Clemente de Alejandría y Tertuliano son los garantes más autorizados de las tradiciones de la Iglesia de Africa. “La Iglesia tiene cuatro evangelios, dice Orígenes, los herejes muchísimos”. Y en otra parte:

“Sólomente hay cuatro evangelios ciertos, de donde parten los profundos dogmas bajo la persona de nuestro Señor y Salvador. Conozco cierto evangelio, que se llama según Tomás y según Matías, y se leen otros muchos. Pero de todos estos no aprobamos ningún otro, salvo lo que la Iglesia admite, es decir sólo los cuatro evangelios”.

Antes de Orígenes, y apoyándose de manera muy expresa sobre los que le habían precedido a él mismo (“una tradición que había recibido de prebiteros más antiguos”), Clemente de Alejandría reconocía nuestros cuatro evangelios y nada más¹. Tertuliano es no menos preciso que Orígenes: “Establecemos en primer lugar que los evangelios tienen como autores a los apóstoles a quienes les fue asignado por el propio Señor esta tarea de

promulgar el evangelio; y si la realizaron también los apostólicos, sin embargo no estuvieron solos, sino con los apóstoles y detrás de los apóstoles; puesto que la predicación de los discípulos puede considerarse realizada por afán de gloria, si no les asiste la autoridad de los maestros y del mismo Cristo que hizo a los apóstoles maestros. Finalmente de entre los apóstoles Juan y Mateo nos inician en la fe; de entre los apostólicos Lucas y Marcos la confirman”².

Por lo tanto nuestros cuatro evangelios canónicos y nada más.

2. Testimonio de las antiguas traducciones. Queremos hablar sobre todo de la versión itálica y de la versión griega, que datan por lo menos de la segunda mitad del siglo segundo, y que contienen nuestros cuatro evangelios bajo su forma actual.

La armonía evangélica de Tatiano, que se remonta a la misma época, y cuyo tejido ha sido visiblemente formado por los textos de los evangelios canónicos, nos proporciona una prueba idéntica. Su solo nombre es una demostración; pues había sido titulado: el Dia-tessaron, (combinado a partir de los cuatro). Por tanto desde estos tiempos antiguos se admitían cuatro evangelios; ni más ni menos de cuatro. Hecho tanto más notable cuanto que hubo desde el origen del cristianismo, S. Lucas lo afirma en sus propios términos, multiples esfuerzos por componer vidas abreviadas de Nuestro Señor Jesucristo. Pero nada nos ha quedado de todo esto: los Evangelios canónicos son los únicos que han sobrevivido. Si hubo al lado de éstos los evangelios apócrifos, de los que hablaremos más adelante, la diferencia siempre estuvo claramente marcada, y la Iglesia desde temprano im-pidió todo error.

3. ¿Por qué precisamente este número de cuatro? En los tiempos antiguos se solían buscar razones místicas y no será sin interés el relatar las afirmaciones de los Padres al respecto, porque añadiremos así una nueva fuerza a los argumentos que preceden.

S. Ireneo fue uno de los primeros en lanzar sobre esta cuestión su inteligente mirada: “Los evangelios no son ni muchos ni pocos en número. Pues cuatro son las regiones del mundo en el que estamos, y cuatro los principales vientos y la Iglesia está

extendida por toda la tierra y la columna y la base de la Iglesia es el Evangelio y el Espíritu de la Vida; y por lo tanto esa Iglesia tiene cuatro columnas que soplan por todas partes la incorruptibilidad y que vivifican a hombre”³.

S. Cipriano y otros detrás de él establecen una relación entre los cuatro ríos del paraíso terrestre, que manan de una misma fuente, y el único evangelio bajo cuatro formas.

S. Agustín retorna al pensamiento de S. Ireneo. “Esos cuatro evangelios conocidísimos por todo el orbe de la tierra, por esta razón quizá son cuatro: porque cuatro son las regiones del orbe de la tierra y han mostrado con el propios significado del número que la Iglesia de Cristo se extiende universalmente”⁴.

Estas combinaciones, más o menos ingeniosas, muestran al menos que desde lo más antiguo, se ceñían a los cuatro evangelios canónicos.

Notas:

¹ Strom, III, 13.

² Contr. Marc. IV, 2,5.

³ Cònt. Herej. III, 11,8.

⁴ De cons. Evang. I, 2.

II. ORDEN Y SUCESION DE LOS EVANGELIOS EN EL CANON DEL NUEVO TESTAMENTO

1º El orden actual es ciertamente el más antiguo y ofrece las mayores garantías. Es el de S. Ireneo, Orígenes, el fragmento de Muratori, todas las versiones antiguas, y todos los catálogos que mencionan la serie de los libros del Nuevo Testamento. Existía pues desde el segundo siglo.

Su razón de ser no es otra que la aparición cronológica de los cuatro evangelios: el de S. Mateo, hacia el año 45; el de S. Marcos, hacia el año 50; el de S. Lucas, hacia el año 60; y el de S. Juan un poco antes del año 100:

Orígenes lo dice formalmente: “Mateo hizo sonar el primero la trompeta sacerdotal en su evangelio; también Marcos,

Lucas y Juan cantaron cada uno con su trompeta sacerdotal". En el mismo sentido Eusebio de Cesarea, S. Agustín, etc.

2º A veces pero más raramente, se ordenaba los cuatro evangelios de acuerdo con otro principio, el de la dignidad. Entonces los dos evangelistas apóstoles, se sitúan delante de los otros; lo que produce el siguiente orden: S. Mateo, S. Juan, S. Marcos y S. Lucas. También sucede que S. Juan se sitúa delante de S. Mateo, y S. Lucas delante de S. Marcos; por ejemplo en este pasaje de Tertuliano: "De los apóstoles nos inician en la fe Juan y Mateo, de los apostólicos Lucas y Marcos la consolidan" (Contra Marción, IV, 2).

III. LAS REPRESENTACIONES SIMBOLICAS Y ARTISTICAS DE LOS CUATRO EVANGELISTAS

1º Desde muy pronto, desde el siglo segundo, se pensó en comparar los cuatro evangelios con el célebre carro de la visión de Ezequiel, I, 5 y ss., a la vez único y cuádruple o a los cuatro animales del Apocalipsis, IV, 610, cuya descripción se apoya sobre esta misma visión.

Sin embargo ha habido variantes bastante notables en la aplicación, porque se han admitido alternativamente tres sistemas principales.

El primer sistema es el de S. Ireneo, según el cual S. Mateo está representado por el hombre, S. Marcos por el águila, S. Lucas por el toro, y S. Juan por el león.

El segundo sistema es el de S. Agustín, adoptado a continuación por el venerable Beda. El gran obispo de Hipona lo opone directamente al de S. Ireneo. "De los que han entendido que aquellos cuatro animales del Apocalipsis han de entenderse como los cuatro evangelistas, me parece que están más en lo cierto los que han interpretado el león en Mateo, el hombre en Marcos, el toro en Lucas y el águila en Juan que aquellos otros que atribuyeron el hombre a Mateo, el águila a Marcos y el león a Juan".

El tercer sistema, cuyos principales partidarios entre los Padres son S. Ambrosio, S. Jerónimo y S. Gregorio Magno no tardó en sustituir a los otros dos y se convirtió en el tradicional en

la Iglesia latina. He aquí en qué términos es expuesto por S. Jerónimo, que a la explicación añade también los motivos que determinaron su elección. “El libro de Ezequiel muestra que estos cuatro evangelios habían sido anunciados mucho antes. En él se refiere así esta primera visión: “Y en medio como una imagen de cuatro animales, y el rostro de ellos la cara de un hombre, la cara de un león, la cara de un toro y la cara de un águila. La primera cara de un hombre significa a Mateo, que comenzó a escribir como del hombre: “Libro de la genealogía de Jesucristo”. La segunda Marcos en el que se oye la voz del león que ruge en el desierto: “La voz del que clama en el desierto. Preparad el camino del Señor”. La tercera de un toro que significa al evangelista Lucas que comenzó a partir del sacerdote Zacarías. La cuarta el evangelista Juan que tomando las alas de un águila y elevándose a las alturas trata sobre el Verbo de Dios”.

2º El arte cristiano no dejó de utilizar estos símbolos para representar a los cuatro evangelistas. Aparecen por vez primera en el mosaico de Santa Pudentiana, que data, según de Rossi y Garucci, de los últimos años del siglo IV. Cristo rodeado de los apóstoles está sentado sobre un trono en la parte inferior del mosaico; en lo alto se ven las figuras aladas del hombre, el león, el toro y el águila. Los mosaicos de santa Sabina y santa María Mayor reproducen los mismos tipos. Otros mosaicos un poco más recientes, sobre todo los de S. Pablo extramuros (del 440 al 461) modifican ligeramente la representación, añadiendo a cada animal una aureola y un libro cerrado: costumbre que se perpetuó sobre los marfiles, las cruces pectorales, las monedas, las miniaturas en la antigüedad y en la edad media.

Más tarde a los cuatro símbolos se añadió cuatro personajes con aureola, unas veces de pie, y sosteniendo en la mano un libro cerrado (muy raramente abierto); otras veces sentados, y escribiendo, o bien teniendo simplemente al lado de ellos una mesita provista de todo lo necesario para escribir.

Rohault de Fleury, en su bella obra “El Evangelio. Estudios iconográficos y arqueológicos”, reproduce en la portada del tomo I, según un grabado conservado en la Biblioteca del Arsenal, un mapa de los viajes de Nuestro Señor Jesucristo, sobre

el cual se ve este encantador dibujo: un personaje sentado, que escribe con una actitud hermosa y seria; su asiento es soportado por un león y un toro alados; sobre su cabeza planean un ángel y un águila. Espiritual traducción del “evangelio de cuádruple forma”.

3º Señalemos también otras representaciones artísticas de los cuatro evangelistas, pero independientes de los símbolos que acabamos de describir.

Monumentos muy antiguos designan a los cuatro biógrafos de Jesús como simples rollos o “volumina” depositados a los pies del divino Maestro, y marcados con los nombres de Mateo, Marcos, Lucas y Juan; o bien por los cuatro ríos que tienen su fuente en el Cordero de Dios o de su monograma. Algunas veces, como en el sarcófago de Apt, los rollos están colocados a los pies de los propios evangelistas. Sobre el sarcófago de Arles, al lado del Salvador sentado, se ve a S. Marcos y S. Juan sosteniendo ambos un libro abierto, mientras que S. Mateo y S. Lucas tienen un rollo en la mano.

El fragmento de un sarcófago descubierto en Espoleto por Rossi presenta un interés muy especial desde el punto de vista que nos ocupa. Esta escultura que parece remontarse al siglo IV representa el barco místico de la Iglesia: el propio Jesucristo lo dirige, sentado sobre el timón; los cuatro evangelistas reman con vigor, fortalecidos por la mano y la palabra de su celeste capitán.

Sobre un mosaico del siglo X, los evangelistas están encerrados en una especie de fortaleza. Se inclinan bien para escribir sobre los rollos de pergamino que tienen sobre sus rodillas, bien para prestar oído a un quinto personaje, que mantiene un libro abierto y les dicta.

Una de las vidrieras de la catedral de Chartres ofrece a la vista “un cuadro cuya invención y composición parecerán de singular atrevimiento. El artista ha querido representar de una manera figurada que la antigua ley es el fundamento y el soporte de la ley nueva, y he aquí el medio que ha empleado para que su dibujo presentara este pensamiento a los ojos y al espíritu. Ha dibujado cada uno de los cuatro profetas (del Antiguo Testamento) llevando sobre sus espaldas a uno de los cuatro heraldos del evangelio

de Jesucristo... A pesar de la extrañeza a la primera ojeada, nada aquí es inconveniente ni ridículo, porque las posiciones son naturales y decentes, y la dignidad de los personajes no se ve en absoluto alterada. La expresión de sus figuras es seria, serena y tranquila; nada en su actitud aleja nuestro espíritu de la gravedad de una pintura religiosa, a pesar de la manera vulgar y poco elevada que empleó el pintor. Es una de las prerogativas de los tiempos primitivos esta ingenuidad y esta simplicidad infantiles... El profeta Ezequiel lleva a S. Juan; el profeta Daniel lleva a S. Marcos; Isaías lleva a S. Mateo; Jeremías lleva a S. Lucas... Los nombres de los profetas y de los evangelistas están escritos con grandes letras". (P. Durand, *Monographie de Notre Dame de Chartres*. p. 129131, Paris 1881).

4º Evidentemente los pintores modernos no han dejado de interesarse en este asunto, digno de los pinceles más hábiles; y varios de ellos han dejado retratos notables de los cuatro evangelistas.

Los más célebres de estos cuadros son: los cuatro evangelistas de Correggio, asociados a los cuatro doctores de la Iglesia latina (S. Juan y S. Agustín, S. Mateo y S. Jerónimo, S. Marcos y S. Gregorio, S. Lucas y S. Ambrosio; cúpula de la iglesia de S. Juan en Parma); un S. Juan del mismo; el S. Juan de Dominiquino; los retratos de los cuatro evangelistas, del mismo (frescos en las pechinas de la iglesia de San Andres del Valle en Roma); retratos de los cuatro evangelistas por Fray Angelico; S. Marcos de Fray Bartolomeo; los cuatro evangelistas de Valentin (palacio de Versalles); los evangelistas inspirados por el Espíritu Santo, etc.

Tenemos de Thorwaldsen cuatro hermosas estatuas que representan a cada uno de los evangelistas.

IV. LOS TITULOS DE LOS EVANGELIOS

1º Encabezando cada Evangelio se encuentra en casi todos los manuscritos griegos las fórmulas "Evangelio según Mateo", "evangelio según Marcos", "evangelio según Lucas", "evange-

lio según Juan”, que han pasado después a las ediciones impresas. Se les llamaba “epígrafes”, o entre los latinos “títulos”.

En algunos antiguos códices estos títulos o inscripciones aparecen bajo la forma abreviada: “según Mateo, según Marcos, según Lucas, según Juan”. La “Peschito” siria los emplea por el contrario bajo una forma más desarrollada:

“El santo evangelio, la predicación del apóstol Mateo; el santo evangelio, la predicación del evangelista Marcos”, etc.

2º A veces han sido atribuidos a los propios escritores sagrados, pero sin razón suficiente. Por una parte su uniformidad, por otra las variantes bastante considerables que acabamos de señalar se enfrentan a esta teoría. Además estos títulos estaban entonces poco en boga. “Moisés escribe Juan Crisostomo nunca puso su nombre encabezando los cinco libros escritos por él, ni aquellos que después de él escribieron los hechos; ni tampoco Mateo, ni Juan, ni Lucas, ni Marcos”.

Sin embargo, es cierto que se remontan a muy antiguo. San Ireneo y Clemente de Alejandría los conocen y los emplean: “el evangelio según Juan,... el evangelio según Lucas, en el evangelio según Lucas, en el evangelio según Mateo”. El canon de Muratori hace uso de ellos en su nomenclatura de los libros del Nuevo Testamento: “Tercer libro del evangelio según Lucas...”. Tertuliano saca de esto un argumento para demostrar el carácter completamente humano y la falsedad de evangelio compuesto por Marción: “Marción no atribuye ningún autor al evangelio que es suyo evidentemente; como si no le fuera posible poner un título a quien no pudo destruir el verdadero evangelio. Y yo podría ir más lejos no dando reconocimiento a una obra que no muestra ninguna garantía, que no se inicia con ningún encabezamiento, que no da ninguna seguridad sobre un título completo y la debida profesión del autor”. Esta última línea sobre todo está llena de fuerza.

Estos títulos empleados así a finales del segundo siglo se remontaban evidentemente a mucho antes; quizá, como se ha dicho, hasta los últimos años del primer siglo. Proporcionan pues una excelente prueba para demostrar la autenticidad de nuestros evangelios canónicos.

3º Su forma es verdaderamente notable.)Por qué no se ha

dicho, del modo acostumbrado: “Evangelio de San Mateo, Evangelio de San Marco”, etc., sino: “Evangelio según San Mateo, Evangelio según San Marcos”, etc.? Ya, según San Agustín, el maniqueo Fausto se apoyaba en este hecho para afirmar que los cuatro evangelios no habían sido compuestos por San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan, sino por autores desconocidos y sólo según la predicación o las notas de San Mateo, etc.

Muchos racionalistas contemporáneos han sacado la misma conclusión: “Las fórmulas “según Mateo, según Lucas, según Juan” no implican que, de acuerdo con la más antigua opinión, estos relatos hubieran sido escritos de principio a fin por Mateo, por Marcos, por Lucas, por Juan; significan sólo que eran las tradiciones procedentes de cada uno de estos apóstoles, y que respondían a su autoridad”. Pero esta prueba es tan débil que ha sido abandonada por aquellos mismos que la empleaban y por la mayor parte de los demás racionalistas.

No, “las fórmulas “según Mateo, según Marcos”, etc. no expresan la menor duda con relación a los autores tradicionales” de los evangelios. La siguiente frase de Eusebio de Cesarea bastaría por sí misma para indicar en qué sentido la antigüedad cristiana los entendía: “Mateo quien transmitió mediante la escritura su versión del evangelio”, “Mateo, que puso por escrito el evangelio según él mismo”. Los Setenta y varios Padres emplean un giro idéntico para marcar los autores de diferentes escritos. Por ejemplo, en el pasaje II Mach. 2, 13, leemos en el texto griego: “en los comentarios según Neemías”, y en la Vulgata: “En los comentarios de Neemías”. S. Epifano designa así el Génesis:

“El primer libro del Pentateuco según Moisés”, “el primer libro del Pentateuco de Moisés”. Otros Padres griegos emplean las expresiones: “El antiguo Testamento según los Setenta, el ... según Acila”, etc.

La preposición “kata” es incluso clásica en este sentido, como se ve en estas palabras de Diodoro de Sicilia: “Historia según Herodoto”, es decir “Historia de Herodoto”.

Pero vayamos más lejos y añadamos que, en lo que concierne a los Evangelios, esta fórmula es de gran delicadeza y que

conviene mucho más que lo que se denomina el *genitivus auctoris*, para expresar el papel de los cuatro evangelistas como escritores sagrados. Tal como se ha dicho anteriormente, no hay más que un solo Evangelio y una sola Buena Nueva, y es Dios o Jesucristo su verdadero autor: Evangelio de Dios (Rom. 1,1), Evangelio de Jesucristo (Marc. 1,1). San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan han contado y expuesto este Evangelio, pero no a la manera ordinaria de un escritor; no son autores de sus libros con el significado habitual de esta palabra.

Además puesto que fueron varios los que expusieron esta única Buena Nueva, era justo que se diferenciara así su redacción. “Aquel “kata” (según), no indica una doctrina u opinión distinta, sino sólomente distintos autores y un modo distinto de escribir”, dice con razón Maldonat.

Además el *genitivus auctoris*, aunque raro en la antigüedad, no es absolutamente desconocido; como testimonio este texto de los Cánones apostólicos, c. 85: “los cuatro evangelios de Mateo, de Marcos, de Lucas y de Juan”.

V. EL CONTENIDO DE LOS EVANGELIOS

I. S. Juan Crisóstomo tiene sobre este punto desarrollos oratorios llenos de interés. “Mateo dio por título a su obra con razón “Evangelio”. Pues quiso anunciar a todos el levantamiento del castigo, el perdón de los pecados, la santificación, la redención, la adopción, la heredad, la consanguinidad con el Hijo de Dios, mientras que los enemigos, los malvados quedaban en las tinieblas. ¿Qué podría igualarse a tan buena nueva? Dios en la tierra, el hombre en el cielo, en una mezcla de todo, los ángeles haciendo coros con los hombres, los hombres conversando con los ángeles y con otras potestades celestes; la prolongada guerra terminada; y un pacto firmado por Dios con nuestra naturaleza; el diablo avergonzado, los demonios puestos en fuga, la muerte vencida, el paraíso abierto, la maldición dejada sin efecto, el pecado quitado de en medio, el error rechazado, la verdad devuelta, la palabra de la bondad por todas partes diseminada y acrecentándose, el concepto de vida eterna sembrado en la tierra, los milagros

actuando familiarmente entre nosotros, los ángeles moviéndose con frecuencia en la tierra, gran esperanza de los bienes futuros. Por esta razón llamó a su historia “Evangelio”, porque todas las otras palabras son vacías, como las abundantes riquezas, la fuerza del poder, el principado, la gloria, los honores y todas las demás cosas que se consideran bienes entre los hombres; por el contrario las cosas que fueron prometidas a unos pescadores, con justicia y con razón deben llamarse Evangelios; no sólo porque son bienes firmes e inamovibles y sobrepasan nuestro merecimiento, sino también porque se nos dan con toda gratuidad. Y no las recibimos por nuestro trabajo o nuestro sudor o nuestros sufrimientos, sino por el amor de Dios hacia nosotros”.

Igualmente elocuentes los siguientes fragmentos del P. Lacordaire tratan más de cerca el asunto:

“Que os inicie en los misterios de la vida cristiana, que recorra con vosotros los senderos del Evangelio sin ocultaros nada; que os conduzca, como viajero atento y convencido..., desde el establo de Belén a la casita de Nazareth, desde la barca de los pescadores de Galilea al pozo de la samaritana, desde el desierto de S. Juan a la tumba de Lázaro, y que pendiente siempre de los labios del Salvador, lleve finalmente vuestra alma, de hito en hito y de luz en luz, a mirar la cruz y a llevarla”.

“El templo de Jerusalén renace... Ve venir al Hijo de Dios en los brazos de una Virgen, y desde sus pórticos hasta el santuario, se repite la palabra suprema del anciano Simeón: “Ahora, Señor, dejareis ir a vuestro servidor en paz..., porque mis ojos han visto vuestra salvación, la salvación que habéis preparado ante todos los pueblos...” Jesucristo ha venido. El evangelio sucede a la ley y los profetas, y la verdad, dando cumplimiento a la figura, resplandece sobre el pasado, al que explica después de haber recibido el testimonio. Todos los tiempos se encuentran en Cristo, y la historia cobra bajo sus pasos su eterna unidad. En adelante Él lo es todo... El Jordán lo recibe en sus aguas bajo la mano del Precursor que lo bautiza; las montañas lo ven escalar sus pendientes seguido de todo un pueblo, y oyen de su boca esta palabra que ningún otro había antes proferido: “Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran”. Los lagos prestan sus

bordes a sus discursos, y sus aguas a sus milagros. Humildes pescadores doblan sus redes al verlo, y lo siguen para convertirse bajo él pescadores de hombres. Los sabios le consultan en las sombras de la noche, las mujeres lo acompañan y le sirven a la luz del día. Toda desgracia viene a su encuentro, toda herida espera en él, y la muerte cede ante él, para devolver a sus madres a sus hijos ya llorados. Ama a S. Juan, al joven, y a Lázaro, el hombre maduro. Habla a la samaritana, y bendice al extranjero. Una pecadora embalsama su cabeza y besa sus pies, una adúltera encuentra la gracia ante él. Confunde la vana sabiduría de los doctores, y echa del templo a los que hacían un lugar de comercio del lugar de la oración. Se oculta de la multitud que quiere proclamarlo rey, y cuando entra en Jerusalén precedido de los Hosannas que lo saludan como hijo de David y Redentor del mundo, entra sobre una borriquilla cubierto con las ropas de sus discípulos. La sinagoga lo juzga, la realeza lo desprecia, Roma lo condena; muere sobre una cruz bendiciendo al mundo; y el centurión que lo ve morir entre los insultos de la muchedumbre y las blasfemias de los grandes, reconoce, golpeándose el pecho, que es el Hijo de Dios. Una tumba lo recibe de las manos de la muerte; pero al tercer día, esta tumba, custodiada por el odio, se abre por si misma y deja pasar triunfante al señor de la vida. Sus discípulos lo ven; sus manos lo tocan y lo adoran, sus bocas lo confiesan; reciben de él sus últimas instrucciones, y habiendose consumado para el hombre todo lo que debe ser visible, el Hijo de Dios y el hijo del hombre toma sobre una nube el camino del cielo, dejando a sus apóstoles la tarea de vencer al mundo”.

II. Pero hay que poner un límite a las palabras elocuentes, y exponer de una manera a la vez más simple y más científica el contenido de los Evangelios.

A este respecto podemos decir que el evangelio es una exposición resumida de la vida y de la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo, el divino fundador del cristianismo. Es casi la definición de S. Agustín: “Los evangelios narran el nacimiento, las obras, las palabras, la pasión de Nuestro Señor Jesucristo”.

1º Exposición resumida, e incluso en cierto sentido absolutamente resumida. Los evangelistas muestran muy claramente, más

aun declaran todos de manera expresa, que no han querido escribir una biografía propiamente dicha, es decir contar la vida completa de Jesús.

Lo muestran por medio de fórmulas generales que resumen categorías integras de hechos o de discursos: “Y Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia, ante Dios y los hombres”. “Después de esto vino Jesús y sus discípulos a la tierra de Judea, y vivía allí con ellos”. “Y volvió Jesús a Galilea;... y él mismo enseñaba en la sinagogas y era alabado por todos”. “Y dejando la ciudad de Nazareth, vino y vivió en Capharnaun junto al mar... Desde allí comenzó Jesús a predicar”. “Y predicaba en sus sinagogas y en toda Galilea, expulsando demonios”. “Y recorría Jesús todas las ciudades y pueblos, enseñando en sus sinagogas y predicando el evangelio del reino y curando todo mal y toda enfermedad”, etc..

Lo reconocen en términos expresos: “Muchos y otros signos hizo Jesús a la vista de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Pero hay otras muchas cosas que hizo Jesús; que si se escribieran una por una, creo que este mundo no podría contener los libros que habrían de escribirse”.

Por tanto se propusieron simplemente proporcionar a sus contemporáneos, cada uno de acuerdo con un plan especial que hemos tratado de determinar en las introducciones particulares a sus relatos, un extracto de la historia y de la enseñanza del HombreDios. Por ello los primeros escritores cristianos daban a los evangelios el nombre de “Memorias”.

No sólo cada Evangelio individualmente es incompleto; sino que cuando se unen bajo la forma de Armonía o Concordia, todos los elementos contenidos en la cuádruple narración, no se obtiene más que un resumen, un extracto de la vida del Salvador. ¿Qué sabemos nosotros de los treinta primeros años de Nuestro Señor Jesucristo? ¿Qué sabemos de los cuarenta días que transcurrieron entre la resurrección y la ascensión? ¿Qué sabemos de la vida pública del Mesías, aunque constituye en realidad el fondo de la historia evangélica? Sobre todos estos periodos no tenemos más que extractos.

Sin embargo debemos apresurarnos a decir que estos

extractos bastan y son suficientes para hacernos conocer a Jesucristo en la medida que importa para la obra de la redención. Poseemos lo esencial. Los cuatro retratos, con fisionomías distintas y sin embargo tan parecidas, nos revelan el Maestro tan plenamente como entraba en los designios de Dios. La selección de acciones de Jesús, de sus milagros, de sus discursos, ha sido hecha de tal manera, bajo inspiración divina, que un número incluso ilimitado de acciones, de milagros, de palabras análogas, no nos aportaría nada más para demostrar la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Por cierto ¿era posible realizar de una manera completa y adecuada la idea del Evangelio absoluto, es decir pintar al Hijo de Dios y sus misterios según toda su verdad y toda su belleza? No; y S. Juan en los pasajes citados antes nos dice con gran profundidad que el asunto es inagotable. “No hay narración que pudiera exponer total y completamente el Evangelio, la obra de la salvación; todo relato, sea cual sea, incluso el más perfecto no puede alcanzar más que una perfección relativa”.

2º Exposición resumida de la vida y la doctrina de Jesús.

Hay pues en los evangelios, por una parte los hechos y por otra las palabras. Los hechos consisten en las acciones del divino Maestro: misterios alegres, dolorosos y gloriosos; milagros de todo tipo; frecuentes viajes a través de toda Palestina y especialmente en Galilea; frecuentemente acciones de esplendor, no menos frecuentemente acciones marcadas por el sello de la simplicidad y de la humildad; la totalidad verdaderamente divina. Las palabras son a veces largos discursos, a veces reflexiones rápidas y familiares, a veces graciosas comparaciones.

A estos dos elementos los evangelistas añaden, pero con bastante poca frecuencia, algunas reflexiones personales, para hacer destacar la importancia y el interés. Por ejemplo: “Y vimos su gloria, gloria como de Unigenito del Padre... De su plenitud hemos recibido todos nosotros”. “Pero Jesús no se confiaba a ellos, porque los conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie diese testimonio del hombre, pues Él conocía lo que en el hombre había”, etc.

Los hechos y las palabras se entremezclan sin arte, aunque

de una forma muy natural, en general según un orden cronológico. S. Lucas y S. Juan son particularmente fieles en seguir este orden del tiempo; S. Mateo se toma bastantes libertades con la cronología en la primera parte de la vida pública de Nuestro Señor, a causa de su plan especial; S. Marcos se mantiene en medio entre estos dos métodos.

En cuanto a la selección de los materiales, independientemente de la inspiración, estuvo dirigida por la predicación apostólica, la proclamación, como decían los antiguos que había fijado desde pronto el método general o los rasgos particulares de la enseñanza cristiana. Muchos hechos nos enseñan que sirve de prototipo y de modelo a los evangelistas, especialmente a S. Mateo, a S. Marcos, y a S. Lucas; a S. Juan también en cierta medida.

Según los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas de S. Pablo la vida pública del Salvador, sus discursos, sus milagros, su pasión, su muerte, su resurrección, su ascensión formaban el tema principal de la predicación de los apóstoles. Ver Act. 1,24; 2, 32; 3,18; 4, 33; 5, 42; 8, 5; 9, 20; 10, 40; 11, 23; 13, 30, 34, 37; 17, 3,18; 19, 13; Rom. 5,9; I Cor. 1,13,23; 2,2; 15, 3, 12; II Cor. 1, 19; 4, 5; 11; 4; Phil. 1,15; Hebr. 13, 12; IPetr. 2,21; 3, 18; 4, 1, etc.

Los Padres hablan en términos aun más formales, cuando aseguran, como Papías, S. Ireneo, Clemente de Alejandría, que S. Marcos “nos ha transmitido por escrito cosas predicadas por Pedro”, y que S. Lucas “ha señalado en su libro el evangelio predicado por Pablo”. “No hemos conocido la posibilidad de salvación dice S. Ireneo por otros sino por aquellos por quienes el evangelio llegó hasta nosotros; pues lo que entonces predicaron, después por voluntad de Dios nos lo transmitieron en las Escrituras” (Cont. Herej. III, 1).

III. Para manifestar mejor el contenido de los evangelios vamos a hacer pasar bajo los ojos del lector en cierta manera y varias veces como un panorama grandioso resumiendo las armonías evangélicas, o las Vidas de Nuestro Señor Jesucristo, compuestas por los mejores autores contemporáneos. Obtendremos así estas visiones de conjunto que todo viajero serio gusta de conseguir cuando visita una ciudad o una región nueva.

El estudio de los detalles así preparado, se hace enseguida mucho más provechoso.

1º La división adoptada por M. Fouard agrada por su claridad y simplicidad:

Libro primero: la infancia de Jesús (el nacimiento del Precursor; la Encarnación; la Natividad; la Epifanía; Jesús en Nazareth).

Libro segundo: los comienzos del ministerio de Jesús (los tiempos y los lugares en los que Jesús ejerció su ministerio, la misión de Juan Bautista, la tentación, el testimonio de Juan Bautista y los primeros discípulos de Jesús, la bodas de Caná, Genesareth).

Libro tercero: primer año del ministerio de Jesús (la primera Pascua de la vida pública de Jesús, el último testimonio de Juan Bautista, la Samaritana; Jesús fuera de Nazareth; los primeros actos del ministerio de Jesús en Galilea).

Libro cuarto: Segundo año del ministerio de Jesús (la segunda Pascua de la vida pública de Jesús; los doce apóstoles, el sermón de la montaña; Cafarnaúm y Naim, las parábolas, milagros de Gergesa y de Cafarnaum, misión de los apóstoles, muerte del Precursor, el pan de la vida).

Libro quinto: tercer año del ministerio de Jesús (estancia de Jesús en Tiro y en la Decapolis, la confesión de S. Pedro, la Transfiguración, la fiesta de los tabernáculos, los setenta y dos discípulos, los fariseos de Perea, el aniversario de la Dedicación, estancia de Jesús en Perea, la resurrección de Lázaro, el último viaje de Jesús a Jerusalén, Jerico y Betania).

Libro sexto: La gran semana (el triunfo de Jesús, el último día del ministerio de Jesús, las últimas profecías, la Cena, los últimos discursos de Jesús).

Libro séptimo: La pasión y resurrección de Jesús (Jesús en el huerto de los olivos, el juicio de Jesús, Jesús en el pretorio y ante Herodes, la condena de Jesús, la crucifixión, muerte de Jesús, la tumba de Jesús, la Resurrección, los cuarenta días).

2º Señalaremos tan sólo las grandes líneas del más reciente de los trabajos de Bernhard Weiss, que ha tenido gran repercusión en Alemania.

Libro I: los orígenes.

Libro II: el tiempo de la preparación (desde el nacimiento de Jesús hasta el primer milagro de Caná).

Libro III: el tiempo de la sementera (desde la primera Pascua de la vida pública hasta la resurrección de la hija de Jairo).

Libro IV: el tiempo de las primeras luchas (desde la embajada del Precursor hasta la primera multiplicación de los panes).

Libro V: el tiempo de la crisis (desde la primera multiplicación de los panes hasta el momento en que Jesús abandonó definitivamente Galilea).

Libro VI: el tiempo pasado en Jerusalén (desde la fiesta de los Tabernáculos hasta el discurso sobre la ruina de Jerusalén y el fin del mundo).

Libro VII: el tiempo de la pasión (desde el Jueves santo hasta la Ascensión). Estas divisiones son bastante exactas, aunque apuntan poco al efecto.

3º Edersheim inicia su “Vida de Jesús” con un libro preliminar: la preparación al evangelio (estado político, religioso, etc. de los judíos y de Palestina antes del nacimiento de Cristo). Divide también la historia evangélica en otros cuatro libros, cuyas principales líneas son las siguientes:

Libro II: de la cueva de Belén al bautismo del Jordán.

Libro III: la subida, es decir desde el valle del Jordán a la montaña de la transfiguración (la tentación de Jesús, los testimonios de Juan Bautista, los primeros discípulos de Jesús, las bodas de Caná, la primera purificación del templo, Jesús y Nicodemo, Jesús en Judea, Jesús en el pozo de Sicar, la sinagoga de Nazareth, el primer ministerio de Jesús en Galilea, milagro de la piscina de Betesda, llamada definitiva de los primeros discípulos y pesca milagrosa, Cafarnaúm, vocación de S. Mateo, llamada de los doce apóstoles, el discurso sobre la montaña, curación del sirvo del centurión, el hijo de la viuda de Naim, la pecadora, blasfemias contra Jesús, las parabras, la tempestad calmada, los endemoniados de Gerasa, la hemorroisa y la hija de Jairo, misión de los Doce, el martirio de S. Juan Bautista, la primera multiplicación de los panes, Jesús el pan de la vida, la Cananea, controversias a propósito del sábado, segunda multiplicación de los

panes, viaje a Cesarea de Filipo, confesión de S. Pedro).

Libro IV: el descendimiento, es decir desde la montaña de la Transfiguración hasta el valle de la humillación y de la muerte (últimos incidentes en Galilea, el último viaje a Jerusalén, Marta y María, la fiesta de los Tabernáculos, estancia en Perea, la fiesta de la dedicación en Jerusalén, vuelta a Perea, resurrección de Lazaro, los ciegos de Jericó, Jesús en Betania).

Libro V: la cruz y la corona (Semana Santa, Pasión, Resurrección y Ascensión).

4º La “Vida de Nuestro Señor Jesucristo” de Le Camus comprende tres partes tituladas: Los comienzos de Jesús, la vida pública del Salvador, el fin del Mesías. He aquí las grandes subdivisiones:

Primera parte:

Libro primero: El Mesías aparece en Israel (el Precursor; el Mesías se manifiesta a Juan Bautista).

Libro segundo: Historia retrospectiva del Mesías (la genealogía de Jesús, la concepción de Jesús, nacimiento de Jesús en Belén, la circuncisión, la visita de los Magos, Purificación y Presentación, persecución y huida a Egipto, infancia en Nazareth, desde los doce a los treinta años).

Libro tercero: Preparación inmediata a la vida pública (la retirada al desierto, la tentación, Juan Bautista presenta el Mesías a Israel).

Segunda parte.

Libro primero: periodo de exploración general: Sección I:

Jesús se revela como Mesías (vocación de algunos discípulos, bodas de Caná, Jesús afirma su autoridad en el templo, entrevista con Nicodemo, Jesús en los campos de Judea, Jesús y la Samaritana). Sección II: Primeros resultados de esta revelación (fe naciente en Galilea, viva oposición en Jerusalén, prisión del Precursor y retirada de Jesús a Galilea).

Libro segundo: Periodo de creación en Galilea. Sección I: Jesús reúne los primeros elementos de su Iglesia (tentativa infructuosa en Nazareth, vocación definitiva de los cuatro; Jesús en Cafarnaum, visita a las ciudades vecinas, vuelta a Cafarnaum, Jesús abre las puertas de la Iglesia a los publicanos, la hemorroí-

sa y la hija de Jairo, tempestad sobre el lago y visita a la región de Gergesa, continuación de los milagros que llegan a preparar los primeros elementos de la Iglesia, visita a Nazareth y a Naim, los enviados de Juan Bautista, elección de los doce apóstoles). Sección II: Jesucristo instruye a su Iglesia (el sermón de la montaña, la pecadora en casa de Simón el fariseo, polémica con los fariseos, las parábolas a las orillas del lago, la misión de los Doce). Sección III: Jesús fortalece a su Iglesia (Herodes ha hecho matar a Juan Bautista, Jesús multiplica los panes y anda sobre las aguas, discurso del pan de la vida, los fariseos vuelven a tomar la ofensiva, Jesús se retira hacia la frontera fenicia, viaje a Cesarea de Filipo, la transfiguración, la última aparición en Cafarnaum, fin del ministerio en Galilea).

Libro tercero: Periodo de combate en Judea. Sección I: primera lucha en la fiesta de los Tabernáculos (Jesús abandona Galilea para aparecer en medio de sus enemigos, su aparición repentina en Jerusalén y sus discursos durante la fiesta, la mujer adúltera, el ciego de nacimiento, Cristo y su rebaño, en casa de Marta y María, varias lecciones de sabiduría). Sección II: nueva lucha en la fiesta de la Dedicación (Jesús en Jerusalén con ocasión de esta solemnidad, viaje a Perea, resurrección de Lázaro, retirada a Efrén, misión de los setenta y dos discípulos, diversas enseñanzas del Salvador). Sección III: último viaje a Jerusalén para la fiesta pascual (Jericó, estancia en Betania, entrada triunfal en Jerusalén, el lunes santo, martes santo, el gran discurso profético, el resultado final de las misiones de Jesús).

Tercera parte.

Libro primero: la muerte. Sección I: los preliminares del fin (Judas propone al sanedrín entregarle a Jesús, la última cena, discurso del adiós, la oración de Jesús). Sección II: el proceso del Mesías (la agonía en Getsemaní, el arresto de Jesús, el proceso religioso, el proceso civil). Sección III: la catástrofe (Jesús es ajusticiado, Jesús es sepultado).

Libro segundo: la vida (el día de la resurrección, la octava de la resurrección, aparición de Jesús a los bordes del lago Tiberiades, manifestación de Jesús a la Iglesia naciente)

Libro tercero: la gloria (la Ascensión).

Una ojeada sobre nuestra "Sinopsis evangelica" o sobre la armonía evangélica que termina este volumen, mostrará los puntos sobre los que estamos de acuerdo o en desacuerdo con los eruditos escritores. Sin entrar aquí en detalles, que, aunque muy interesantes, nos llevarían demasiado lejos, nos contentaremos con presentar nuestro propio plan general.

Como todo lo que pertenece al tiempo, la Vida de Nuestro Señor Jesucristo presenta tres fases distintas: el comienzo, la mitad y el fin. El comienzo es el nacimiento y la vida oculta del Salvador; la mitad es su vida pública; el fin es su pasión y su muerte. La vida oculta es la fase más dulce, pero la menos conocida; la vida pública forma el periodo más rico en acontecimientos y la que mejor nos enseña cómo comprender al divino Maestro; la pasión es la fase más emotiva.

O bien un drama sublime que se divide en tres actos: la infancia y la vida oculta, la vida pública y la Pasión; todo ello precedido de un prólogo celestial, y seguido de un epílogo no menos celestial.

El prólogo o preludio se compone de dos partes. 11 En la vida de Nuestro Señor Jesucristo hay lo que podríamos llamar los tiempos prehistóricos: corresponden a la existencia eterna del Verbo en el seno de su Padre (Joan. 1, 118). 21 De estos tiempos misteriosos, pasamos a la historia propiamente dicha. Pero Jesús no nos aparece todavía inmediatamente; sólo lo entrevemos de una manera mediata, ya sea en los testimonios anteriores de los profetas, que resume el del Precursor (Joan. 1, 68 etc.) ya sea en sus antepasados que nos hace conocer su genealogía (Matth. 1, 117; Luc. 3, 2338).

Primer acto: La infancia y la vida oculta del Salvador.- Aunque el más corto de los tres actos respecto a los hechos relatados, este acto es en realidad el más largo, si se considera su duración de treinta años. Nos presenta en ocho cuadros distintos, los ocho acontecimientos de la vida oculta de Jesús, de los que el Evangelio nos ha guardado el recuerdo. Primer cuadro que se desdobra: la anunciación de Zacarías, y la anunciación de la santísima Virgen. Segundo cuadro: la Visitación de María, seguida del nacimiento de Juan Bautista y de la revelación hecha a José sobre

el estado de su santa esposa. Tercer cuadro: la Navidad, el Niño Dios nace en Belén, los ángeles lo anuncian y los pastores vienen a adorarlo. Cuarto cuadro: la circuncisión al octavo día. Quinto cuadro: la purificación de María y la presentación de Jesús en el templo. Sexto cuadro: la visita de los Magos. Séptimo cuadro: la huida a Egipto por la persecución de Herodes el Magno. Octavo cuadro: la estancia en Nazareth cortada en dos partes por el viaje a Jerusalén que relata S. Lucas (2, 4052).

Segundo acto de la divina tragedia: la vida pública de Nuestro Señor Jesucristo. Según los cálculos que nos parecen más probables este acto abarca un periodo de algo más de tres años. Las cuatro provincias que componían entonces el estado judío sirven de escenario; pero sobre todo en Galilea y en Jerusalén Jesús desarrolla su divino ministerio. La multiplicidad de hechos, y sin embargo no mencionaremos más que los principales nos obliga a señalar algunos hitos para orientarnos: las grandes solemnidades judías, que condujeron paulatinamente al Salvador hacia Jerusalén, nos servirán para este fin perfectamente.

Primera sección: Después de la aparición del Precursor hasta la primera Pascua de la vida pública. Comienzos del ministerio de Juan Bautista, su predicación, sus testimonios; el bautismo de Jesús, su tentación en el desierto, los primeros discípulos; el primer milagro en las bodas de Caná.

Segunda sección: Entre la primera y segunda Pascua de la vida pública. Jesús en Jerusalén; los mercaderes echados del templo; conversación con Nicodemo; ministerio preliminar y preparatorio de Jesucristo en Judea; la conversación con la Samaritana; Juan Bautista encarcelado; comienzos del ministerio de Jesús en Galilea; echado de Nazareth, Nuestro Señor fija su morada en Cafarnaum; pesca milagrosa y vocación definitiva de los cuatro primeros discípulos; numerosos milagros en Cafarnaum; Jesús recorre Galilea predicando el reino de los cielos; vocación de Levi.

Tercera sección: Entre la segunda y tercera Pascua de la vida pública. Jesús cura a un enfermo en Jerusalén junto a la piscina de Betesda y muestra a los judíos su divinidad; vuelta a Galilea y conflicto con los fariseos a causa de muchos otros mila-

gros realizados el sábado; Jesús al borde del lago Tiberiades y rodeado de muchedumbres abundantes; elección de los apóstoles; sermón de la montaña; curación del siervo del centurión; resurrección del hijo de la viuda de Naim; la embajada del Precursor al Mesías; la pecadora en casa de Simón el fariseo; Jesús recorre de nuevo Galilea predicando; lucha abierta con los fariseos, que lo acusan de ser un instrumento de Satán; la parábolas del Reino de los Cielos; la tempestad calmada; Jesús en Gerasa; vuelta a la orilla occidental del lago; curación de la hemorroisa y resurrección de la hija de Jairo; el Mesías es también rechazado por los habitantes de Nazareth; recorre por tercera vez toda Galilea, enviando a los apóstoles delante de él; martirio de S. Juan Bautista; primera multiplicación de los panes; discurso solemne en Cafarnaúm y promesa de la Eucaristía, que determina una crisis entre los discípulos.

Cuarta sección: Desde la tercera Pascua de la vida pública del Mesías a la fiesta siguiente de los Tabernáculos. Controversia con los fariseos a propósito de las tradiciones; Jesús en los confines de Fenicia, y curación de la hija de la Cananea; gran viaje al norte de Galilea, y vuelta a los bordes del lago por la Decapolis; segunda multiplicación de los panes; los Saduceos unidos a los Fariseos contra Jesús; el ciego de Betsaida; la confesión de S. Pedro; misterio de la Transfiguración; viaje secreto a través de Galilea; partida hacia Jerusalén con ocasión de la fiesta de los Tabernáculos; misión de los setenta y dos discípulos; Jesús en casa de Marta y María.

Quinta sección: Desde la fiesta de los Tabernáculos a la de la Dedicación. Llegada repentina de Jesucristo a Jerusalén durante la fiesta; discurso en el que afirma su divinidad; episodio de la mujer adúltera; el buen Pastor; instrucciones y exhortaciones a los discípulos; parábola de la oveja perdida, de la moneda perdida, del hijo pródigo, del ahorrador infiel, del rico epulón; curación de los diez leprosos; primera estancia en Perea; los niños pequeños y el joven rico.

Sexta sección: Desde la dedicación hasta la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén. Estancia en Jerusalén durante la fiesta de la Dedicación; vuelta a Perea; resurrección de Lázaro;

estancia en Efrén; los ciegos de Jericó y Zaqueo; la unción de Betania.

Tercer acto: La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Es el desarrollo del glorioso drama en la capital judía. La duración es de una semana, desde el domingo hasta el sábado por la noche. Domingo de la semana santa: la entrada solemne de Jesús en Jerusalén. Lunes santo: la higuera seca; Jesús reina como amo en el templo, del que por segunda vez expulsa a los mercaderes. Martes santo: los enemigos del Salvador tratan de tenderle trampas y comprometerlo, fracaso total de sus intentos miserables; Jesús denuncia su hipocresía; discurso sobre la ruina de Jerusalén y el fin de los tiempos. El miércoles santo fue pasado sin duda en Betania, en el retiro; no conocemos los detalles. El jueves santo introduce los grandes acontecimientos del final, y nos muestra sucesivamente: Jesús ocupándose de los preparativos de la Pascua; Jesús en el cenáculo, comiendo el cordero pascual con sus discípulos, instituyendo la Eucaristía y el sacerdocio, dirigiendo a los suyos sus últimas recomendaciones;

Jesús en Getsemaní, en su triple lucha y su triple victoria, traicionado por Judas y arrestado en nombre del Sanedrín; Jesús ante Anás y Caifás, juzgado, condenado, maltratado y negado por S. Pedro. El viernes santo concluye la obra comenzada en la tarde del jueves: Jesús ante Pilatos (peripecias dolorosas: desesperación del traidor, acusaciones lanzadas contra Jesús por el pueblo y por sus jefes espirituales, el interrogatorio ante el tribunal de Pilatos, Jesús ante Herodes, nuevo interrogatorio en el Pretorio, la flagelación, la coronación de espinas, la sentencia definitiva); Jesús en el Gólgota (el via crucis, la crucifixión, las siete palabras de Jesús moribundo, la agonía, el último suspiro), Jesús en la tumba (la quiebra de los huesos, el descendimiento de la cruz y la sepultura). El sábado santo es un día misterioso, sobre el cual los evangelistas guardan silencio; la santa alma del Hombre Dios baja a los limbos, su cuerpo permanece en la tumba.

Epílogo o conclusión. Dos grandes misterios, la Resurrección y la Ascensión. La Resurrección nos es contada bajo la forma de las apariciones hechas por el divino resucitado a sus discípulos, durante los cuarenta días que pasó sobre la tierra

todavía antes de subir al cielo: apariciones en Judea (a María Magdalena, a las santas mujeres, a los dos discípulos de Emaús, a los apóstoles reunidos en el cenáculo, de nuevo en el cenáculo ocho días más tarde); apariciones en Galilea (ante algunos apóstoles al borde del lago Tiberiades, ante una muchedumbre considerable de discípulos reunidos sobre una montaña). La Ascensión nos devuelve a Jerusalén; es una última aparición de Jesús resucitado, seguido de su retorno al cielo.

VI. RELACIONES DE LOS CUATRO EVANGELISTAS ENTRE ELLOS. SUS SIMILITUDES Y SUS DIFERENCIAS. LAS RAZONES DE ESTAS SIMILITUDES Y DIVERGENCIAS.

Cuestión delicada, espinosa, que extrañamente ha ocupado a los exégetas y críticos contemporáneos, y sobre la que se ha formado una literatura que se ha tratado justamente como inconmensurable: Haría falta un pequeño volumen sólo para exponer la historia abreviada de los sistemas que se han formado poco a poco sobre este punto.

Debemos apresurarnos a decir que esta cuestión, que trata en el fondo sobre la composición de los evangelios, está lejos de tener para nosotros los católicos la misma importancia que para los protestantes y especialmente para los racionalistas. Nosotros creemos en la autenticidad y la inspiración de los santos evangelios; han sido compuestos por inspiración divina por los apóstoles y los discípulos a los que la tradición los atribuye: esto es lo esencial. En cuanto a la manera en que cada uno de ellos será tomado, humanamente hablando, para reunir y procurarse los materiales, es algo muy accesorio.

Sin embargo no sería posible descuidar un punto sobre el que se discute en torno a nosotros con tanto ardor, tanto más cuanto que las relaciones que se han debido establecer entre los cuatro evangelios a propósito de esta discusión, nos abren sobre ellos nuevos horizontes, interesantes. Por tanto no temeremos abordar algunos detalles, si bien con la concisión necesaria para nuestro objetivo.

I. ESTADO DE LA CUESTION

Constatemos en primer lugar un doble hecho, y establezcamos al mismo tiempo una división general que simplificará mucho el examen al que vamos a dedicarnos.

Primer hecho. Así como hemos tratado de demostrarlo en cada página de nuestros comentarios, y también en nuestras introducciones especiales colocadas a comienzo de cada evangelio, es cierto que las cuatro biografías de Nuestro Señor Jesucristo tienen cada una sus particularidades, su carácter distinto. Un autor inglés contemporáneo nos ha parecido que señala muy bien estos diferentes matices, en una página que nos permitiremos citar íntegramente.

1º Con relación a los rasgos y caracteres exteriores, estamos quizá en condiciones de decir: a) que el punto de vista del primer evangelio es sobre todo israelita; el del segundo gentil; el del tercero universal; el del cuarto cristiano; b) que el aspecto general (y por así decirlo la fisionomía) del primero es sobre todo oriental; el del segundo romano; el del tercero griego; el del cuarto espiritual; c) que el estilo del primero es pomposo y rítmico; el del segundo elegante y preciso; el del tercero tranquilo y abundante; el del cuarto sin arte y familiar; d) que el carácter más destacado del primero es la simetría; el del segundo la compresión; el del tercero el orden; el del cuarto el sistema; e) que el pensamiento y el lenguaje son hebreos en el primero, helenistas en el tercero; mientras que en el segundo el pensamiento es a menudo occidental, aunque el lenguaje sea hebreo, y en el cuarto el lenguaje es helenista y el pensamiento hebreo.

2º Con relación al tema y el contenido, podemos decir quizá: a) que en el primer evangelio tenemos narración; en el segundo memorias; en el tercero historia; en el cuarto retratos dramáticos; b) que el primero presenta generalmente los hechos en relación a su cumplimiento; el segundo en su detalle; el tercero en su conexión; el cuarto en su relación con las enseñanzas espirituales que de él emanan; c) que así como en el primero encontramos la mayor parte de las veces señaladas impresiones, en el segundo son los hechos; en el tercero los motivos, en el cuar-

to las palabras; d) finalmente que la narración del primero es a menudo colectiva y frecuentemente antitética; la del segundo gráfica y circunstancial; la del tercero didáctica y reflexiva; la del cuarto selecta y suplementaria.

3º Podemos concluir diciendo que en lo relativo al retrato de Nuestro Señor, el primer evangelio nos presenta sobre todo a Jesús como Mesías; el segundo sobre todo como Dioshombre; el tercero como Redentor; el cuarto como Hijo único de Dios". Segundo hecho. Aunque en realidad las cuatro narraciones evangélicas se ocupan de una sola y única biografía, y poseen muchos materiales comunes, sin embargo en cierto sentido, pueden reducirse a dos relatos: un primer relato formado por la combinación de los evangelios según S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas; y un segundo relato que nos proporciona el evangelio según S. Juan.

Hay pues, por así decirlo, dos grupos, dos tipos de evangelios, que tienen sus divergencias muy acentuadas. 1ª A parte de la Pasión, S. Mateo, S. Marcos, S. Lucas no cuentan casi nada del ministerio de Nuestro Señor Jesucristo en Jerusalén; casi siempre, su divino héroe actúa y predica en Galilea, en Perea. Según S. Juan por el contrario Jesús vive y actúa sobre todo en Judea y en Jerusalén; el discípulo predilecto apenas señala dos episodios del ministerio galileo del Salvador, y sólo tiene una palabra sobre su estancia en Perea. 2ª En los tres primeros evangelios las acciones y las palabras de Jesús revisten un carácter más simple y en cierto modo más popular, de acuerdo con el medio en el que se ejercía entonces la actividad mesiánica. El cuarto evangelio tiene una forma más elevada, más espiritual, porque nos muestra sobre todo al Mesías entre las clases dirigentes de la sociedad judía. San Mateo, San Marcos y San Lucas son más bien historiadores; San Juan es más bien teólogo.

Para manifestar mejor las sorprendentes semejanzas que existen entre los tres primeros evangelios, se tuvo hacia el final del s. XVIII la feliz idea de imprimirlos unos al lado de otros en columnas paralelas, formando una Sinopsis: de ahí el epíteto de sinópticos para designarlos en bloque.

Sin embargo, al lado de su notable armonía, de la que no

se encuentra ejemplo en la historia de la literatura, los evangelios Sinópticos presentan divergencias de conjunto y de detalle que despiertan no menos nuestra admiración.

Así, para tratar en todos sus aspectos el problema cuyo estudio hemos abordado, convendrá tratar sucesivamente: 11 las relaciones mutuas de los Sinópticos, 21 las relaciones del cuarto evangelio con los tres primeros. Respecto a los Sinópticos, hablaremos primero de sus semejanzas, después de sus divergencias, y finalmente de los sistemas por los que se ha tratado de explicar estas relaciones de semejanza y de diferencia.

II. RELACIONES MUTUAS DE LOS EVANGELIOS SINOPTICOS.

I. Relaciones de semejanza. No hay necesidad de grandes investigaciones para darse cuenta que reina entre los evangelios según San Mateo, según San Marcos y según San Lucas un verdadero “parentesco fraternal”, como se ha dicho justamente. Sorprenden verdaderamente al lector por su gran armonía que un cierto número de divergencias no hacen más que poner en relieve.

Sus coincidencias conciernen a la vez al fondo y a la forma:

1º Semejanzas en el fondo o en el tema tratado; ya lo hemos insinuado anteriormente; los Sinópticos tienen en general el mismo fondo histórico y dogmático, y exponen la misma serie de hechos y de discursos; un número considerable de materiales les es común. La predicación de San Juan Bautista, el bautismo y la tentación de Jesucristo, el ministerio del Salvador en Galilea durante varios años, su viaje a Jerusalén para la última Pascua, su pasión, su muerte y su resurrección: he ahí el sumario abreviado de su triple narración. Este punto es tan evidente que resulta totalmente inútil insistir en él.

“Nuestro Señor cura a una multitud innumerable de enfermos; pero los tres Sinópticos eligen siempre los mismos casos de curación para contarlos más plenamente. Al igual, las palabras de Jesús fueron muy numerosas; pero nuestros tres evangelistas están de acuerdo para escoger los mismos discursos”.

2º Las semejanzas desde el punto de vista de la forma comportarían desarrollos bastante largos. Nos limitaremos a algunos rasgos elegidos entre los más destacados.

Estas semejanzas se extienden no sólo a la disposición general de los materiales; es decir, al plan de cada evangelista considerado en su conjunto, a la combinación de hechos y de discursos; no sólo a la disposición particular, detallada, de cada uno de estos hechos o de estos discursos, sino también a la propia dicción, y en consecuencia, a las expresiones, a los giros, a las transiciones, a las frases enteras, que han sido forjadas en un molde idéntico.

Cada una de estas afirmaciones da lugar a comparaciones muy interesantes.

A. Coincidencia en la disposición general de los materiales. Estos materiales, que hemos dicho que son en gran parte los mismos para los Sinópticos, están además combinados y organizados de acuerdo con un único plan en cada uno de los tres evangelios.

Tomemos primero una serie de hechos. Comparad en un Sinóptico los pasajes siguientes: Matth. 3, 14, 12; Marc. 1, 114; Luc. 3, 14, 14, que cuentan la predicación de San Juan Bautista, el bautismo y la tentación de nuestro Señor Jesucristo y su llegada a Galilea para inaugurar allí su ministerio. ¿No se desarrolla todo según el mismo orden general?

Relacionando estos otros pasajes, Matth. 8, 23 9, 26; Marc. 4, 35 5, 43, Luc. 8, 22 56, igualmente relativos a estos hechos, constatamos el mismo fenómeno. Los tres evangelistas exponen en un orden semejante los diversos incidentes de un viaje que Jesús realiza sobre el lago Tiberiades y los alrededores: la tempestad calmada, la curación de los endemoniados de Gerasa, la curación de un paralítico en Cafarnaúm, la curación de la hemorroisa y la resurrección de la hija de Jairo.

Tomemos también una o dos series de palabras pronunciadas por Nuestro Señor y asistiremos también a la reproducción del hecho señalado. Por ejemplo la respuesta de Jesús a la blasfemia de los fariseos: Matth. 12, 2245; Marc. 3, 20 30; Luc. 11, 14 21; o bien en la jornada del martes santo las réplicas enérgi-

cas y victoriosas del Salvador a todos sus enemigos: Matth. 21, 23 22, 46; Marc. 11, 27 12, 37; Luc. 20 1 44. Hay por una parte y por otra, e incluso en diversos lugares análogos, una sucesión idéntica de razonamientos, en ocasiones idénticas.

B. La coincidencia no es menor para la disposición detallada de las circunstancias particulares de hechos considerados aisladamente. Sucede muy frecuentemente que los tres relatos se armonizan de manera muy íntima, muy minuciosa, para incidentes muy pequeños. Aquí debemos citar los mismos textos, a fin de hacer esta semejanza completamente evidente.

He aquí en primer lugar la curación de la suegra de S. Pedro en Cafarnaúm:

Matth. 8, 14 15: “Y viniendo Jesús a casa de Pedro vio a la suegra de éste postrada en cama con fiebre. Le tomó la mano y la fiebre la dejó y ella levantándose se puso a servirle”.

Marc. 1, 29 31: “Luego saliendo de la sinagoga, vinieron a casa de Simón y de Andrés, con Santiago y Juan. La suegra de Simón estaba acostada con fiebre e inmediatamente se lo dijeron. El acercándose la tomó de la mano y la levantó. La fiebre la dejó y ella se puso a servirles”.

Luc. 4, 38 39: “Saliendo de la sinagoga entró en casa de Simón. La suegra de Simón estaba con una gran calentura, y le rogaron por ella. Acercándose mandó a la fiebre, y la fiebre la dejó. Al instante se levantó y les servía”.

Un poco más adelante Jesús está a la mesa en casa de Mateo, recientemente unido a él, y los discípulos del Precursor le plantean esta cuestión insidiosa:

Matth. 9, 14 15; Marc. 2, 18 20; Luc. 5, 33 35.

Podríamos hacer pasar de la misma manera una parte considerable de los evangelios sinópticos a los ojos del lector.

Pueden compararse con ayuda de una Sinopsis estos otros pasajes interesantes: Matth. 8, 1 y ss.; Marc. 1, 40 y ss. ; Luc. 5, 12 y ss. Matth. 9, 7 y ss. ; Marc. 2, 1 y ss. ; Luc. 5, 17 y ss. Matth. 9, 9 y ss.; Marc. 2, 13 y ss. ; Luc. 5, 27 y ss. Matth. 16, 15 y ss.; Marc. 6, 36 y ss.; Luc. 9, 12 y ss. Los relatos de la pasión se prestan a menudo también a comparaciones de este tipo.

C. Coincidencia en las mismas expresiones o semejanzas

verbales. Sucede en efecto y el caso no es raro que los sinópticos exponen una acción, una palabra de Nuestro Señor o de otros personajes, absolutamente en los mismos términos o al menos casi en los mismos términos.

Esta vez tomamos como primer ejemplo la curación del para-lítico en Cafarnaúm (Matth. 9, 5-6; Marc. 2, 9-10; Luc. 5, 23-24).

Otro ejemplo sacado del relato de la curación de un leproso al comienzo del ministerio de Jesús en Galilea (Matth. 8, 2-3; Marc. 1, 40-41; Luc. 5, 12-13).

Y también Matth. 21, 23 ss.; Marc. 11, 28 ss.; Luc. 20, 2 ss.

A veces se ha observado que estas coincidencias verbales tienen lugar en circunstancias demasiado extraordinarias para que se las pueda atribuir simplemente al azar. Así en el triple relato de la curación del paralítico hemos encontrado la forma rara e irregular "afeontai" (son perdonados), y además el paréntesis bastante extraño: "dice al paralítico". En los pasajes Matth. 19, 23; Marc. 10, 23; Luc. 18, 24 los Sinópticos emplean los tres el adverbio "difícilmente" que no aparecía en otra parte en el Nuevo Testamento. Igual en locuciones poco comunes: "los compañeros del novio" (Matth. 9, 15; Marc. 2, 19; Luc. 5, 34), "gustarán la muerte" (Matth. 16, 28; Marc. 9, 1; Luc. 9, 27).

O también, los Sinópticos en ciertas citas del Antiguo Testamento abandonan todos a la vez el hebreo o la traducción de los Setenta para adoptar una redacción nueva e idéntica (Matth. 3, 3; Marc. 1, 3; Luc. 3, 4).

La cita siguiente de Zacarías, 13, 7 no responde tampoco ni completamente al hebreo ni completamente a la versión de los Setenta (Matth. 26, 31; Marc. 14, 27).

La verdadera traducción del hebreo sería: "Llama al pastor y que las ovejas se dispersen".

Las semejanzas verbales no siempre tienen lugar entre los tres Sinópticos sino que de vez en cuando afectan sólo a dos de ellos, revistiendo una forma independiente la tercera redacción. Por ejemplo: Matth. 8, 3; Marc. 1, 42; Luc. 5, 13.

¿No creeríamos ver en S. Marcos una combinación de las

dos últimas frases de S. Mateo y de S. Lucas? Lo más frecuente en este tipo de casos es que exista coincidencia entre S. Mateo y S. Marcos. Por lo demás las semejanzas verbales no son nunca muy largas; cesan después de algunos versículos.

En resumen, “estos tres libros ofrecen una semejanza sorprendente entre ellos, no sólo en cuanto a los materiales de los que se componen, sino también en lo que respecta al método de la redacción, la sucesión de hechos, e incluso las formas del lenguaje, sobre las que se puede constatar a menudo una identidad absoluta de la fraseología”.

Concluyamos con esta simple reflexión: ¿escritores totalmente independientes los unos de los otros podrían presentar coincidencias tan considerables?

II. Relaciones de diferencia entre los Sinópticos. “Al lado de esta semejanza, estos mismos libros ofrecen también caracteres totalmente opuestos. La diversidad en ellos es a veces aun más notable: el orden de las materias se encuentra intercambiado, los elementos están desplazados y combinados de otro modo, la expresión varía, el color cambia, numerosas omisiones y adiciones hacen a un relato o a otro más completo en cuanto al fondo, más circunstancial en los detalles, y no es raro encontrar divergencias tales que rozan la contradicción”.

Vamos a retomar nuestra división anterior y demostrar de nuevo con estos ejemplos la exactitud de todas estas afirmaciones.

1º Semejanzas desde el punto de vista del fondo o el tema tratado. Cada uno de los Sinópticos introduce en su narración fragmentos más o menos considerables, a veces episodios completos que no se encuentran en los otros dos evangelistas. S. Marcos pasa enteramente bajo el silencio la infancia y la vida oculta del Salvador; S. Mateo y S. Lucas, que la cuentan, no exponen generalmente los mismos hechos. Buscaríamos igualmente en vano en el segundo evangelio el sermón de la montaña. S. Lucas es el único en contar en detalle el viaje que el Salvador hizo desde Galilea a Jerusalén con ocasión de la última Pascua de su vida mortal. Por otra parte S. Mateo, 14, 22 16, 12, y S. Marcos 6, 45 8, 26 tienen una serie de incidentes galileos que faltan por completo en el tercer evangelio. S. Marcos a pesar de su

brevedad acostumbrada tiene dos milagros y dos parábolas que le son propias. S. Mateo omite completamente el relato de la Ascensión.

Y no señalamos más que los grandes episodios. ¿Qué diríamos si quisieramos señalar los pequeños detalles particulares de cada sinóptico? Pero los hemos señalado fielmente en nuestros comentarios página por página; y los encontraremos allí sin dificultad.

A veces las diferencias de fondo son tan considerables que llegaríamos a mirarlas como contradicciones propiamente dichas. Es el caso de la doble genealogía de Jesús según S. Mateo, 1, 1 17, y según S. Lucas, 3, 23 38; en los endemoniados de Gerasa (Matth. 8, 28; Marc. 5, 1 2; Luc. 8, 27); en los ciegos de Jericó (Matth. 20, 30; Marc. 10, 46; Luc. 18, 35); en la petición de la madre de los apóstoles Santiago y S. Juan (Matth. 20, 20 28; Marc. 10, 35 45) y en muchos otros rasgos análogos. En realidad los adversarios del cristianismo en todas las edades no han dejado de manifestar la antilogía en estas diferentes ocasiones; y se han compuesto obras especiales para refutarlos: sobre todo Eusebio de Cesarea y S. Agustín desde los primeros siglos.

2º Divergencias con respecto a la forma. Las reuniremos en tres capítulos, como las semejanzas de la misma especie, y veremos en cada uno de estos capítulos particularidades sorprendentes.

A. Nada más variado en primer lugar y más personal que la agrupación general de hechos por cada uno de los sinópticos. Así mientras que S. Mateo relata de un solo golpe el sermón de la montaña y las parábolas del Reino de los Cielos, S. Lucas divide este doble asunto en varios fragmentos, que relaciona con distintas circunstancias. Se reconoce que S. Mateo combina y organiza en diversos lugares los acontecimientos según un orden sistemático; S. Marcos y S. Lucas siguen más el orden cronológico: de ahí naturalmente las trasposiciones múltiples para el conjunto de la narración.

Wetzel en su reciente volumen sobre los evangelios sinópticos expresa este hecho de una manera tan simple como ingeniosa. Cinco páginas a tres columnas en forma de cuadros. Cada

columna está subdividida en pequeños cuadriláteros, que contienen el título de un acontecimiento de la vida de Jesús. La primera columna pertenece a S. Mateo y va desde Matth. 4, 18 a Matth. 21, 27; la segunda lleva el nombre de S. Marcos y se extiende desde Marc. 1, 16 a Marc. 16, 7; la tercera dedicada a S. Lucas va desde Luc. 4, 16 a Luc. 24, 9. La segunda columna está tomada como centro de comparación y sus cuadriláteros están numerados del 1 al 83; los cuadriláteros de las dos otras columnas llevan cifras que remiten a los números correspondientes de S. Marcos. Ahora ¿queremos algunos ejemplos? La cifra 1 de la primera y de la segunda columna está frente al 24 de la tercera; el cuadrilátero 161 del primer evangelio tiene por vecinos los cuadrados 4 de S. Marcos y de S. Lucas. En la columna de S. Mateo leo 59; 7 en la de S. Marcos, 6 en la de S. Lucas. Más adelante veo: 18, 10, 9; 27, 47, 50; 34, 53, 57; 40, 59, 69; 48, 68, 76; 57, 77, 83. etc. Ciertamente esto no demuestra un orden completamente idéntico para la marcha general.

B. Hay también variantes notables en la disposición particular de los hechos o de las palabras. Aun cuando un episodio se compone de los mismos elementos, éstos cambian a menudo de lugar en una u otra narración; o bien alguno de los sinópticos suprimirá, añadirá un rasgo, como para modificar el incidente.

La vigorosa respuesta de Jesús a la acusación blasfema de los Fariseos es muy instructiva a este respecto. En realidad tenemos un relato común e idéntico en los tres volúmenes; y sin embargo ¡qué numerosas diferencias en cada Evangelio para los detalles y para su desarrollo! S. Marcos es el único en dar a conocer la ocasión general: “Vinieron a la casa y la muchedumbre se reunió allí de nuevo, hasta el punto que no podían ni siquiera comer”. Pero se omite marcar a continuación la ocasión particular de la blasfemia: “Entonces presentaron a Jesús a un hombre ciego y mudo, poseído por el demonio, y lo curó, de modo que hablaba y veía. Y todo el pueblo estupefacto decía: ¿No es éste el hijo de David?”. Las tres narraciones coinciden a continuación para señalar el ultraje: “Este no expulsa a los demonios sino por Belzebub, príncipe de los demonios”; pero se separan casi inmediatamente al insertar S. Lucas inmediatamente un pequeño rasgo

enteramente omitido por S. Marcos y presentado más adelante por S. Mateo: “Otros para tentarlo le pedían un signo del cielo”. (Cuántas divergencias ya! Y no estamos más que al comienzo del relato. Jesús comienza su argumentación; pero sus razonamientos no son absolutamente los mismos y no se siguen en el mismo orden en las diferentes redacciones. Observad sobre todo la extraordinaria trasposición en lo que concierne al espíritu inmundo echado de su casa y volviendo a ella con nuevo poder.

Habría otros cien rasgos análogos que señalar. Uno de los más impresionante nos lo proporcionarían los relatos de la negación de S. Pedro, donde encontramos tantas divergencias asociadas a una grandísima coincidencia.

Se podrían establecer igualmente con fruto comparaciones entre los sinópticos para incidentes relativos a la Pasión y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

C. Las divergencias de dicción o divergencias verbales impresionan nuestro espíritu y nuestra mirada aún más fácilmente que las que se refieren a los materiales y su organización.

Remitamonos a los textos transcritos anteriormente. Tenían sin embargo por objeto establecer relaciones de íntima semejanza entre los evangelios sinópticos; pero marcan no menos las diferencias de fondo y sobre todo de forma. Podemos por lo demás añadir algunos pasajes nuevos y característicos.

1º Puesta en escena a propósito de una exhortación a la humildad dirigida a los apóstoles por Jesucristo (Matth. 18, 2 3; Marc. 9, 36; Luc. 9, 47 48).

Este pasaje está entre los que presentan una verdadera coincidencia verbal; y sin embargo en seis pequeñas líneas no hay más que una sola palabra absolutamente idéntica en las tres narraciones.

2º Variantes por el empleo de sinónimos.

3º Variantes por el empleo de diversos tiempos.

4º Variantes en el empleo de preposiciones.

5º Variantes también por medio de glosas cortas, que uno u otro sinóptico añade a una misma palabra o a un mismo detalle.

Estas divergencias tienen a veces lugar en circunstancias particulares, donde podríamos esperar una identidad total de las

expresiones, sobre todo en las palabras mediante las cuales Jesús instituyó la divina Eucaristía (Matth. 26, 26-29; Marc. 14, 22-25; Luc. 22, 15-20) y en aquellas que formaban el título colocado en lo alto de la cruz (Matth. 27, 37; Marc. 15, 26; Luc. 23, 38).

Y repitamos de nuevo que nuestros ejemplos no representan ni la centésima parte de los que podrían ser alegados. Pero es fácil para cada uno multiplicarlos por medio de una sinópsis griega o con ayuda de obras especiales que han sido compuestas sobre este tema.

III. Algunas cifras para marcar los grados de semejanza y de diferencia entre los sinópticos. Los críticos que con anterioridad han entrado en el análisis del problema que estudiamos, han resumido en cifras bastante elocuentes los resultados de sus eruditas y minuciosas investigaciones. Los cálculos divergen tan poco, porque no siempre se han tomado exactamente las mismas bases de operación; al menos todos dan una idea bastante clara de los hechos que nos hemos propuesto poner de relieve más vivamente por medio de ellos.

1º Según Stroud si se representa por cien el conjunto de los materiales evangélicos, obtenemos el cuadro siguiente:

S. Mateo	42 particularidades y 58 semejanzas
S. Marcos.....	7 particularidades y 93 semejanzas
S. Lucas.....	59 particularidades y 41 semejanzas

Es decir que S. Mateo tiene 42 pasajes que le son propios; S. Marcos sólo 7; S. Lucas 59; mientras que S. Mateo coincide con los otros dos sinópticos en 58 lugares; S. Marcos en 93; y S. Lucas en 41. Además los pasajes comunes a los tres evangelistas son 53; los pasajes comunes a S. Mateo y a S. Marcos 20; S. Mateo y S. Lucas tienen 21 fragmentos paralelos; S. Marcos y S. Lucas sólo 6.

Otras cifras según otra base. Se dividen los evangelios reunidos al modo de los evangeliarios de la Edad Media en 150 pequeños párrafos y encontramos:

- 14 párrafos propios de S. Mateo
- 2 párrafos propios de S. Marcos
- 37 párrafos propios de S. Lucas
- 65 párrafos comunes a los tres evangelistas
- 15 párrafos comunes a S. Mateo y a S. Marcos
- 12 párrafos comunes a S. Mateo y S. Lucas
- 5 párrafos comunes a S. Marcos y a S. Lucas

Dividiendo en 124 secciones los relatos combinados de los sinópticos Reuss ha llegado por su parte a los siguientes resultados:

secciones propias de S. Mateo.....	17
secciones propias de S. Marcos.....	2
secciones propias de S. Lucas.....	38
secciones comunes a los tres sinópticos.....	47
secciones comunes a S. Mateo y S. Marcos.....	12
secciones comunes a S. Mateo y S. Lucas.....	2
secciones comunes a S. Marcos y S. Lucas.....	6

Y “en suma, de las 124 secciones S. Mateo tiene 78, S. Marcos 67, S. Lucas 93”.

El mismo autor hace la evaluación de una manera aun más exacta, dividiendo no por secciones más o menos extensas sino de acuerdo con los versículos tal como los contienen desde siempre nuestras Biblias. Ahora bien el texto de S. Mateo contiene 330 versículos que no se encuentran en ninguna otra parte; el de S. Marcos 68; el de S. Lucas 541; los dos primeros evangelistas tienen de 170 a 180 versículos que faltan en el tercero; S. Mateo y S. Lucas tienen de 230 a 240 que faltan en S. Marcos; S. Marcos y S. Lucas aproximadamente 50 que faltan en S. Mateo. La suma de versículos comunes a los tres narradores no es más que de 330 a 370. “Estas cifras, añade Reuss, son en parte aproximadas, porque los versículos en el segundo evangelio son generalmente más cortos, lo que impide una evaluación matemáticamente exacta”.

En resumen, podemos decir que las dos terceras partes aproximadamente de los detalles son comunes a los sinópticos,

mientras que el otro tercio no aparece más que en una u otra de las narraciones. S. Mateo posee absolutamente como propia la sexta parte de su evangelio; S. Lucas aproximadamente la cuarta parte del suyo.

2º Las cifras que preceden se aplicaban sobre todo al fondo, a los materiales. Se han establecido otras además para determinar más específicamente la parte de las coincidencias verbales.

Tomemos de nuevo la primera de las divisiones precedentes, la de Stroud. De las 58 centésimas que S. Mateo tiene en común con los otros dos sinópticos, sólo 16 presentan semejanzas de forma así como de fondo; las 93 centésimas de S. Marcos se reducen igualmente a 16; las 41 de S. Lucas bajan hasta 10.

Estas coincidencias verbales tienen lugar sobre todo, imaginamos, cuando los escritores sagrados citan las palabras de Nuestro Señor o de algún otro personaje o los textos sacados de Antiguo Testamento. Se ha calculado que forman algo menos de la sexta parte del primer evangelio; sobre esta cantidad hay $\frac{7}{8}$ para las palabras, $\frac{1}{8}$ para el relato. En S. Marcos la suma total es de $\frac{1}{6}$ y sobre esto $\frac{1}{5}$ sólo para el relato.

Basten estos distintos rasgos. Por lo demás no faltan obras en las que los calculadores podrán beber las fuentes de nuevos cálculos.

IV. Sistemas a los que se ha recurrido para explicar este doble fenómeno de las semejanzas y las divergencias entre los sinópticos. Tal es pues el problema, problema enteramente único en la historia de la literatura, porque no podríamos citar nada semejante entre los escritores antiguos y modernos, es decir una mezcla tan sorprendente de variedad y de armonía, de diferencias y de coincidencias.

Es esencial insistir en estos dos elementos que lo componen, sin lo cual no sería resuelto más que de modo imperfecto. Las semejanzas, si no estuvieran asociadas a tan grandes divergencias, no ofrecerían ninguna dificultad; se explicarían diciendo, como en efecto se ha dicho, que los tres primeros evangelistas se copiaron los unos de los otros, o que han bebido de una fuente común. Por otro lado, sin su asociación, con tales coincidencias

de fondo y de forma, las divergencias probarían que los Sinópticos, al contar sustancialmente la misma vida, han sido completamente independientes los unos de los otros. Estas semejanzas y estas diferencias combinadas entre ellas constituyen el problema al que buscamos en este momento la solución.

En la Antigüedad este problema inquietó poco a los Padres y los Doctores. Ellos se esforzaban por establecer el acuerdo entre los evangelistas allí donde percibían contradicciones aparentes, tal como se ha dicho antes: esto les bastaba. La génesis misma y el origen de los evangelios no presentaban para ellos ningún interés especial. Por una parte estos libros venían de Dios; por otra habían sido escritos realmente por autores a los que una tradición constante los atribuían: ¿qué más les faltaba a hombres y a tiempos de fe?

Más tarde los partidarios rígidos de la inspiración verbal zanjaron el nudo gordiano al modo de Alejandro, diciendo que Dios mismo había dictado palabra por palabra a los evangelistas lo que debían escribir. Pero hoy día se rechaza con razón esta teoría arbitraria que es refutada por los propios escritores sagrados.

Las tentativas que han tenido lugar desde los últimos años del siglo XVIII, y sobre todo en nuestros días para explicar la dificultad propuesta son tan numerosas que es mucho más fácil agruparlas en categorías que enumerarlas todas. Las hay por cierto tan originales e incluso tan absurdas que “discutirlas largamente sería esfuerzo perdido”. Por lo demás continúan multiplicándose continuamente.

Se diría siguiendo la agudísima observación de Kaulen que cada nuevo estudioso que se adentra en el terreno de la crítica evangélica “busca por así decirlo ganar sus estímulos inventando una nueva teoría”. También frecuentemente es el reino de la “arbitrariedad y de la extravagancia”. Los propios racionalistas se ríen de ello: Stauss por ejemplo según el cual estas teorías no muestran más que una cosa, “la inseguridad y la extrema debilidad de la crítica”; Keim igualmente, que las llama “hipótesis estériles, sin fundamento sólido”.

Y sin embargo ¡con qué dureza, casi diríamos con qué

arrogancia, se exponen estas combinaciones imposibles! “Parece que sus autores repiten por su cuenta la palabra del fabulista: yo estaba allí, tal cosa me sucedió”.

De cualquier modo que se considere el asunto, una solución absolutamente segura es imposible; pero no podemos lanzarnos al estudio de esta delicada cuestión con alguna esperanza de zanjarla convenientemente más que bajo la condición muy expresa de no abandonar el terreno de la historia. Sin una base histórica no hay lugar más que para la confusión y la arbitrariedad.

Los sistemas que nos han parecido merecer una mención se agrupan en dos bloques según supongan que los sinópticos se han copiado los unos a los otros, o bien que han recurrido a una fuente común. Esta fuente pudiendo ser escrita u oral, de ahí resultan tres hipótesis principales. También se ha formado una cuarta, llamada hipótesis de combinación, porque combina de diferentes maneras los elementos propios a los otros tres.

1. Primer sistema. consiste en su conjunto en decir que nuestros tres evangelistas han hecho un uso recíproco de sus composiciones, al menos según el orden de su aparición histórica; incluso se habrían literalmente copiado, cuando la semejanza es completa entre ellos. El primero de los sinópticos habrá pues escrito su narración de un modo independiente; el segundo se habrá servido de esta narración para componer la suya; el tercero habrá utilizado las otras dos.

Esta teoría es evidentemente la más simple y la que se presenta a la mente en primer lugar cuando se estudia el problema propuesto. También ha tenido y conserva todavía numerosos partidarios. Pero cuando se trata de precisar en detalle, se descompone en seis hipótesis distintas, situando cada uno de los sinópticos a su vez, desde el punto de vista cronológico, en primer lugar, en segundo o en tercero.

1º S. Mateo, apareciendo en primer lugar ha servido de modelo a S. Marcos; S. Lucas los ha tenido a uno y otro a la vista para escribir su redacción. Tal es la opinión de un número bastante grande de exégetas católicos contemporáneos, sobre todo Hug, Danko, Reithmayer, Schanz, Patrizi, Cleridge y Valroger y Bacuez; así como diversos críticos protestantes.

2º S. Lucas vendría inmediatamente después de S. Mateo, de quien aprovecha su narración; S. Marcos apareciendo el último de los tres, utilizó los dos primeros relatos. Es la opinión de varios exégetas católicos de Alemania, en particular, Maier, Langen y Grimm. Su principal partidario entre los protestantes fue el célebre Griesbach a quien no han faltado apoyos.

3º S. Marcos es el más antiguo de los tres sinópticos; S. Mateo primero, S. Lucas después lo han imitado y desarrollado. Esta opinión ha sido y es todavía célebre entre los seis que forman el primer grupo; tiene su nombre a parte, la “hipótesis de Marco” y numerosos partidarios. Sin embargo ningún escritor católico, que sepamos se ha adherido a ella porque es muy opuesta a la tradición eclesiástica que afirma claramente que el evangelio según S. Mateo fue el primero en el tiempo.

El segundo evangelio es el más corto de todos; omite los discursos para ocuparse sólo de los hechos; aunque muy breve y rápido, contiene sin embargo la mayor parte de los materiales que nos han conservado S. Mateo y S. Lucas: estos son los principales materiales que han favorecido “la hipótesis de Marco” en los círculos protestantes y racionalistas.

4º S. Marcos, siempre el primero, sirve de base a S. Lucas; S. Mateo apoya su relato en los de éstos.

5º S. Lucas tiene la prioridad, S. Mateo lo imita y lo reproduce en parte; S. Marcos los utiliza a ambos.

6º S. Lucas aparece de nuevo el primero, es abreviado por S. Marcos; S. Mateo, llegado en tercer lugar combina sus dos narraciones. Pero esto no es todo para este primer grupo de teorías. También se han añadido suposiciones accesorias sobre estas hipótesis principales. Así según Düret, S. Marcos habría aprovechado el evangelio arameo de S. Mateo; el traductor griego de este evangelio se sirvió a continuación de la obra de S. Marcos; S. Lucas hizo una compilación basada en sus dos predecesores. O bien S. Marcos copia más o menos abreviándolos los relatos de S. Mateo y de S. Lucas; pero éstos habían sido completamente independientes el uno del otro. etc. Además hay otras complicaciones: un “ProtoMateo” compuesto casi únicamente de discursos, y sirviendo de base a nuestro S. Marcos actual; estas

dos fuentes han servido para formar el primer evangelio tal como lo poseemos hoy; S. Lucas finalmente ha refundido el ProtoMateo y S. Marcos. O también un ProtoMarcos sirviendo él mismo para combinaciones de diversos tipos, etc.

2. Segundo sistema. Los sinópticos han bebido cada uno a su vez de un “evangelio primitivo”, compuesto por un autor desconocido, pieza que circuló muy pronto en las filas de los primeros cristianos, pero que no tardó en desaparecer. Se comprende según eso que existan semejanzas muy impresionantes de fondo y de forma entre los tres primeros evangelios, puesto que han bebido más o menos de esta fuente e incluso a veces la han copiado íntegramente. Se explican no menos sus divergencias: tienen lugar cuando abandonan su modelo común para beber de otros documentos, o cuando el modelo ha sido modificado, alterado.

Tal es el segundo sistema, reducido a su más simple expresión. Pero se complica a su vez de una manera prodigiosa, cuando seguimos los diversos desarrollos que ha recibido. Asistimos a fusiones extrañas, a remodelaciones que no tienen fin.

1º Según Eichhorn, el Protoevangelio, escrito en siríaco, lengua hablada entonces en Palestina, habría circulado bajo cuatro formas o redacciones distintas: S. Mateo ha aprovechado la primera (A), S. Lucas la segunda (B); S. Marcos utilizó la tercera (C), que era una combinación de las dos precedentes (A + B); la cuarta (D) sirvió con la primera, a S. Mateo y a S. Lucas.

2º El obispo anglicano Marsh no se contenta con estos cinco documentos primitivos (el texto y sus cuatro copias alteradas); pretende que hay seis, a saber:

- 1) el original arameo del evangelio fuente;
- 2) su traducción en griego;
- 3) una copia del primero, pero alterada y recogiendo nuevos pasajes;
- 4) otra copia del primero, con otras alteraciones y otras adiciones;
- 5) una tercera copia refundida del primero;
- 6) una colección de discursos, parábolas y otras palabras de Jesús, compiladas sin orden cronológico.

Presentado esto así, reconstruye nuestros tres sinópticos como sigue: el evangelio hebreo de S. Mateo está formado por 1,6,3 y 5; el evangelio según S. Marcos tiene como bases: 1,3,4 y 2; el evangelio según S. Lucas: 1,6,4,5 y 2; finalmente el evangelio griego de S. Mateo es una traducción de su evangelio hebreo, con las adiciones tomadas de 2 y de los libros de S. Marcos y de S. Lucas.

3º Como si Eichhorn hubiera envidiado tal riqueza, no tardó en modificar su sistema, añadiendo a las cuatro copias del Protoevangelio sus traducciones en griego, y muchas otras combinaciones que elevaron a doce el número de los documentos necesarios.

4º Gratz buscó, un poco más tarde, el simplificar esta génesis como demasiado complicada de los sinópticos, y se contentó con tres documentos: el Protoevangelio sirio-caldeo, su traducción griega, y algunos fragmentos evangélicos muy cortos.

5º En lugar de este evangelio primitivo, único a pesar de sus remodelaciones, Ewald, Wittichen, etc., han admitido varias fuentes escritas, que, dicen agudamente, se habrían superpuesto en nuestros evangelios como las capas de un terreno de aluvión.

Según Ewald, habría habido: a) un evangelio primitivo, escrito en griego y que contaba los principales rasgos de la vida de Nuestro Señor; b) una colección de los discursos de Jesús, compuesta en hebreo por S. Mateo; c) el evangelio actual de S. Marcos, redactado con ayuda de este evangelio primitivo, o bien de esta conexión de discursos; d) un libro que contenía los hechos más relevantes de la vida de Jesucristo, tales como la tentación, etc.; e) el evangelio actual de S. Mateo; f, g, h) otros tres escritos que recogían otros diversos relatos; i) finalmente, el evangelio actual de S. Lucas, que sería el resultado de los ocho documentos que preceden, fundidos conjuntamente, o la novena transformación del evangelio primitivo.

Según Wittichen, tres documentos principales más o menos remodelados, bastan para explicarlo todo: A sirvió de base primero a S. Marcos; B a S. Mateo y a S. Lucas; C a S. Juan. Algún tiempo antes de la ruina de Jerusalén, un compilador palestino formó un ProtoMateo por medio de la fuente A refundida, y

de B. Más tarde, después de la ruina de Jerusalén, y fuera de Palestina otro compilador trabajó de nuevo el documento A, lo combinó con B, y formó el Proto Lucas, después de haber añadido diversos elementos sacados de otras partes. Más tarde aún, en Palestina nueva recensión del ProtoMateo; y en Roma refundición análoga del ProtoLucas, para producir el DeuteroMateo y el DeuteroLucas, que, por la inserción de relatos relativos a la infancia de Jesús y algunos otros episodios se convirtieron poco a poco en nuestros evangelios actuales según S. Mateo y según S. Lucas. Finalmente nuestro S. Marcos canónico es una mezcla de A y del DeuteroMateo.

Renan es también de parecida opinión, que desarrolla a su manera pintoresca, menos pesada que el género difícil alemán: “Había, antes de la redacción del primer evangelio, paquetes de discursos y de parábolas, donde las palabras de Jesús estaban clasificadas según razones puramente exteriores. El autor del primer evangelio encontró estos paquetes ya hechos y los insertó en el texto de Marcos, que le sirvió de tela, entrelazados sin romper el hilo ligero que los ataba.

3. Tercer sistema. Se ha intentado finalmente explicar las relaciones de armonía y de divergencia que hemos señalado entre los evangelios sinópticos, por la existencia de una tradición oral, que se habría formado muy pronto sobre la historia de Nuestro Señor Jesucristo, pero que no habría sido absolutamente la misma en todas partes, al presentar por el contrario aquí y allá variantes más o menos acentuadas. Nuestros tres evangelistas aprovecharon esta tradición para la composición de sus relatos: éstos se asemejan siempre que su fuente oral era idéntica en todas partes; difieren los unos de los otros cuando había sufrido modificaciones o cuando no se limitaban a seguirlas servilmente.

Tal es el enunciado general de esta tercera hipótesis que ha gozado siempre del mayor favor entre los exégetas católicos, y que ha sido también adoptada por muchos críticos protestantes. Convendrá añadir algunos detalles, que permitirán comprender mejor nuestra breve exposición.

“Los apóstoles de Cristo, dice el historiador Eusebio, purificados en su vida y adornados de todas las virtudes en su

alma, pero rudos e incultos en su lenguaje, han anunciado el reino de Dios al mundo entero, con la única ayuda del poder de Jesucristo, por el que han realizado tantos milagros. No estaban preocupados por escribir libros, al estar revestidos de un ministerio mucho mayor y sobrehumano” (Hist. Ecl. III, 24).

Esta predicación o “proclamación” como la denomina S. Pablo, se ejerció inmediatamente después de Pentecostés, según la orden del propio Salvador, y extendió poco a poco el evangelio en todo el mundo romano.

Era ante todo histórica. Lo hemos dicho anteriormente, sus principales elementos consistían en las acciones, las palabras, los sufrimientos, la muerte y la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Constante y frecuente debió en seguida adoptar una forma detenida, para el conjunto de los hechos a exponer y para los detalles secundarios, e incluso hasta cierto punto para las expresiones y la dicción. En efecto, cuando un mismo hombre, predicador, orador civil, profesor, cicerone, tiene que hablar a menudo de las mismas cosas, no tarda en hacerlo de acuerdo con un ritmo uniforme y reproduciendo sus primeras exposiciones. ¿Quién no ha sido testigo veinte veces de este fenómeno?

Los apóstoles tenían por cierto un gran interés en fijar al menos en grandes líneas la materia y la forma de la predicación evangélica para inculcarla mejor a los misioneros secundarios que enviaban en todas las direcciones. Decimos: “al menos en grandes líneas”, porque Gieseler y otros que le siguen han exagerado mucho pretendiendo que “la tradición primitiva había sido fijada por la autoridad y que se había convertido en el catecismo obligatorio de los misioneros del texto apostólico”.

Así se formó primero el sirio-caldeo para los judíos de Palestina, después en griego para los judíos llamados helenísticos; después también en griego pero con remodelaciones para los paganos, una tradición oral bastante fija. Los “muchos” de los que habla S. Lucas en su prólogo la fijaron aún más, cuando consignaron por escrito diferentes porciones; los evangelistas canónicos hicieron el resto.

V. Examen de los sistemas. Recordemos primero el principio mencionado más arriba: no podemos lanzarnos al estudio de

esta delicada cuestión con alguna esperanza de zanjarla convenientemente más que con la condición expresa de no abandonar el terreno de la historia.

1. El primer sistema tiene precisamente en contra de él:

1º La falta de una base histórica seria. Sin embargo se ha intentado, con gran despliegue de erudición, encontrarle partidarios entre los Padres y en la Edad Media mucho tiempo antes de que estuviera de moda ocuparse ex profeso de las relaciones mutuas de los sinópticos. Así se han alegado diversos pasajes de Victor de Antioquía¹, de S. Epifano², de Orígenes³, y más particularmente las siguientes líneas de S. Agustín: “Marcos, siguiéndole a él (a Mateo), parece como un seguidor y compilador suyo. Puesto que no tiene nada en común sólo con Juan; él mismo tiene muy pocas cosas originales, en común con Lucas aún menos; en cambio con Mateo muchísimas; y muchas casi tantas y con las mismas palabras en consonancia con él solo o con los demás. Y aunque cada uno de ellos parece mantener su propio orden de la narración, sin embargo hallamos que cada uno de ellos quiso escribir sin ignorar al que le precedía o que no pasó por alto cosas desconocidas o que se encuentra que el otro escribió, sino que según a cada uno le fue inspirado, añadió una cooperación no superflua de su trabajo”⁴.

Pero ¿no se ha forzado, más de lo conveniente, el sentido de todos estos textos? Es lo que creemos con Cornely⁵, de quien citaremos integramente su breve pero enérgica refutación: “La mayoría de estos textos patrísticos no dicen ninguna otra cosa sino que un evangelista escribió más brevemente o más ampliamente que otro; pocos demuestran a partir de la opinión de ciertos Padres más jóvenes que los evangelistas posteriores habían conocido las obras de los primeros. pero téngase en cuenta:

a) aquellos Padres más jóvenes presentan esta opinión no como algo transmitido, sino que lo deducen del carácter de los evangelios.

b) los autores del sistema que impugnamos establecen algo por completo diverso, al decir que las obras de los primeros evangelistas fueron las fuentes para los siguientes, cosa que ninguno de los Padres insinuó.

c) Ciertamente los Padres más antiguos niegan no sólo el uso mutuo, sino también el conocimiento de los evangelios precedentes. Cuánto distan de esto los más jóvenes de manera que dicen que los evangelistas emplearon las obras de los predecesores como fuentes, nos lo muestra claramente entre otros San Juan Crisóstomo que frecuentemente enseña que las aparentes contradicciones entre los evangelios han sido permitidas para que nadie pensara que han sido escritos con un acuerdo humano y para que todos vieran que la consonancia de ellos tiene su origen en el Espíritu Santo”.

2º Este sistema no sólo no se apoya sobre la tradición histórica sino que varias de las teorías subsidiarias que la componen en su conjunto están directa y abiertamente enfrentadas con esta tradición⁶, ya que hacen aparecer los tres sinópticos en un orden cronológico contradicho por ella⁷.

3º Nada más subjetivo, partiendo de más arbitrario, que los detalles de este sistema. ¿Cómo no sería así, cuando uno se esfuerza por ejemplo en demostrar por medio de una serie de afirmaciones del tipo de la siguiente: “Una gran cantidad de fenómenos tienden a demostrar que el primer evangelista ha transcrito el ProtoMarco de memoria, mientras que el segundo más bien lo habría copiado”⁸

4º También, lo hemos visto, los partidarios de este sistema no pueden ponerse de acuerdo entre ellos; se refutan en ello mismo recíprocamente. “Keim ve claramente que la finalidad de S. Marcos ha sido reunir los otros dos evangelios en el suyo, poniéndose, en la primera parte de su relato, bajo la guía de S. Lucas; en la segunda, bajo la de S. Mateo. Reuss y Reville ven con no menor claridad que S. Marcos es verdaderamente el más original de los tres sinópticos. Sin embargo, según Hilgenfeld, el segundo evangelio no depende más que del primero y es completamente dependiente del segundo”⁹. ¿Qué conclusión sacar de este “caos de opiniones”¹⁰, sino que el propio método es el que falla? “Los críticos más eminentes, una vez abandonados a una apreciación totalmente individual, sin ser guiados por ninguna tradición, sacan las conclusiones más diversas sobre los mismos textos... De ello resulta que la ciencia no posee ningún criterio cierto para operar distinciones tan delicadas; incluso estamos seguros de que

nunca lo poseerá y que en este camino no hay límite a la arbitrariedad de la crítica”¹¹.

5º Este sistema puede hasta cierto punto explicar la armonía a menudo muy notable de los sinópticos; pero tiene la dificultad de no explicar sus divergencias ni tampoco el método propio de cada uno. “)De dónde viene que la semejanza sea intermitente y esto no sólo en el mismo relato, sino en el mismo párrafo o en la misma frase? ¿Copiaría S. Lucas servilmente a S. Mateo durante un cuarto de línea; y después se desentendería de él en el siguiente cuarto? Pero es un juego, si el sentido es el mismo; es aún peor si el cambio modifica el sentido... He ahí pues a nuestro autor sacando tres palabras de un documento, dos de otro..., y esto en cada frase de principio a fin de su escrito!)Quién puede admitir la idea de un ensamblaje parecido?...No, semejante obra de marquetería no llegó a ser jamás esta narración constante, simple y limpia que admiramos en nuestro evangelio”. Esta es ciertamente una dificultad irremontable¹².

6º Además este sistema es contrario al género de composición que existía en la época apostólica, especialmente entre los judíos; supone hábitos literarios mucho más parecidos a los nuestros que a los de aquella época lejana. Hoy en día citamos de buen grado, hacemos ensamblajes de textos más antiguos, etc. prácticas desconocidas entonces.

7º Finalmente ¿el método prestado así a los escritores sagrados es digno de ellos? Sin duda no tiene en absoluto nada contrario al dogma de la inspiración; sin embargo una amalgama semejante, una libertad tal con las palabras y las acciones del Salvador serían chocantes e irrespetuosas: esto “nos haría creer que los evangelistas no han tenido cada uno respecto al otro la elevada idea de exactitud y de veracidad que les suponemos”. Parecerían en efecto que se contradicen mutuamente.

En suma el primer sistema es “completamente inverosímil y es sorprendente que se haya empleado en él tanto tiempo y ciencia”¹⁴. ¿Y quién no se encargaría en veinticuatro horas de hacer aparecer un nuevo evangelio según este procedimiento?

2. Rechazaremos el segundo sistema, por motivos muy semejantes a los que nos han movido a atacar el primero.

1º También está desprovisto de toda base histórica. Y sin embargo, si hubiera existido en otro tiempo un Protoevangelio escrito, su importancia ciertamente le habría impedido desaparecer; se habría conservado al lado de los evangelios secundarios a quienes se supone que ha servido de fuente¹⁵. (Los evangelios apócrifos bien que nos han llegado! No se concibe la pérdida de tal documento que, según dicen, circulaba de mano en mano entre los primeros cristianos; ahora bien no sólo el original arameo ha desaparecido, sino que todas las traducciones griegas que se supone que se hicieron de él también se han perdido. Este evangelio-fuente y todas las demás piezas análogas supuestas por Ewald, etc., son pues quimeras.

Se ha intentado, es cierto, descubrir en la antigüedad trazas del Proto evangelio, y se ha alegado en favor de su existencia varios pasajes que se remontan a los primeros siglos de la era cristiana. Por ejemplo esta línea de Celso, citada por Orígenes¹⁶: "Los cristianos adaptan el evangelio a partir de su primera versión". O estas palabras de S. Epifano: "Los tres primeros evangelios han bebido de la misma fuente". Sobre todo la frase célebre de Papías: "S. Mateo ha escrito en hebreo las "palabras" del Señor y cada uno las ha interpretado según era capaz". Pero la "primera versión" de Celso, la "fuente" de S. Epifano, las "palabras" de Papías no tienen nada en común con el Proto evangelio escrito: Celso designa simplemente nuestros evangelios canónicos;

S. Epifano quiere decir que los evangelistas han sido inspirados por el mismo Espíritu de Dios; las "palabras" de Papías no difieren del evangelio según S. Mateo, tal como lo leemos hoy. En consecuencia, falsa suposición.

2º Si el primer sistema era arbitrario ¿qué decir de éste? En su solo enunciado se ve que es en su conjunto y en sus detalles una obra de pura imaginación. Multiplica las suposiciones del modo más gratuito, creando expresamente nuevos documentos según las necesidades de la causa y sin otros motivos que estas mismas necesidades. Wallon flagela este procedimiento como lo merece: "Con la ayuda de estas maquinaciones, se llega a hacer funcionar bastante convenientemente el evangelio primitivo. Pero ¿a dónde va a parar el sentido común? Esto nos recuerda el tiempo en el que los

astrónomos hacían girar el cielo alrededor de la tierra. El sol, las estrellas, encerradas en su esfera respectiva, giraban sin dar a los sabios demasiado problema; ¡pero los planetas, los que encierran a la tierra en su órbita y los que, encerrados en la órbita de la tierra, piden, para presentar las mismas apariencias, una combinación de movimientos mucho más complicados! Los sabios sin embargo no se habían desanimado por ello; y a fuerza de buscar habían encontrado un sistema de rotación tan hábilmente dispuesto, que se daba razón de todo. Pero esto en el fondo era absurdo”.

3º Nada más incompatible también con la simplicidad de los escritores de estos tiempos y sobre todo con la originalidad de cada uno de nuestros evangelistas con respecto a las ideas y al estilo. Y además un fenómeno extraño, “de una misma fuente, un literato griego, como S. Lucas, saca sus arameismos; un judío, como S. Mateo, saca su griego a menudo muy puro, y S. Marcos sus expresiones latinas helenizadas”.

4º Y de nuevo el lado teológico de la cuestión. “Tomemos por ejemplo la oración dominical (en los relatos de S. Mateo y de S. Lucas). No es menos imposible imaginar un texto común, de donde los dos evangelistas hubieran sacado el estilo de este formulario que cada uno nos ha transmitido, que hacer derivar una de estas recensiones de la otra, a menos de atribuir a uno o a otro, con relación a una solemnísima palabra del Maestro una inconcebible libertad”. ¿Qué confianza merecerían nuestros sinópticos, si se hubieran limitado a hacer de un extremo a otro de sus escritos una amalgama de este género?

De donde se sigue que la segunda teoría “posee casi todos los defectos que se le pueden reprochar a una hipótesis de este tipo” y que “no se legitima ni en hecho ni en derecho”. Davidson la juzga brevemente, pero enérgicamente, cuando la acusa de ser “torpe, trabajosa e inadecuada”.

3. Crítica del tercer sistema; así como nos parece difícil explicar por medio de las dos hipótesis precedentes el problema exegético cuya solución buscamos, igualmente la tradición oral nos parece zanzar la dificultad en todos los sentidos. Esta teoría en efecto aúna ventajas muy preciadas y evita por otra parte los inconvenientes señalados.

1º Es muy conforme, lo hemos visto en su simple exposición, a la historia de la fundación del cristianismo, tal como nos la representan el libro de los Hechos y las Epístolas apostólicas.

Leed, comparando ambos, el discurso de S. Pedro en Cesarea y el discurso de S. Pablo en Antioquía: es, en una parte y en la otra, el mismo método, un resumen de la vida de Nuestro Señor Jesucristo para demostrar que es Cristo, Hijo de Dios; y este método es el que volvemos a encontrar agrandado y desarrollado, en los relatos evangélicos. ¿No dice S. Lucas en términos propios, desde las primeras líneas de su narración, que él se ha apoyado muy especialmente en la tradición oral? Observad en particular las palabras “tal como nos los transmitieron quienes desde un principio fueron testigos y servidores de la palabra” y “de las palabras acerca de las cuales fuiste catequizado” tan expresivas en el texto griego, ya que mencionan directamente lo que se llamaba la “paradosé”, la “catequesis” o la tradición oral que se remontaba hasta los testigos oculares, los apóstoles.

2º Los primeros escritores eclesiásticos, cuando señalan las fuentes inmediatas de las que bebieron los evangelistas, no dejan de remitirnos, a su vez, a la tradición apostólica. Afirman con una voz unánime que la catequesis de S. Pedro sirvió de base a S. Marcos para la composición de su evangelio. “No omitir nada de lo que había oído, no admitir nada que no hubiera conocido por la boca de Pedro”, ésta era su regla, según Papías. De ahí el título de “intérprete de Pedro” que S. Marcos llevó desde muy pronto; de ahí el nombre de “Memorias de Pedro”, aplicado por S. Justino a su composición. Igualmente para S. Lucas, para quien S. Pablo fue el iluminador y cuyo evangelio no es otro que el del apóstol de los pueblos. ¿No es ésta, en verdad, una gran fuerza para el sistema del evangelio oral, que sirvió de fuente a los primeros evangelios escritos? Nosotros no argumentamos, después de un razonamiento a priori, sino que “estamos en presencia de un hecho positivo”, tal como justamente se ha dicho.

3º Además este sistema está perfectamente de acuerdo con las costumbres literarias de los pueblos antiguos en general, y particularmente de los judíos.

¿Quién no conoce este hecho, contado por Dionisio de

Halicarnaso, a propósito de los trovadores que llevaban por todas partes la poesías de Homero, mucho antes de que fueran escritas? “Distribuían, dice, sus relatos por naciones y por ciudades, sin reproducirlos siempre en el mismo orden, sino teniendo siempre a la vista el único y común objetivo de hacer conocer todos estos recuerdos en la medida en que se habían conservado, sin añadir nada y sin perder nada”. En cuanto a los Judíos era entre ellos un principio riguroso, según el cual el Talmud entero fue compuesto, que cuando se citan las palabras de un maestro, y este tipo de palabras forma el fondo de los evangelios, hay que citarlas siempre literalmente. “Las palabras del maestro debían ser recitadas sin ningún cambio, tal como habían sido pronunciadas por él, para que no se formara una opinión diferente”. Hoy día no querríamos ceñirnos absolutamente a este método, porque se desea la variedad y la originalidad; pero entonces su misma monotonía agradaba a los oyentes sin contar que facilitaba singularmente la tarea de los predicadores.

4º Las actas y discursos que formaban el fondo de esta tradición oral y forman todavía el fondo de nuestros Evangelios, son simples, evidentes, relativamente poco numerosas; en consecuencia fáciles de retener. S. Ireneo cuenta que S. Policarpo había guardado el recuerdo detallado de todo lo que los apóstoles le habían enseñado. “Las cosas que les había escuchado sobre el Señor y todas las cosas sobre los milagros y sobre su doctrina las había referido fielmente de acuerdo con las Escrituras tal como las había recibido de aquellos que habían visto la vida del Verbo”. Encontramos un dato semejante en las “Recognitiones Apostolicæ”, donde se presta este lenguaje al príncipe de los apóstoles:

“Tuve la costumbre de traer al recuerdo las palabras de mi Señor (Jesucristo) que yo había oído de él mismo y me impuse el traerlas a mi espíritu y a mis pensamientos por la nostalgia de ellas mismas, para poder retenerlas de memoria recogiénolas y enlazándolas todas ellas atentamente”.

5º Finalmente esta teoría es la que explica mejor, sin violencia de ningún tipo, las dos facetas del problema, es decir, al mismo tiempo las semejanzas y divergencias que existen entre los

tres primeros evangelistas. “Al beber todos de una misma fuente, se asemejan; pero al ser oral la fuente, y menos precisa que un escrito, más de una vez pueden variar”. Armonía en la selección de materiales, en su disposición general y particular, coincidencias verbales, todo esto se concibe muy naturalmente; pero se comprenden también las diferencias “al no ser en todas partes absolutamente la misma la catequesis, sin hablar de la individualidad de los escritores.

La tradición oral fue pues, con toda verosimilitud, el origen primitivo de los evangelios sinópticos. Sin embargo no abrazamos este sistema de una manera exclusiva. Dándole la principal parte, no podríamos excluir en cierta medida el empleo de documentos escritos. S. Lucas parece afirmar que ha recurrido a fuentes de este género para componer su narración. “Puesto que muchos han intentado componer un relato de los acontecimientos cumplidos entre nosotros”. Por lo demás era difícil exponer ciertos detalles, como las genealogías, sin tener a la vista documentos en cierta medida oficiales. Quizá también S. Lucas, que va en último lugar, habrá hecho uso, pero muy moderado de las obras de sus predecesores; igual que S. Marcos pudo tener en sus manos el evangelio según S. Mateo.

III. LAS RELACIONES DEL CUARTO EVANGELIO CON LOS TRES PRIMEROS.

Aquí el problema cambia de forma y la cuestión es mucho menos complicada; porque a decir verdad el cuarto evangelio es el único de su especie, y no se parece a ninguno de los tres primeros.

“Es imposible, dice Westcott, pasar de los evangelios sinópticos al de S. Juan, sin percibir que ésta transición implica el paso de un mundo del pensamiento a otro mundo. Para hacer desaparecer el contraste que existe, en la forma y en el espíritu, entre las primeras narraciones y la última, no basta ni estar familiarizado con la enseñanza general de los evangelios, ni poseer un amplio conocimiento del carácter del Salvador. El reconocimiento pleno y completo de este contraste es la primera condición requerida para comprender la armonía esencial de los relatos”.

Ya y en diversas ocasiones nosotros mismos hemos reconocido sin ambages este hecho innegable; no nos queda más que poner más de relieve las divergencias por medio de ciertas citas detalladas.

I. Las diferencias entre el cuarto evangelio y los tres primeros. Abrid una Sinópsis y veréis enseguida, de un simple vistazo, qué raros son los pasajes en los que S. Juan coincide con los otros tres evangelistas. Se ha calculado que los puntos comunes a las cuatro narraciones no equivalen a la duodécima parte del relato del apóstol predilecto. “No se puede comparar el cuarto evangelio con los primeros, porque ocupa un terreno diferente”.

Casi todo en efecto es nuevo: viajes especiales a Judea y a Jerusalén con ocasión de varias fiestas; muy pocos hechos, pero en gran parte discursos que no se encuentran en los otros; estos hechos, ellos mismos nuevos, mientras que episodios de grandísimo interés y, al parecer de la mayor importancia, son pasados en silencio: por ejemplo la tentación de Nuestro Señor, su bautismo, su transfiguración, la institución de la Eucaristía, etc. Aspecto muy diferente de los hechos y enseñanzas de Jesús: en lugar de conversar familiarmente con los suyos o con el pueblo de Galilea, discute con los jerarcas en la capital judía; e incluso, cuando dirige la palabra a sus discípulos, su predicación reviste un carácter más elevado, más abstracto. La “manera”, en suma, no es la misma, de modo que la divergencia parecería llegar hasta la persona del divino Jesús de los Evangelios.

Este hecho por lo demás ha sido constatado desde antiguo y los santos Padres le han asignado bien su verdadera causa. “Hay dos vías, dice S. Agustín, propuestas al alma humana, una activa, otra contemplativa, una por la que se va otra por la que se llega, una por la que se trabaja para que el corazón se limpie para ver a Dios, otra por la que se está libre y se ve a Dios; una está en los preceptos de esta vida temporal, otra en la doctrina de aquella vida eterna, y por eso aquella es trabajo, ésta descanso; porque aquella está en la purificación de los pecados; ésta en la luz de los purificados; y por esto en esta vida mortal, aquella está en la obra de la buena conversación, en cambio ésta más bien en la fe y para muy pocos como en un espejo, en una visión de la verdad inamo-

vible. De esto se da a entender, si se advierte con diligencia, que los tres evangelistas extendiéndose más en las acciones temporales del Señor y en sus palabras, que valían más para enseñar las costumbres de la vida presente, se ocuparon de aquella via activa; en cambio Juan narrando mucho más escasamente los hechos del Señor, pero escribiendo con mayor cuidado y riqueza sus palabras sobre todo las que se referían a la unidad de la Trinidad y la felicidad de la vida eterna, mantuvo su intención y su predicación en recomendar la via contemplativa” (De Consensu evangel., 1,5).

Es lo que Clemente de Alejandría ha expresado más breve y enérgicamente con dos epítetos celebres, dando a los tres primeros evangelios el sobrenombre de corporales, materiales en cierta manera, en comparación con el cuarto, que es completamente espiritual.

Pero apresuremonos a añadir que hay una gran distancia entre esta divergencia, por grande que sea y la contradicción permanente, de tema y de género que los racionalistas contemporáneos pretenden descubrir entre S. Juan y los sinópticos.

La obra es “completamente diferente”, escribe Reuss, uno de los autores que se han ocupado muy recientemente de esta cuestión. “También, continúa en su lenguaje apasionado, nada es tan oscuro como la amalgama del texto de este último (el de S. Juan) con el de ellos (el de los sinópticos), tal como se ve en ciertas ediciones modernas de la Sinopsis. Con este estúpido método el texto de S. Juan, en el que todos los elementos se sostienen..., es horriblemente dislocado, desgarrado, separado; el plan del libro es trastocado y lo que tiene de más característico, de más individual, queda decolorado, irreconocible y se pierde sin que la inteligencia gane un ápice. Y todo esto como consecuencia de este ridículo afán que pretende reconstruir, o más bien descubrir la cronología de acontecimientos de los que los evangelistas no sabían nada más ellos mismos”.

La tendencia polemista ha perdido tristemente a Reuss, que a menudo da pruebas de un juicio más seguro. También ha perdido a más de otro partidario de la crítica llamada negativa; por ejemplo los que pretenden que el Jesús de los Sinópticos es un simple moralista, mientras que el del cuarto evangelista sería “un

místico especulativo". Pero para poder rechazar la obra de S. Juan como apócrifa habría que recurrir a medios semejantes y mostrarla como la contrapartida de la de los primeros evangelios. Todo lo que prueban estos autodenominados críticos, hablando de este modo, es, como bien dice Kaulen, que tienen un espíritu muy superficial. Este hecho volverá a salir, esperamos, de las consideraciones que todavía debemos hacer sobre las relaciones del cuarto evangelio con los otros tres.

II. Relaciones de semejanza. Indicaremos sucesivamente: las coincidencias evidentes de hechos; las semejanzas de palabras; los pasajes donde S. Juan supone en sus lectores el conocimiento de los Sinópticos, lo que es todavía una categoría de semejanzas; finalmente la identidad del retrato representado de una parte y de otra.

1º Aunque en realidad poco numerosas, las coincidencias evidentes de hechos son significativas, porque manifiestan la unidad general de la visión y del fin en los cuatro evangelistas.

Nada respecto a la vida oculta. Respecto a la vida pública, tres hechos solamente: el milagro de la multiplicación de los panes (Joan. 6, 1 15; cf. Matth. 14, 13 21, y los pasajes paralelos de S. Marcos y S. Lucas), la marcha de Jesús sobre las aguas (Joan. 6, 16 21; cf. Matth. 14, 22 36 y paral.), la unción de María (Joan. 12, 1 8; cf. Matth. 16, 6 13 y paral.).

Respecto a la pasión, las coincidencias son más numerosas: la entrada triunfal en Jerusalén (Joan. 12, 9 19; cf. Matth. 21, 1 11 y paral.) y la designación del traidor (Joan. 13, 21 26; cf. Matth. 26, 21 25 y paral.), la predicción de la negación de S. Pedro (Joan. 13, 36 38; cf. Matth. 26, 33 35 y paral.) y la mayor parte de las escenas de la pasión propiamente dicha.

Reina también un parecido bastante grande en diversos episodios de la resurrección.

En consecuencia, a pesar de los detalles propios de S. Juan que se hallan en todos estos pasjes comunes, podemos afirmar que "los puntos cardinales" de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, tal como los hemos señalado son los mismos de una parte y de otra.

2º Las coincidencias entre las palabras pronunciadas por Jesús de acuerdo con la doble redacción son más frecuentes. Se

refieren a las imágenes, los pensamientos expresados, las expresiones mismas.

a) Coincidencias de imágenes y comparaciones:

El novio: Joan. 3, 29; Matth. 9, 15 y paral.

La cosecha: Joan. 4, 35 y ss.; Matth. 9, 37 y s.

El buen pastor: Joan. 10, 7; Matth. 18, 12.

El amo desempeñando el papel de sirviente: Joan. 13, 4 y ss.; Luc. 12, 37; 22, 17.

El maestro con relación al discípulo: Joan. 13, 16; Matth. 10, 24 25.

La viña: Joan. 15, 1 y ss.; Matth. 21, 33.

El árbol estéril: Joan. 15, 2; Matth. 7, 19.

b) Coincidencias de pensamientos:

El Hijo del hombre venido para salvar: Joan. 3, 17; Luc. 9, 56.

El profeta sin prestigio en su país: Joan. 4, 44; Matth. 13, 57, Marc. 6, 4; Luc. 4, 24.

La voluntad de Dios: Joan. 5, 30; Matth. 26, 39 y paral.

El Padre, conocido por Cristo: Joan. 7, 29; Matth. 11, 27.

La ceguera moral: Joan. 9, 39; Matth. 13, 13.

Perder su vida y salvarla: Joan. 12, 25; Matth. 10, 39; Luc. 17, 33.

Recibir a un apóstol es recibir a Dios: Joan. 13, 20; Matth. 10, 40.

Los cristianos perseguidos: Joan. 16, 2; Matth. 24, 9.

c) Coincidencias verbales:

Yo soy la voz del que clama... Joan. 1, 23; Matth. 3, 3 y paral.

Yo bautizo con agua..., Joan. 1, 26 27; Matth. 3, 21 y paral.

Como una paloma que baja, Joan. 1, 32; Luc. 3, 22.

Sígueme..., Joan. 1, 43; Matth. 8, 22, etc.

Entrar en el reino de Dios..., Joan. 3, 5; Marc. 9, 46; Luc. 11, 52.

Levántate... Joan. 5, 8; Marc. 2, 9.

Soy yo, no temáis..., Joan. 6, 20; Marc. 14, 27.

Probará la muerte..., Joan. 8, 52; Marc. 9, 1.

Por qué este perfume..., Joan. 12, 5; Marc. 14, 5.

Uno de vosotros me entregará..., Joan. 13, 21; Marc. 14, 18.

Paz a vosotros, Joan. 20, 19; Luc. 24, 36, etc.

En los pasajes que tiene en concierto con los sinópticos, S. Juan parece adherirse generalmente a S. Mateo más que a los otros dos evangelistas. Sin embargo se ha observado que emplea, aquí y allá, expresiones propias tanto de S. Marcos como de S. Lucas.

Por ejemplo: Joan. 5, 8 9 y Marc. 2, 9, 11 12, leemos la palabra latinizada “krábbatos” (lecho), mientras que S. Mateo tiene “klíne” (lecho) y S. Lucas “klínidion” (pequeño lecho).

S. Marcos, 6, 37 y S. Juan, 6, 7 son los únicos en evaluar en doscientos denarios el pan necesario para alimentar la multitud; los únicos también (Marc. 14, 3; Joan. 12, 3) que llaman “nardós pistiké” al perfume derramado por María sobre la cabeza de Jesús. Comparad también los pasajes Marc. 15, 9 y Joan. 18, 39; Marc. 16, 9 y Joan. 20, 14, etc.

Por otra parte he aquí una lista de coincidencias interesantes entre diversos pasajes de S. Juan y de S. Lucas:

S. Juan	S. Lucas
1, 19 y ss.	3, 15 16
6, 42	4, 22
10, 27 y ss.	12, 32
13, 1; 14, 30	9, 51; 22, 53
14, 4 y ss.	22, 27
-17	11, 28
-22	22, 23
-27	3
-37	33
14, 30	4, 13
16, 7	24, 49
18, 36 37	7, 20 21
-38	23, 4
20, 3, 6	24, 12
-19 y ss.	36 y ss

3º Pasajes en los que S. Juan supone en sus lectores el conocimiento de los Sinópticos, a los que remite de manera tácita.

Estos pasajes son multiples y evidentes. “Suponemos en efecto que el autor del cuarto evangelio se dirige a lectores que se sabía que conocían la historia de Jesús en sus rasgos generales y esenciales, de manera que no tenía necesidad de contarla de nuevo con todos sus detalles”. Reuss es quien hace esta concesión, y sería muy difícil incluso para los más encarnizados adversarios de la autenticidad del cuarto evangelio el no hacerla.

Entre las coincidencias de este género, no mencionaremos más que las más notables. Consisten de ordinario en simples notas muy concisas, pero que para cualquiera que conozca por poco que sea los Evangelios, encuentran enseguida su desarrollo, su comentario, en tal o cual relato de los sinópticos.

Los detalles dados por S. Mateo, 1, 18 25 y por S. Lucas, 1, 26 37, sobre la concepción virginal de Jesús ¿no están resumidas en esta profunda palabra de S. Juan, 1, 14: “Y la Palabra se hizo carne”? La madre del Verbo encarnado no aparece más que dos veces en el cuarto evangelio, 2, 3 5; 19, 25 27 y de una manera muy rápida; y sin embargo estas pocas líneas suponen verdaderamente entre ella y su divino Hijo relaciones tan dulces y tan íntimas como S. Lucas las ha descrito perfectamente. S. José tiene también en el evangelio según S. Juan las mismas relaciones con Jesús que en los Sinópticos: él no es más que el protector, el alimentador de Cristo, y pasa por su padre delante de la multitud. Cf. Joan. 1, 45; 6, 42 y Matth. 13, 54 58 y paral.

El testimonio del Precursor es el mismo en una parte y en otra (Joan. 1, 19 y ss.; cf. Matth. 3, 1 y ss., y los pasajes paralelos de S. Marcos y de S. Lucas). S. Juan no cuenta explícitamente el bautismo de Jesús; pero una declaración del Precursor nos recuerda del modo más claro este importante episodio. El pasaje Joan. 7, 41 42 establece no menos claramente la diferencia que existía entre el lugar de nacimiento de Jesucristo y Galilea, donde pasó la mayor parte de su vida: diferencia que los sinópticos habían expuesto en términos más completos.

Joan. 6, 71 trata sobre los “Doce”, y más adelante, Joan.

21, 2, de los “Hijos de Zebedeo”, sin ningún otro detalle. Es que el autor del cuarto evangelio sabía que estos personajes eran suficientemente conocidos, gracias a los escritos de sus predecesores.

En otra parte, Joan. 4, 44, ¿no tenemos una reminiscencia visible del indigno tratamiento que el Salvador recibió de sus compatriotas?

La nota, Joan. 3, 24, “todavía, en efecto Juan no había sido enviado a la cárcel”, no se explica sino en tanto que resume las narraciones más explícitas de los otros evangelistas sobre la prisión de S. Juan Bautista.

Se ha pretendido que según S. Juan el ministerio de Nuestro Señor Jesucristo no se ejerció más que en Judea y en Jerusalén; pero los siguientes rasgos, Joan. 6, 2; 7, 1, 3; 10. 40 42 nos muestran al Mesías actuando y predicando tanto en Galilea, como en Perea, de la misma manera que en los tres primeros Evangelios.

Habría por hacer un estudio interesante sobre los caracteres de los principales personajes del evangelio, según las cuatro redacciones. Se vería entonces hasta qué punto son idénticos por una parte en S. Juan, y por otra en los sinópticos, aunque éstos dan generalmente más detalles.

S. Juan no expone de manera propiamente dicha ni la institución del sacramento del bautismo, ni la de la eucaristía, pero tiene el equivalente de la primera en la entrevista con Nicodemo, Joan. 3, 5, y el equivalente de la segunda en el discurso pronunciado en Cafarnaúm después de la multiplicación de los panes, Joan. 6. Lo mismo para la Ascensión, que recuerda con una sola palabra, Joan. 20, 17.

En conclusión se ve cuán real es la armonía entre la obra de S. Juan y la de los sinópticos, a pesar de las grandes divergencias que han sido indicadas más arriba. La unidad es real, perfecta y se opera sin violencia. Los sinópticos dejan aquí y allá como brechas y aberturas, por donde pueden introducirse muy simplemente y muy naturalmente los hechos propios de S. Juan y S. Juan por su parte tiene espacios vacíos para recibir los materiales propios de los sinópticos. Estos últimos no excluyen el ministerio mesiánico del Salvador en Jerusalén durante su vida pública, igual

que S. Juan no excluye el ministerio de Jesús en Galilea durante el mismo periodo. Tal como se ha dicho, “la perfecta independencia (de los cuatro evangelistas) se resuelve en una perfecta armonía”.

4º Esto es no menos cierto del retrato de Nuestro Señor Jesucristo, tal como se desprende de nuestros dos grupos de narraciones. Es necesario tener las prevenciones, la ceguera voluntaria de los racionalistas contemporáneos para no reconocer por ambas partes al mismo Dios Hombre, al mismo Jesús Mesías, simplemente presentado bajo aspectos diversos.

En nuestros días se ha comparado esta diferencia exterior de una manera exacta y delicada, con la que existe entre la fisonomía de Sócrates según los escritos de Platón y los de Jenofonte. Igual que Jenofonte describe más la actividad práctica de su héroe, mientras que Platón traza sobre todo la actividad filosófica: igualmente S. Juan describe al ser superior de Jesucristo, mientras que los sinópticos insisten más bien sobre los hechos exteriores de su vida.

Pero por las dos partes es el mismo Jesús, el mismo Redentor de la humanidad, el mismo Hijo de Dios.

En lo que respecta a los discursos y las palabras del Maestro, S. Juan tiene páginas simples y populares, que recuerdan el Sermón de la montaña o las parábolas. Por otra parte los pasajes Matth. 1, 25 30 y Luc. 10, 21 24, ¿no alcanzan una elevación digna del cuarto evangelio?

Según S. Juan, como según los sinópticos, a Jesús le gusta aplicarse la apelación significativa de “Hijo del hombre”, para marcar el lado más humilde de su naturaleza. Pero también según los sinópticos, como según S. Juan habla y actúa constantemente como Hijo de Dios, haciendo en todas partes de su persona el centro de su enseñanza, de toda la redención.

La siguiente lista, que podríamos alargar mucho, lo demuestra con mucha abundancia: Matth. 7, 22, “Señor, Señor, ¿acaso no profetizamos en tu nombre y en tu nombre arrojamos demonios...?” Matth. 9, 2 y ss., “Confía, hijo, tus pecados te son perdonados”. Matth. 10, 1, “Les dió el poder sobre los espíritus inmundos, para que los expulsaran...”. Matth. 11, 27, “Todas las

cosas me han sido comunicadas por mi Padre y nadie conoce al Hijo, sino el Padre...". Matth. 13, 41, "El Hijo del hombre enviará a sus ángeles...". Matth. 18, 20 "Pues donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos". Matth. 20, 28, "El Hijo del hombre... viene... para dar su vida en redención de muchos". Matth. 21, 37, "Temerán a mi Hijo". Matth. 22, 45 "Si David lo llama Señor...". Matth. 25, 31 "Cuando venga el Hijo del hombre en su majestad... ". Matth. 26, 28, "Mi sangre del Nuevo Testamento... ". Matth. 28, 20, "Yo estoy con vosotros todos los días ..." Luc. 21, 15, "Yo os daré una boca y una sabiduría, a la que no podrán resistir... todos vuestros adversarios". Luc. 24, 49, "Yo os envío la promesa de mi Padre". Etc.

Y también en S. Juan, como en los sinópticos, ¿la prueba de la divinidad no está sin cesar apoyada en milagros, milagros que son ciertamente contados en pequeño número de manera explícita, pero que llevan nombres característicos y que aparecen sólo a modo de ejemplos elegidos en una inmensa categoría de hechos semejantes? "Signos", Joan. 2, 23; 3, 2; 4, 48. "signos y prodigios", Joan. 5, 19, 21, 36; 6, 2, 14, 26; 7, 3, 31; 9, 3, 4. "obras de Dios", Joan. 9, 16. "Muchos signos", Joan. 12, 18, 37 43; 14, 10 13; 15, 24.

III. Explicación del doble fenómeno de las semejanzas y diferencias.

Respecto a las coincidencias, nada más simple: el fondo común de la historia evangélica. Inútil insistir sobre este punto; pero es necesario insistir sobre las causas de las diferencias, puesto que éste el elemento que domina en las relaciones del cuarto evangelio con los precedentes.

1º S. Juan escribió su evangelio bastante después de la aparición de los de los sinópticos, y en parte notable para completarlos, como afirma la tradición. Por tanto omite la mayoría de las cosas que ellos habían contado suficientemente, contentándose con remitir a ellos por medio de insinuaciones y fórmulas generales, e insertó otros hechos en su lugar.

2º En esta época más tardía, se acentuó la lucha entre el cristianismo y el mundo, entre la Iglesia y la sinagoga. Los gér-

menes de las primeras herejías aparecieron. La sociedad cristiana tiene necesidades especiales dentro o fuera. De ahí el fin especial también que se propuso S. Juan, cuando emprendió la composición de su evangelio. A los primeros cristianos, a la Iglesia todavía en la cuna, la leche de la doctrina bastaba (cf. Hebr. 5, 12), y los primeros evangelistas se la proporcionaron en concurrencia con la predicación oral; a la Iglesia llegada ya a su madurez, puesta en contacto con los sistemas filosóficos de Asia Menor, S. Juan les ofrece platos más sólidos, bajo la forma de los profundos misterios que él había bebido en el corazón mismo de Nuestro Señor Jesucristo. "No dice nada humano, sino que todo lo que habla, lo bebió de los abismos espirituales, de aquellos arcanos que antes de que existieran ni siquiera los ángeles los conocían. De ahí viene, como dice S. Jerónimo, que "su propio Evangelio dista mucho de los demás". En efecto, la diferencia de finalidad debía necesariamente crear la diferencia de método.

3º Finalmente, lo hemos visto, ya que S. Juan y los sinópticos coinciden raramente en sus relatos, ya que no ofrecen todos más que una biografía incompleta del Salvador, ¿qué tiene de extraño que difieran entre ellos? El auditorio al que Jesús se dirige no es el mismo; de ahí las diferencias de tono y de lenguaje. En una palabra "las divergencias de fondo y de forma corresponden a diferencias de personas y de localidades".

Concluamos y resumamos esta larga discusión sobre las relaciones mutuas de los evangelistas, reiterando la palabra de S. Ireneo: "Evangelio de cuatro formas". Realmente no hay más que una sola historia Evangélica, un Evangelio único, aunque este Evangelio haya aparecido bajo una forma cuádruple. Sus cuatro redacciones canónicas, a pesar de sus diferencias numerosas, están estrechamente ligadas entre ellas por la unidad de hechos, la unidad de la doctrina, y la unidad del espíritu.

Notas:

¹ Cf. Cramer, Catena in Marc., I, 13, 15, etc.

² Hœr, LU, 6.

³ Homil. in Joan, tom. IX.

⁴ De consensu evangelist., I, 2, 4.

⁵ Historica el critica Introductio in ulriusque Testamenti libros sacros, t. III, p. 183. Les mots soulignés l'ont été par l'auteur lui-même.

⁶ Voyez les pages, 41-43.

⁷ Voyez nos introductions particulières aux trois premiers évangiles.

⁸ A. Réville, Etudes critiques sur l'Evangile selon S. Matthieu, p. 151 et ss.

⁹ Thomson, Word, Work and Will p. 21.

¹⁰ Ibid, p. 19.

¹¹ Le Camus, Vie, de N.S. Jésus-Christ. 2^a édit., t. I. p. 36.

¹² Godet, Commentaire sur l'Evangile de S. Luc., t. II, p. 534 de la 2^a édition.

¹³ Le Camus, loc. cit., p. 37.

¹⁴ L. Abbot, Matthew and Mark, p. 35.

¹⁵ "Les copies et les commentaires ne détruisent pas les textes originaux." Mgr. Meignan, Les Evangiles et la critique, p. 412 de la 1^a édit.

¹⁶ C. Cels, II, 27.

VII. LA CRONOLOGIA DE LOS EVANGELIOS

Otra cuestión complicada, que deja al exégeta aún más perplejo que la de las relaciones mutuas de los evangelistas.

Aquí el problema es absolutamente irresoluble, como lo prueban las divisiones sin fin de los astrónomos y de los matemáticos de primera fila que se han ocupado de ello. Los escritores eclesiásticos de los primeros siglos no lo trataron ex professo; se contentan ocasionalmente, con fechas rápidas; y sin embargo estas fechas son ya discordantes. Así la certidumbre completa es totalmente imposible.

"Para el nacimiento de Jesucristo, dice Wallon en su excelente disertación sobre este punto, todos los años han sido propuestos y defendidos hasta los límites más inverosímiles, desde el año 22 antes de nuestra era hasta el año 9 de esta misma era".

Es decir que a 31 años consecutivos se les ha dado el honor de verlos como testigos del nacimiento del Salvador.

Citando sólo opiniones serias (cuántas divergencias aparecen inmediatamente!

747 de la fundación de Roma, 7 años antes de la era vulgar: S. Clemente, Ideler, Wallon, Mémain.

748 u. c., 6 años antes de la era vulgar: Képler, Cornely, etc.

749 u. c., 5 años antes de nuestra era: Tillemont, Pétau, Anger, Wieseler, Greswell, Friedlieb, Schegg, Schanz, Fouard, etc.

750 u. c., 4 años antes de nuestra era: Lamy, Bengel, etc.

751 u. c., 3 años antes de la era vulgar: Tertuliano, S. Jerónimo, Baronius, Bosanquet, Lauth, Volkmar, etc.

752 u. c., 2 años antes de nuestra era: Clemente de Alejandría, S. Epifano, Caspari, Riess, etc.

753 u. c., 1 año antes de la era vulgar: Pearson, Hug, etc.

754 u. c., el año 1 de nuestra era: Denys le Petit, etc.

Igualmente, continúa Wallon, “el año que S. Lucas designa para la misión de Juan Bautista es el que un gran número de antiguos y algunos cronologistas modernos adoptan para la de la pasión”.

Por ello también una sorprendente variedad para fijar la fecha de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

782 u. c., o 29 de nuestra era, según Tertuliano, Lactancio, S. Clemente Ideler, Patrizi, Sepp, Zoeckler, etc.

783 u. c., 30 de la era vulgar: Wieseler, Caspari, Friedlieb, Schegg, Bisping, Fouard, etc.

784 u. c., 31 de nuestra era: Pétau, Anger, Ljungberg, etc.

785 u. c., 32 de nuestra era: Baronius, Weigel, etc.

786 u. c., 33 de la era vulgar: Scaliger, Usher, Hase, Bosanquet, Wallon, Riess, Mémain, etc.

787 u. c., 34 de la era vulgar: S. Jerónimo, Volkmar, Sevin, etc.

788 u. c., 35 de nuestra era: Bunsen, Hausrath, Keim, etc.

789 u. c., 36 de nuestra era: Hitzig, etc.

¿Cómo explicar tales divergencias? Es necesario evidentemente que las bases de los cálculos, es decir las cifras de los escritores sagrados sean bastante fluctuantes, ya que todos los autores que acabamos de citar pretenden apoyarse sobre ellas para establecer su opinión.

Afortunadamente, y la conducta de los Padres lo muestra

bien claro, esta cuestión no es en absoluto vital para la historia evangélica; por el contrario es muy accesoria en si misma, al lado de las acciones y de la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo con contenidos en los santos evangelios. “Que sea necesario poner algunos años más pronto o más tarde al nacimiento de Nuestro Señor y después prolongar su vida un poco mas o un poco menos, es una diversidad, que proviene tanto de las incertidumbres de los años del mundo como de los de Jesucristo. Y sea lo que sea, un lector atento habrá podido ya reconocer que no tiene ninguna relevancia para el cumplimiento de los consejos de Dios. Hay que evitar los anacronismos que embrollan el orden de los asuntos y dejar a los sabios disputar los otros”.

Importa sin embargo por respeto hacia el evangelio y hacia la vida de Jesús que tratemos de aproximarnos lo más posible a la verdad, incluso en este punto secundarios.

Por lo demás la dificultad consiste más en fijar de una manera aproximada los datos principales de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, que en establecerlos con una certeza rigurosamente matemática: el primer punto es relativamente claro y fácil; el segundo es oscuro, y tal es sin duda el motivo por el que ha apasionado a un número tan grande de sabios.

Los volúmenes compuestos sobre esta cuestión sobrepasan la cifra de cien, las simples disertaciones la de mil. Entre los autores contemporáneos que hemos aprovechado más o menos para componer estas páginas citaremos sobre todo: Wieseler, Seyffarth, P. Patrizi, P. Ammer, Chavannes, Zumpt, Caspari, Sevin, Ljungberg, Riess, Schegg, Memain y excelentes páginas de Wallon, Fouard y Schanz.

Tenemos que buscar tres datos principales: ¿cuándo nació Jesucristo? ¿en qué año comenzó su ministerio público? ¿cuál fue el año de su muerte?

I. EL AÑO DEL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Recordemos primero que es a Dionisio el Pequeño, abad romano que vivía a mediados del siglo VI a quien debemos el ori-

gen de la era llamada vulgar, a veces llamada por su nombre: era dionisiaca.

Hasta él se había calculado los años eclesiásticos a partir de la era diocleciana, denominada también “era de los mártires”; pero el abad Dionisio tuvo la feliz idea de realizar de una forma nueva la riquísima expresión de S. Pablo, “la plenitud de los tiempos”, y referir la cronología antigua, presente y futura al año del nacimiento de Cristo. Adoptada poco a poco por la Iglesia, esta era acabó por pasar igualmente, hacia el siglo XI, al uso civil para todos los pueblos cristianos.

Desgraciadamente, como consecuencia de cálculos erróneos, es falsa en su punto de partida, fijado en el año 754 después de la fundación de Roma. Tiene un retraso de varios años, todos están de acuerdo en ello; aunque los cronologistas, por la diversidad de sus propios sistemas, no están de acuerdo para determinar el número preciso de años.

Para calcular la fecha del nacimiento del Salvador, tenemos algunas indicaciones bastante directas de los evangelios.

1º S. Mateo, 2, 9 y S. Lucas, 1, 5 cuentan en términos explícitos que Jesús nació durante el reinado de Herodes el Grande y que el exilio momentáneo del divino Niño a Egipto tuvo fin a la muerte de este rey. Ahora bien diversos detalles del historiador Josefo nos permiten reconstruir los datos principales de la dominación de Herodes. Subido al trono bajo el consulado de Cn. Domitius Calvinus y de C. Asinius Pollio, es decir el año 714 después de la fundación de Roma, no acabó su largo reinado más que al comienzo del año 750, entre el final de marzo y los primeros días de abril, en consecuencia el año 4 de la era vulgar.

Esta fecha es muy segura si se mantiene en su generalidad: Nuestro Señor Jesucristo no ha nacido más tarde del mes de abril del 750 u. c. Sólo la divergencia proviene de que los comentaristas y cronologistas requieren un intervalo más o menos considerable para el cumplimiento de los misterios de la Santa Infancia, a partir de Navidad hasta la matanza de los Inocentes, hecho que precedió poco tiempo la muerte de Herodes. Para nosotros que creemos que algunas semanas pueden ser suficientes, no tenemos ninguna dificultad en situar el nacimiento de Jesús hacia el final

de diciembre del 749.

2º Según S. Lucas, 2, 1 15, hubo hacia la época del nacimiento de Cristo, un censo universal en todo el imperio romano; y esta operación tenía lugar precisamente en Judea, cuando María dio a luz al Hijo Dios en Belén.

¿Es posible establecer exactamente la fecha de este censo y sobre todo la de su ejecución en la provincia de Judea? Tendríamos entonces otra base importante para nuestros cálculos.

Desgraciadamente nada es bien seguro, sobre todo en lo que respecta al censo parcial de las provincias, como lo demuestran todavía las divergencias que existen entre los mejores autores. Al menos a falta de un resultado decisivo, podemos decir que parece seguro que el edicto fue promulgado en el 746 u. c., y que se tuvo su completa ejecución en el 760.

3º No llegamos a nada más seguro por los cálculos relativos a la estrella y la visita de los Magos, aunque hombres del tipo de Képler, de San Clemente, de Ideler, de Wieseler, etc. los pusieron antaño de moda.

Képler, testigo en 1603 y 1604 de una notable conjunción de Júpiter, de Saturno y de Marte en el signo de Piscis, había pensado que la estrella de los Magos bien habría podido consistir en una conjunción análoga de los mismos astros. Sus tablas astronómicas le mostraron en efecto que había tenido lugar en el 747 y 748 de la fundación de Roma, de siete a seis años antes de la era vulgar; y finalmente adoptó el año 748 como la fecha del nacimiento de Jesucristo sin excluir sin embargo el año 749. Pero estos cálculos son tan poco seguros que otros tomando el mismo punto de partida adoptan los años 747 o 750.

Por cierto es una suposición falsa, porque la estrella de los Magos designa difícilmente una conjunción de este tipo. Sin duda fue un simple meteoro que desapareció sin dejar rastro.

4º Un detalle en apariencia insignificante de S. Lucas, 1, 5, "Zacarías del turno de Abias", ha servido igualmente de punto de apoyo a sabias investigaciones para precisar el año del nacimiento de Cristo.

Esta clase sacerdotal de Abias era la octava de aquellas que David había instituido, en número de veinticuatro, cuando

organizó el culto divino. Ahora bien, se sabe que cada clase estaba en servicio del templo durante una semana; el evangelista nos dice por otra parte que la clase de Abias estaba en servicio poco antes de la concepción de S. Juan Bautista, seis meses antes del misterio de la Encarnación, por consiguiente quince meses antes de Navidad. Se concibe pues que los cronologistas hayan sentido el deseo de descubrir el orden de servicio de las diferentes clases.

Dos vías eran posibles y han sido seguidas alternativamente: bajar a partir de tal o cual periodo, hasta la época del nacimiento de Nuestro Señor, lo que ha hecho Scaliger desde la dominación de Judas Macabeo, pero con resultados bastante vagos; subir por el contrario a partir de la ruina de Jerusalén hasta este mismo periodo, retrocediendo el curso de los años.

He aquí de qué modo se ha procedido según el segundo método. El Talmud y Josefo dicen expresamente que los Romanos huyeron de la capital Judía el 9 Ab 823 u. c., es decir el 5 de agosto del 70 de la era vulgar. Añaden que la víspera de este día la primera clase sacerdotal entraba en funciones. De donde seguía que la octava, la de Abias, había estado en servicio del 17 al 23 de abril y del 3 al 9 de octubre del 748. Mediante la adición de quince meses a esta última fecha se obtiene el comienzo de enero del 750.

Este resultado no nos desagrade, ya que es aproximadamente el que hemos adoptado antes; pero el razonamiento es bien aleatorio, porque en un tiempo en el que el pontificado soberano pertenecía al que más ofrecía, ¿estamos bien seguros que el orden de las clases sacerdotales fue rigurosamente seguido?

Concluyamos, según la única base que nos parece sólida hasta aquí, que lo más verosímil es el final del 749 u. c., o del año 5 antes de la era vulgar.

En cuanto al día es absolutamente imposible determinarlo científicamente. Sin embargo, la práctica de la antigua Iglesia nos enseña lo siguiente. “ Es incontestable que la fiesta del 25 de diciembre ha sido celebrada desde la más alta antigüedad por la Iglesia de Roma y en todo Occidente; pero sólo en el siglo IV los cristianos de oriente adoptaron por completo esta fiesta y comenzaron también ellos a celebrar el 25 de diciembre. Ellos no conocían

hasta entonces más que la Epifanía, y algunos ligaban a este mismo día del seis de enero todas las grandes manifestaciones de Nuestro Señor: la Navidad, la adoración de los Magos, el bautismo del Salvador, y el milagro de las bodas de Caná. Era mucho para el mismo día. La tradición de la Iglesia romana, ligando la navidad al 25 de diciembre pareció mejor fundada que el sentimiento contradictorio; también todas las Iglesias, así como todos los doctores de Oriente, se apresuraron a adherirse a ella”.

II. COMIENZO Y DURACION DE LA VIDA PUBLICA DE JESUS

1º El comienzo de la vida pública de Nuestro Señor Jesucristo. Dos textos evangélicos nos proporcionan a este respecto una luz más o menos viva.

Joan. 2, 20, los judíos dirigieron esta pregunta a Jesús que se sentía con fuerza, como signo de sus poderes divinos, para reconstruir “este templo” en tres días: “En cuarenta y seis años se ha edificado este templo, y tú lo vas a construir en tres días? He ahí evidentemente un dato importante.

Se trataba del segundo templo llamado de Zorobabel, construido sobre las bases del de Salomón, después del retorno del exilio y que Herodes el Grande había comenzado a restaurar y agrandar. Según Flavio Josefo esta reconstrucción, inaugurada veinte años antes de la era vulgar, el año 734 de Roma, no se acabó hasta mucho tiempo después, en el 817 o el 818 u. c., casi en el momento en que iba a ser destruido. Pero añadiendo 46 a 734, se obtiene 780 para la primera Pascua de la vida pública de Jesús.

S. Lucas, 3, 1 3, 23, nos proporciona un documento aun más seguro que se considera con buena razón como el más importante de todos los que contienen los evangelios sobre esta cuestión cronológica. “ En el año... décimo quinto del imperio de Tiberio César, escribe él, gobernando Poncio Pilato Judea, ... fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto; y vino por toda la región del Jordán predicando el bautismo de penitencia”. es decir, lo más claramente posible, que el Precursor

comenzó su ministerio el año décimo quinto de Tiberio. Ahora bien, en esta época, continúa el evangelista (vers. 23), el propio Jesús tenía casi treinta años.

¿Cuál es pues este año décimo quinto de Tiberio? ¿Es posible que las opiniones se hayan dividido en una fecha tan clara? Desgraciadamente es lo que ha sucedido, porque se la calcula según dos métodos diferentes, de manera que se produce una variación de dos años, y en consecuencia una gran inseguridad.

Unos, y a primera vista parece que este proceder es el más natural, cuentan los años del reinado de Tiberio a partir de la muerte de Augusto, que tuvo lugar el 19 de Agosto del 767 u.c., el año 14 de la era vulgar. El año 151 del sucesor de Augusto debería pues ser, según esto, desde el 19 de agosto del 781 al 19 de agosto del 782 (28-29 de la era vulgar); pero entonces, restando a esta cifra los “treinta años aproximadamente”, que tenía Jesús, se obtendría como fecha de su nacimiento el 751 o 752: resultado condenado de antemano por la necesidad de situar la primera navidad cristiana como más tarde hacia el comienzo del año 750. Sin duda, la partícula “quasi = casi” es elástica y nos deja algún margen: los partidarios de la interpretación precedente la aprovechan para dar al Salvador, en esta fecha, hasta treinta años, según la necesidad; lo que es ciertamente exagerado, porque las palabras de S. Lucas no nos permiten sobrepasar el año treinta.

A causa de esta dificultad muy real, la mayor parte de los exégetas contemporáneos han pensado que era preferible los años de Tiberio a partir del momento en que fue asociado a Augusto en calidad de “collega imperii” o de “consors tribuniciae potestatis”, lo que tuvo lugar desde el año 765 u. c., es decir el año 12 de la era vulgar. Este año décimo quinto iba pues desde el 779 a 780, lo que coincidiría con los “aproximadamente treinta años” de Jesús contados a partir del 749-750.

A esto los partidarios de la primera opinión objetan, es cierto, que no se halla ejemplo, en los usos romanos, de un cálculo semejante de los años de un reinado; pero, como escribíamos en nuestro comentario sobre el Evangelio según S. Lucas, “Wieseler ha demostrado recientemente, con ayuda de inscripciones y de medallas, que esta manera de calcular el tiempo del rei-

nado de los emperadores era utilizado en las provincias de oriente". Era muy conforme a la etiqueta oriental, así como convenía menos a las costumbres occidentales: ahora bien, estamos precisamente transportados a oriente para esta cuestión.

2º Duración de la vida pública de Nuestro Señor Jesucristo. Señalemos en primer lugar un error de varios autores eclesiásticos de los primeros siglos. Tomando demasiado al pie de la letra esta palabra del profeta Isaías: "(Me llamó) para predicar el año de gracia del Señor", que el divino Maestro se aplicó un día a si mismo en la sinagoga de Nazareth, concluían que la vida pública de Jesús no había durado más que un año. En nuestros días Keim ha intentado resucitar esta opinión, a fin de oponer los sinópticos a S. Juan y para rechazar mejor el cuarto evangelio.

¡Cómo si los sinópticos mismos no supusieran por si mismos, aquí y allá, que el ministerio del Salvador duró más de un año! Por ejemplo S. Marcos, cuando cuenta este mismo hecho: "Caminando El a través de las mieses en día de sábado sus discípulos mientras iban comenzaron a arrancar espigas", supone en todo rigor que la vida pública de Jesús duró alrededor de dos años, ya que en Palestina la maduración del trigo tiene lugar después de la Pascua.

Pero el cuarto evangelio, ya lo hemos dicho en otra ocasión, arroja las más vivas claridades sobre la duración del ministerio público de Cristo, mediante la mención tan exacta de ciertas solemnidades religiosas y de los viajes que Jesús hizo o no hizo a Jerusalén, para celebrarlos en el centro de la teocracia.

Según el relato de S. Juan, tres Pascuas al menos son completamente seguras durante este periodo: una un poco después del bautismo del Salvador, Joan. 2, 13 ss., probablemente en el 780 u. c., según lo que ha sido señalado antes; la segunda, Joan. 6, 14, relacionada con el milagro de la primera multiplicación de los panes; la tercera, Joan. 11, 55, y 12, 1, que fue testigo de la pasión y de la muerte de Jesús.

Entre la primera y la segunda de estas Pascuas, S. Juan señala una fiesta, que él designa un poco vagamente con las palabras "día festivo de los Judíos". ¿Sería, como se ha pensado a

veces, la fiesta de los Purim o de las Suertes, que se celebraba en el mes de marzo, poco antes de las solemnidades pascuales? ¿Sería Pentecostés, el Yôm Kippou, la Dedicación, la fiesta de las Trompetas? Estas diversas opiniones han sido sostenidas por excelentes exégetas. Pero nosotros pensamos, sin dudar, siguiendo a S. Ireneo, que se trata de otra Pascua, a intercalar entre las de los capítulos 2 y 6; lo que da cuatro Pascuas en total para la vida pública de Jesús, en consecuencia tres años completos, desde el 780 al 783 u. c. (27 a 30 de la era vulgar), entre la primera Pascua, Joan. 2, 13, y la cuarta, Joan. 12, 1, con algunos meses que añadir antes de la primera, para el bautismo, la tentación y otros diversos hechos preliminares. Así pues alrededor de treinta años y medio en total, como lo admitieron Eusebio y S. Jerónimo.

III. EL AÑO DE LA MUERTE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Su fijación depende, acabamos de verlo, de la duración que se haya acordado al conjunto de la vida pública.

Intentemos, como anteriormente, apoyarlos sobre datos sólidos.

Nuestro Señor Jesucristo murió “bajo Poncio Pilato”, como lo decimos en el símbolo, después del Evangelio; así pues su vida no se prolongó más allá del año 36 de nuestra era (789 u. c.), puesto que Poncio Pilato gobernó Judea hasta esta fecha.

Por otra parte, según los cuatro evangelistas, Jesús murió un viernes, el día más solemne de la Pascua judía, es decir el 15 nisan. Si se calcula los años en los que el 15 nisan cayó en viernes durante el último cuarto del siglo VIII de Roma, se halla precisamente el año 783, el trigésimo de la era vulgar (el 7 de abril), al que nos habían conducido nuestros precedentes cálculos.

Es fácil determinar, según esto, el número total de los años de Nuestro Señor Jesucristo. Nacido el 25 de diciembre del 749, tenía el 7 de abril del 783, día de su muerte, treinta y tres años, tres meses, trece días.

VIII. EL TEXTO PRIMITIVO DE LOS EVANGELIOS Y LA CRITICA TEXTUAL

1º Hemos dicho y demostrado, en cada una de nuestras introducciones especiales, que S. Mateo compuso su evangelio en hebreo, o más bien en el idioma arameo hablado en Palestina en los tiempos de Jesucristo, y que S. Marcos, S. Lucas y S. Juan escribieron originariamente los suyos en griego; además, que el texto arameo del primer evangelio fue muy pronto traducido al griego. Esta traducción habiendo hecho desaparecer bien pronto el original y habiéndose convertido en oficial, es pues el griego en realidad para nosotros el texto único.

2º Este griego no es en absoluto el de los escritores clásicos, es decir el dialecto ático. Se trata de lo que se llamaba el dialecto de la “koiné”, o dialecto vulgar y popular, que se formó poco a poco, a partir de la época de Alejandro Magno, y que recibió su última forma en Egipto, sobre todo en Alejandría. Se convirtió en la lengua de los Setenta, no sin dejarse impregnar de un aroma hebraico; también fue, con las transformaciones necesarias para las nuevas ideas que era necesario expresar por medio de palabras antiguas, el idioma del Nuevo Testamento en general y de los Evangelios en particular. A partir de Scaliger, frecuentemente es designado con el nombre de “griego helenístico”.

Este dialecto, convertido en tan interesante por ello mismo, ha sido objeto de estudios especiales, que nos han dado valiosos estudios de lexicografía, de gramática, de sinonimia, etc., gracias a los cuales la tarea del exégeta se ve singularmente facilitada.

3º Los manuscritos originales de los Evangelios parecen haber desaparecido pronto; pero se habían hecho copias, que fueron multiplicándose cada vez más. Sin embargo, Dios no hizo un milagro especial para salvaguardar la perfecta exactitud del texto primitivo compuesto bajo su inspiración: los Evangelios no escaparon pues de la suerte de los libros ordinarios, y se deslizaron por todas partes faltas bastante numerosas.

Orígenes ya se quejaba de ello, y tuvo el cuidado de anotar algunas de éstas. En el último siglo se contaba para todos los

escritos del Nuevo Testamento aproximadamente 30.000 variantes; hoy en día se admite que existen al menos 150.000, porque se conoce un número mucho más considerable de manuscritos, y cada manuscrito recientemente descubierto o estudiado más a fondo, aporta su contingente especial de faltas o de lecturas. Pero sobre esta cifra que parece enorme a primera vista no hay más de 1200 a 1300 pasajes en los que la lección primitiva sea objeto de una verdadera incertidumbre. Casi siempre se trata o de simples variaciones en la ortografía, o de palabras traspuestas o de expresiones sinónimas. Las variantes serias, que afectan el sentido, son extremadamente raras, como decía Orígenes al pagano Celso, que se apoyaba en esta diversidad para atacar el fondo mismo del relato sagrado. En verdad poseemos en los detalles como en el conjunto, el texto original y auténtico de los evangelistas.

4º Como Orígenes, S. Jerónimo trabajó en establecerlo, colacionando los mejores manuscritos, lo que él denomina en alguna parte la “verdad griega”, es decir el texto primitivo, tal como salió de la pluma de los evangelistas y de los otros autores inspirados del Nuevo Testamento.

IX. LOS EVANGELIOS Y LA CRÍTICA RACIONALISTA.

No tenemos que ocuparnos más que de una manera muy sucinta de este triste asunto, que no nos concierne directamente. Además no faltan buenas exposiciones y excelentes refutaciones. Añadamos que lo más frecuentemente la exposición clara y limpia de la verdad basta para prevenir la mayor parte de las objeciones y para reducirlas a la nada. Este es el principio que nos ha servido habitualmente de regla en nuestros cuatro volúmenes de comentarios.

Los ataques de racionalismo contra los evangelios se remontan a la segunda mitad del siglo XVIII. He aquí las principales fases.

1º Comenzaron con las groseras impiedades de los deístas ingleses, acompañadas pronto por injurias no menos triviales, o bien de los enciclopedistas franceses, o bien de algunos librepensadores alemanes. John Toland, Tindal y Woolston en Inglaterra,

Voltaire en Francia, Lessing y Reimarus en Alemania se distinguieron entre todos en esta guerra brutal donde la mala fe no es menor que la vulgaridad de los procedimientos. “Jesucristo era un visionario; los apóstoles impostores; los primeros cristianos fanáticos. Los hechos evangélicos habían sido inventados por un sacerdote ambicioso, redactados por falsarios, y creídos por imbéciles. He aquí sin velarlos bajo la frase, las amenidades de los incrédulos del siglo XVIII con respecto a esta iglesia primitiva, cuyo emocionante recuerdo encantará eternamente las conciencias cristianas... Una palabra repetida sin cesar, la de “impostura”, explicaba el Evangelio. El nacimiento de Jesús de una virgen era una impostura; la vida milagrosa del salvador una impostura; su resurrección una impostura; la divina misión de los apóstoles, sellada por el milagro de Pentecostés una impostura”.

El escándalo fue tal que hombres del calibre de Jean Jacques Rousseau se creyeron obligados a protestar públicamente. Es lo que nos ha valido las célebres palabras: “La majestad del Evangelio me sorprende; su santidad habla a mi corazón... Así no es como se inventa; el inventor sería más sorprendente que el héroe”. Desgraciadamente se produjo un gran mal y muchos negaban la divinidad de Jesucristo, aun reconociendo al Salvador los títulos de gran hombre y de moralista distinguido.

2º Con Semler, que es considerado como el padre del racionalismo propiamente dicho, la cuestión evangélica sufrió una cierta transformación. Jesús y sus apóstoles dejaron de ser considerados como vulgares impostores; sin embargo no se tuvo miedo de afirmar que se habían “acomodado” esta fue la palabra empleada a las ideas, incluso falsas de sus contemporáneos en la esperanza de llevarlos así más fácilmente a un estado superior de santidad. Por ejemplo, por una acomodación de este tipo Jesús consintió en pasar por el Mesías.

En realidad, la impostura sería mucho menos grande?

3º Vino a continuación porque esto incluso pareció demasiado fuerte y absolutamente injustificable el sistema de la interpretación natural, del que Paulus fue el principal corifeo.

Nada de milagro, nada de sobrenatural en el evangelio, por supuesto; por cierto que ninguna de estas escuelas lo quiere,

y que no difieren nada las unas de las otras sino por los métodos que emplean para excluir este elemento. Por otra parte nada de impostura ni de fraude. Sólomente los evangelistas hablaron la lengua imaginaria y exagerada de oriente; nos corresponde a nosotros los occidentales traducir sus relatos en nuestro idioma más simple, es decir reducir a sus justas proporciones estos milagros aparentes.

Este es el principio. Se toman pues los hechos uno tras otro para apartar los detalles demasiado “orientales”, y para llevarlos a su sustrato primitivo.

¿A qué curiosos descubrimientos se llega de este modo! Los pastores de Belén vieron un simple fuego fugaz, y creyeron que eran ángeles. Los resucitados del evangelio no estaban muertos, sino sólo en letargo; el propio Jesús fue devuelto a la vida por los aromas con los que se había embalsamado su cuerpo. “Los comentaristas de S. Juan dicen que en las bodas de Caná Jesús cambió el agua en vino. (Error de interpretación! Era costumbre, entre los judíos ofrecer como regalos de bodas a los recién casados regalos de vino o de aceite. Jesús habiendo traído a Caná, sin que hubieran sido invitados, a cinco nuevos discípulos que acababa de ligar a su persona, previó que no les llegaría el vino, e hizo traerlo en cantidad; sin embargo como broma mantuvo su regalo oculto hasta el momento en que faltó el vino. Entonces hizo derramar agua en una tinaja para divertirse; pero el vino se encontró en las otras tinajas donde había sido puesto. La “gloria” que sacó de esto, como dice S. Juan, fue su reputación de buen humor”. Igual o por el estilo, para la multiplicación de los panes, etc.

¡Cuánto se burla Strauss, y con toda razón de estas niñerías que hoy están casi totalmente olvidadas! (Cf. Cornely, l.c., p. 719.).

4º El sistema del “mito” inaugurado por Eichhorn, Vater, de Wette, etc. para el Antiguo Testamento, se personificó en Strauss para lo que se refiere a los Evangelios. Volúmenes llenos de ciencia, o más bien de una “erudición indigesta” que atestiguan también una altanera arrogancia, desarrollan las siguientes ideas, que Luthardt ha agrupado habitualmente en su excelente refuta-

ción: “Los historiadores modernos de la vida de Jesús”¹. “¿Qué sabemos nosotros ahora de Jesús? Extremadamente poco. Ante todo sabemos esto, que en su persona y en su obra no había nada ni sobrenatural ni milagroso, y esta negación es el punto fundamental. En lo que respecta a su lado positivo, debemos reconocer que hay pocos grandes hombres de la historia sobre los que nos hayamos informado tan imperfectamente como sobre Jesús². ¡Cuánto más clara y limpia nos aparece la figura de Sócrates, que sin embargo esta a cuatro siglos de distancia! Es sorprendente. Nadie ha producido sobre los hombres una impresión tan profunda como Jesús; nadie ha dejado huellas de su actividad tan duraderas como las suyas; y es sobre quien tenemos menos informaciones; y sin embargo no pertenece a los tiempos nebulosos de la antigüedad, sino a los tiempos serenos de la historia. La culpa la tienen los evangelistas; ellos han dejado invadir su biografía de tantas formaciones míticas que está enteramente velada, e incluso borrada”³.

Pero por el contrario, el Cristo de los Evangelios es casi enteramente ideal; su vida no esta compuesta más que de ficciones. Porque esto en el fondo es lo que Strauss y sus seguidores entienden por la palabra “mito”. “El mito es como la apología fruto de la imaginación; pero se diferencia de éste en que es una especie de encarnación de las ideas populares en un momento dado. Las aspiraciones de una época, su manera de concebir las cosas, sus deseos y sus ideas toman cuerpo un día, su ideal se personifica en un ser o en un relato imaginario: he ahí el mito. No es el escritor que nos lo cuenta el creador, no es tampoco tal o cual individuo aislado; ¡no! Es una creación colectiva, anónima, espontánea, inconsciente, en la que cada uno ha aportado algún rasgo, algún elemento, sin que sea posible distinguir en cada uno la parte que le corresponde. Esta es la manera en que los Evangelios fueron compuestos por la imaginación popular, antes de ser escritos por los cuatro evangelistas. Los apóstoles anuncian al mundo que su maestro crucificado ha salido vivo del sepulcro al tercer día. De las dos cosas, la una, decía la crítica antigua: o bien el acontecimiento tuvo realmente lugar, o bien no tuvo lugar; en el primer caso, los apóstoles dijeron la verdad; en el segundo,

mintieron. Según la nueva crítica, según Strauss, hay un término medio entre los dos miembros del dilema, entre la realidad del hecho y el engaño de los discípulos de Jesús: es el mito. La suposición de la realidad del hecho no es admisible, a causa de la imposibilidad del milagro. La del engaño es dicutible. ¿Quién nos prueba que los apóstoles han debido saber que Jesús no había resucitado? ¿Quién nos prueba que la imaginación popular no había imaginado realmente el mito de la resurrección del Mesías y que los apóstoles no han creído sinceramente en el mito? Así ellos pueden haber actuado y hablado con toda honestidad, y vemos desaparecer a la vez la contradicción insoportable entre una mentira consciente y una fe bastante ardiente como para cambiar la faz del mundo. Según la creencia de la Iglesia, Jesús volvió milagrosamente a la vida; según la opinión de los deístas, como Reimarus, su cadáver fue robado por los discípulos; según la exégesis de los racionalistas, como Paulus, Jesús no murió más que aparentemente y volvió naturalmente a la vida; según Strauss, “la imaginación de los discípulos avivada por su corazón emocionado, les representó como vuelto a la vida al Maestro a quien no podían resignarse a creer muerto. Lo que durante siglos había pasado como un hecho exterior, considerado primero como maravilloso, después como fraudulento y por fin como simplemente natural, hoy día es clasificado entre los fenómenos de la vida del espíritu; se hace un hecho puramente psicológico”⁴, el producto de la imaginación popular, un mito”⁵.

Para resumir todo en algunas palabras, las esperanzas y los deseos de los hombres, su respeto así como sus miedos, han tenido siempre una tendencia a transformarse en mitos. Así en el primer siglo de nuestra era, los judíos esperaban un Mesías; hacia este mismo tiempo apareció un maestro, Jesús, que parecía realizar todos sus deseos. Su nombre se convirtió inmediatamente en el centro alrededor del cual se agruparon todos los deseos, todas las imaginaciones: deseos e imaginaciones, que no tardaron en tomar la forma bajo la cual nos han sido conservados en los evangelios⁶.

Mostruoso sistema, en verdad, que levantó desde todas partes protestas, incluso en la Alemania protestante y racionalis-

ta. Le debemos los hermosos trabajos de Neander, Lange, Ebrard, Tholuck, sobre los santos Evangelios. Pero se tiembla verdaderamente, cuando se piensa en todo lo que hay de hábilmente satánico en los ataques de Strauss y en el mal que habrían podido producir sobre espíritus ligeros o mal dispuestos.

5º La hipótesis denominada de “tendencias” apareció poco tiempo después de Strauss, con su contingente especial de negaciones y su nuevo modo de ataque. Tuvo como principal autor a Ferdinand Christian Baur, cabeza de la famosa escuela de Tubinga y como principales adeptos a algunos de los discípulos del maestro, tales como Schwegeler, Zeller, Rtschl, Hilgenfeld, Volkmar, Koestlin, etc. Admiten a parte de los milagros, el carácter histórico de la mayoría de los hechos contados en el Evangelio y la realidad de la enseñanza de Jesús; pero según ellos los evangelios deben su origen como la mayor parte de los otros escritos del Nuevo Testamento a luchas intestinas que habrían puesto a la naciente Iglesia a dos dedos de su destrucción.

Cedamos de nuevo la palabra a Vigourox: “La idea fundamental de la crítica de Baur”, la que le ha dado su nombre, es que ha habido dos partidos opuestos en el seno del cristianismo primitivo, el ebionitismo, o petrianismo, derivado del esenismo, y el paulinismo. El antagonismo entre los partidarios de Pedro y los partidarios de Pablo, he ahí la llave que abre todas las puertas cerradas hasta entonces a la inteligencia crítica; he ahí la solución de todos los problemas de los orígenes cristianos... Los Evangelios son el reflejo, no del objeto que trazan, sino de las “tendencias” belicosas o conciliadoras de sus autores. Nos cuentan no tanto la historia de Jesús como la de la Iglesia y teorías diversas de cada facción de la Iglesia sobre su fundador”.

Así como hemos dicho en otra parte, S. Mateo, de acuerdo con este sistema habría escrito un Evangelio para apoyar la facción judaizante o el partido de los petrianistas; otro, un poco más tarde, se habría lanzado a la pelea con el evangelio que lleva el nombre de S. Lucas, al objeto de defender la facción liberal o pauliana. El Evangelio según S. Marcos tendía la mano a los dos partidos hostiles, a fin de acordar entre ellos una reconciliación.

He ahí en su esencia el sistema de las “tendencias”, que

está en contradicción con la historia no menos que todos los que le habían precedido.

6º No se trata ya de escuelas propiamente dichas, sino de simples matices divergentes, lo que representan los nombres de Ewald, Renan, Schenkel, Keim, el autor del "Ecce homo", Volkmar, etc.

Ewald⁷, tan felizmente dotado en el aspecto exegético, pero cuya dureza e ideas racionalistas han malogrado en gran parte su talento, se ocupó sobre todo del Antiguo Testamento. Sin embargo su "Historia del pueblo de Israel" lo llevó más tarde a ocuparse de la vida de Jesús, a la que consagró un volumen entero⁸, aparte del libro sobre los Evangelios del que hemos tratado más arriba⁹. Nacimiento completamente humano de su héroe y sin embargo hasta cierto punto la resurrección; realidad del milagro de Caná, de varias curaciones evangélicas, etc.: como se ve, una singular mezcla de lo divino y de lo humano en Nuestro Señor Jesucristo.

Renan ha sido juzgado desde hace mucho tiempo como crítico. Simple "eco" de la "voz" alemana¹⁰, y sin embargo maltratado por sus buenos amigos de Alemania, a cuyas invenciones él había "dado algún lustre"¹¹, gracias a la facilidad y al colorido de su lenguaje; tratado por ellos como "diletante sentimental"¹²; a remolque de todos y en contradicción con todos; llevando la movilidad y la versatilidad hasta el punto de no poder ponerse de acuerdo consigo mismo.

Los racionalistas lo juzgaron con más severidad quizá que los católicos. "La obra, tal como fue compuesta¹³, hace poco honor al país que lo produjo, y no podía salir otra cosa del medio en el que fue concebido"¹⁴. Estas palabras de Ewald son poco halagadoras para la ciencia francesa; son aún menos halagadoras para Renan. Keim golpea más duramente y con menos delicadeza, si es posible:

"El libro de Renan es ante todo un libro parisino, un producto superficial; es nulo para el estudioso, que no podría encontrar en él nada de utilidad". Sin duda, se produjo un gran escándalo; Pero hubo también, a causa de la propia enormidad del escándalo un feliz movimiento de reacción, que dio lugar, no sólo

a numerosos folletos, en los que se ha debido ver inmediatamente la debilidad de esta “Vida” fantasiosa, sino también a obras de grandes vuelos, atrayentes y sólidas al mismo tiempo que contribuyeron durante largo tiempo a dar a conocer a amar a Nuestro señor Jesucristo, mucho más que Renan consiguiera hacer blasfemar.

Baste citar las obras de Schenkel, Seeley y Keim, de los que habría que hablar demasiado largamente, si quisieramos analizar lo que contienen de especial en el terreno del error. Además, ninguna novedad, nada característico: es más bien eclecticismo, formado por prestamos de los cuatro grandes sistemas que han sido descritos más arriba: sistema de la blasfemia grosera, sistema de la explicación natural, sistema del mito, sistema de las tendencias.

7º Evidentemente, no es el lugar aquí de refutar en detalle todos los ataques dirigidos contra los Evangelios. Nos limitaremos pues, por una parte a recordar algunos principios, por otra parte a insertar algunas citas buenas y hermosas que desarrollarán los principios.

a) Estos diversos sistemas son psicológicamente imposibles. Todos presentan una novela en lugar de la verdadera historia; porque ¿cómo explicar, si los Evangelios están de una manera o de otra llenos de falsedades, el rápido y universal establecimiento de la Iglesia, su duración, el testimonio de los mártires?

Estos diversos sistemas se contradicen mutuamente, y han conseguido maravillosamente rebatirse uno a otro, mientras que los Evangelios pervivirán para siempre.

Estos diversos sistemas tienen la arbitrariedad como base y tienen todos un punto de partida absolutamente opuesto a la verdadera ciencia; queremos decir, la negación absoluta, a priori, de lo sobrenatural.

Estos diversos sistemas no tienen en cuenta para nada la sorprendente armonía que reina entre los evangelios y las profecías del Antiguo Testamento relativas al Mesías, es decir entre el periodo de cumplimiento y el periodo de preparación, entre la realidad y la figura.

b) Ahora escuchemos. Los portavoces pertenecerán a

todas las categorías religiosas; su sorprendente acuerdo no tendrá sino más fuerza.

“¿Qué pueden importar al hombre serio el Cristo según Seeley, Keim, Renan, Schleiermacher, Strauss y Paulus, cuando nosotros tenemos al Cristo según el evangelio? Es de una biografía como de una pintura. La mejor llegada para la familia y para el público no es aquella en la que el hombre genial pone una idea personal, sino aquella en donde la verdad y la exactitud crean la semejanza. En suma, después de tantos esfuerzos de la ciencia al servicio del libre pensamiento, ¿cuáles son los resultados conseguidos por la crítica negativa? Remontaos a un siglo y ved. Eichorn acabó con Reimarus, el desconocido de los “fragmentos de Wolfenbüttel”; Paulus acabó con Eichhorn; Strauss acabó con Paulus; Baur acabó con Strauss, dejando a Renan y a Keim la tarea de acabar su sepultura. Después tantos otros acabaron con Renan y la cadena continuará en el futuro así como en el pasado sin otras variantes. Es la historia de los falsos testigos que contradecían en el tribunal de Caifás:

“Muchos decían falso testimonio contra él, y los testimonios no estaban de acuerdo”.

“Sí, el carácter de Cristo sobrepasa absolutamente el terreno de sus apóstoles; por ello lo considero verdadero”.

“Considero los Evangelios auténticos; porque en ellos se siente el resplandor de la grandeza que emanaba la persona de Cristo, y que es de un género divino como jamás la divinidad ha aparecido en la tierra”.

“Me esfuerzo por mostrar que el carácter del Cristo de los Evangelios es perfectamente real y constante en todos sus rasgos esenciales, y al mismo tiempo es un carácter tan particular, tan individual, que no podría haber sido inventado por el genio de ningún autor, y menos aún por lo que se llama la conciencia de un siglo. Y si el carácter descrito en los Evangelios es real e histórico, ¿cómo podría dejar de admitirse que los evangelios son dignos de fe?”

“Esto no ha podido ser inventado; ningún hombre natural sería capaz de ello”.

“Cuando un número tan grande de teólogos librepensado-

res me certifica que no se mueven más que por el interés histórico, me guardo bien de creerlos, dado que esta postura no es ni loable, ni siquiera posible. Cuando se escribe sobre los faraones, se puede estar movido por un interés histórico; pero el cristianismo es una fuerza tan viva, encierra tales consecuencias para los tiempos presentes, que sería necesario no ser más que un investigador idiota (sic), para no decidir esta cuestión más que desde el punto de vista de la historia”.

“¡Ni un escritor, ni varios, estando de acuerdo o no estando, habrían podido crear un carácter que sobrepasa tan completa y absolutamente las capacidades del espíritu humano; y se pretende que haya salido de la incubación lenta, profunda, inconsciente del pueblo! ¡El libro más hermoso que haya iluminado, consolado, encantado como ninguno a la humanidad, habría sido creado por todo el mundo, es decir por nadie! ¡Esta figura que ningún pincel ha podido embellecer, hubiera sido sostenido por la mano magistral de un Rafael, de un Fray Angelico, de un Leonardo da Vinci, de un Van Eyck, que permanece más hermosa que la hermosura, se habría hecho ella sola! ¡Habría surgido, por sucesivos embellecimientos, del corazón y de las entrañas de las primeras comunidades cristianas! Pero se me permitirá plantear aquí una sola cuestión:

Estas comunidades, ¿quién las ha hecho? ¿Cómo se hicieron cristianas? ¿No es el Cristo conocido, amado, adorado como Dios y como Hombre, quien ha hecho el pueblo cristiano? Entonces, ¿cómo es que el pueblo es quien ha hecho a Cristo?”

“Decimos que si en los actos de Jesús no hubiera habido nada que sobrepasara la experiencia de todos los días, su historia no sería más que incomprensible. Sus predicaciones morales habrían sido, por imposibles, diez veces más sorprendentes y más sublimes que lo que en efecto lo son, no habría ciertamente producido por si mismas este movimiento extraordinario, en una población tan poco preparada para penetrar en ellas, tan poco preparada incluso para apreciarlas en su justo valor, tan incapaz de medir su valor. Era necesario para estas masas alguna otra cosa que les elevara, que les arrastrara, que no corriera el riesgo de desvanecerse en su espíritu aún poco firme, cuando una catástro-

fe inesperada parecía deber provocar una reacción funesta y definitiva.

A menos de decir que todo lo que nuestros Evangelios cuentan del entusiasmo del pueblo, de sus juicios, de sus veleidades políticas sobre todo, a propósito de la persona del profeta de Nazareth, no es más que fábula y mentira, es necesario que haya habido otro elemento, un móvil completamente nuevo, querriamos decir un resorte palpable que haya dado el impulso en una esfera en la que la fuerza de las ideas no es ordinariamente la mayor. ¿Quién no pensaría aquí primero en esas numerosas curaciones que forman, al lado de la parte didáctica el verdadero fondo de la historia de Jesús? ¿Nos atreveríamos a decir que ha podido, arrogándose los aires de taumaturgo de su jefe, abusar audazmente de la credulidad de sus circundantes? Para ser los medios tan mezquinos y tan indignos, su finalidad era demasiado grande y demasiado pura. Y por otra parte, si se quería atrincherarse tras la suposición de que esta misma credulidad ha podido confundirse sobre la naturaleza de los efectos producidos, o que la fama ha podido exagerar sus proporciones, no hay que perder de vista que en muchas épocas de la historia cristiana, fenómenos análogos se han producido en relación íntima con grandes movimientos religiosos y en circunstancias en las que los testimonios de los contemporáneos no podrían ser apartados por la cuestión previa...

Pero todavía hay que poner de relieve otra consideración en favor de nuestros escritores. Es evidente que no cuentan más que lo que se creía en sus tiempos. Ellos no han inventado los hechos que relatan. No son ellos los que han tomado la iniciativa de la fe y de la tradición de la Iglesia. Esta ha existido antes de sus escritos, y ha existido, en parte al menos, porque creía en estos hechos. Ahora bien, una institución como la Iglesia no puede tener como base una simple ilusión. Podríamos decir que nuestros Evangelios, en sus primeros esbozos, están demasiado próximos a la época de Jesús, para que haya habido margen para una transformación completa, fabulosa, mítica de su historia; pero iremos mucho más lejos: diremos que aun cuando poseyéramos libros más antiguos, aun más próximos a los acontecimientos, no es probable que nos los representasen bajo otro aspecto. En primer

lugar, la fe de los individuos, como la de la comunidad, conservando religiosamente lo que constituía la esencia de la enseñanza del Maestro, se apoyó sobre otra cosa, sobre los hechos materiales que no corrían el riesgo de desvanecerse en contacto con una discusión contradictoria con estos primeros testigos... El comentarista no tiene pues la misión, así como tampoco habría tenido los medios, de reducir sus relatos a proporciones más simples, o, como se dice, más naturales. La experiencia ha demostrado que todas las tentativas de este tipo abocan fatalmente a resultados mezquinos e inverosímiles”.

Notas:

¹ Conférence sur les écrits de Strauss, Renan et Schenkel, trad. de l'allemand par Ph. Corbière, Paris 1865.

² Cornely, loc. cit., p. 720.

³ Pages 26-27.

⁴ Les paroles soulignées sont celles du d'Strauss lui-même.

⁵ F. Vigouroux, La Bible et les découvertes modernes, t. I, p. 61 et suiv.

⁶ Voyez Plumptre, Christ and Chrstendom, p. 333.

⁷ Mort en 1875.

⁸ Geschichte Jesu und seiner Zeit, 1855.

⁹ Page 45, note 2.

¹⁰ Mgr. Meignan, L'évangile et la critique au XIX^e siècle, p. 5.

¹¹ Fouard, Vie de N.S. Jésus-Christ, t. I, p. X de la 2^a edit.

¹² Hagenbach, Encyklopædie und Methodologie der theologisch. Wissenschaften, p. 206. 8^a edit.

¹³ Vie de Jésus, Paris 1863.

¹⁴ Voyez Mgr. Meignan, M. Renan réfuté par les rationalt. allemands, Paris 1863.

X. DIVINIDAD DE LOS EVANGELIOS

Como las otras partes del Antiguo y del Nuevo Testamento, los Evangelios son divnos porque están inspirados: “Tienen a Dios como autor”, tal como lo expresa el Concilio Vaticano. El Concilio de Florencia lo había dicho con menos concisión: “La Sacrosanta Iglesia Romana cree muy firmemente, confiesa y declara que un solo Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu

Santo, es el creador de todas las cosas visibles e invisibles... declaramos que este mismo y único Dios es el autor del Antiguo y del Nuevo testamento, esto es de la Ley de los Profetas, y del Evangelio”.

No tenemos aquí que insistir en esta tesis, que es ante todo dogmática. Nos ha parecido conveniente sin embargo, sobre todo por la especial importancia respecto a la historia evangélica, y también por los ataques del racionalismo, recordar en este punto algunos de los verdaderos principios.

1º Todo el mundo conoce la célebre frase de S. Agustín: “Yo... no creería en el evangelio, sino me conmoviera la autoridad de la Iglesia Católica”.

Nada más profundo que esta aparente paradoja.

¿Quién me dirá en efecto que tal o cual libro es inspirado, y en consecuencia divino, sino una autoridad infalible, que no podría ni equivocarse ni equivocarme? Y esta autoridad es la Iglesia, tal como lo han enseñado todos los siglos cristianos.

Y nada más natural, ya que la Iglesia es, en el tiempo y en la autoridad, anterior y superior a los Evangelios. Estaba fundada y constituida muchos años antes de su aparición; ella los ha recibido y conservado como un depósito sagrado; ella les ha dado y mantenido su verdadera interpretación; ella, incluyéndolos en el canon de las Santas Escrituras, ha proclamado su inspiración y su divinidad. Y este hecho completamente histórico resulta mucho más fácil de comprender, si recordamos que los mismos autores según Dios de los evangelios habían trabajado directamente en fundar la Iglesia por su predicación, antes de consignar la vida de Jesús por escrito. “Estos, dice S. Ireneo, que nos han hecho conocer el evangelio, lo han predicado primero; después, por voluntad de Dios, han depositado en las Escrituras el fundamento futuro y la columna de nuestra fe” (Contra las Herejías, III, 1).

2º El testimonio general de la Iglesia en favor de la divinidad de los evangelios se descompone, en el detalle, en millares de testimonios particulares, que forman el admirable y sólido haz de la tradición.

Los textos que hemos alegado, en nuestros volúmenes precedentes, para demostrar la autenticidad de cada uno de los

Evangelios independientemente, prueban al mismo tiempo su canonicidad, y en consecuencia su inspiración. Pero citaremos todavía algunos otros, que se relacionan muy directamente con nuestro tema actual.

La Epístola de S. Bernabé: “Estemos atentos, no sea que, como está escrito, muchos sean llamados y pocos elegidos”¹. Las palabras “como está escrito” relacionan del modo más evidente el pasaje tomado de S. Mateo y en consecuencia el primer evangelio entero a los libros inspirados y divinos.

S. Ignacio de Antioquía:² “Conviene prestar atención a los Profetas, y sobre todo al evangelio, en el que se nos ha mostrado perfectamente la pasión y la resurrección”. He ahí los Evangelios asimilados a los Profetas, o más bien colocados por delante de los Profetas, cuyos escritos eran considerados ciertamente como divinos³.

S. Clemente Romano, Basílides, etc. citan aquí y allá pasajes sacados de los Evangelios, con la mención expresa: “La escritura dice, está escrito”.

En el fragmento antiguo atribuido, aunque falsamente al sacerdote Caius, leemos⁴: “Aunque diversos principios estén inculcados en cada evangelio, sin embargo la fe de los creyentes sigue siendo la misma, ya que todo lo que concierne al nacimiento, la pasión y la vida (del Salvador) está contado por todos ellos bajo el único y principal Espíritu”⁵.

Theonas de Alejandria: “Entretanto será alabado el evangelio y el apóstol (es decir el resto del Nuevo Testamento) como oráculos divinos”⁶.

Teófilo de Antioquía: “También de la justicia que la ley ordena, son concordantes las sentencias de los Profetas y de los Evangelios, puesto que todos han hablado plenos del mismo espíritu de Dios”⁷.

Clemente de Alejandría: “No hay disonancia, sino una perfecta armonía entre la ley y el evangelio, porque proceden de un único y mismo autor, Jesucristo”⁸.

Orígenes⁹: “Los relatos de los evangelios son oráculos del Señor, oráculos muy puros, como la plata que ha sido purificada siete veces al fuego”.

Del siglo primero y segundo pasamos de golpe a este hermoso texto de S. Agustín¹⁰, que es como un resumen de las creencias de la tradición entera:

“Al escribir éstos (los profetas y los apóstoles) las cosas que él (Cristo) mostró y dijo, en absoluto debe decirse que él mismo no las haya escrito; pues sus miembros realizaron lo que conocieron al dictado de la cabeza. En efecto lo que él quiso que nosotros leyeramos de sus acciones y de sus palabras, les inspiró a ellos el escribirlas como con sus propias manos. Quienquiera que entienda esta unión, comprenderá lo que lee en el evangelio de Cristo según la narración de los discípulos del mismo modo que si viera la propia mano de Dios que tenía en su cuerpo escribiendo”.

Por lo demás, ¿Nuestro Señor Jesucristo no había prometido en los términos más solemnes una inspiración especial a sus apóstoles y sus discípulos para su predicación, cada vez que tuvieran que dar testimonio de él? Matth. 10, 19-20: “Cuando os entreguen no penséis cómo o qué vais a hablar; pues se os dará en aquel momento lo que debéis hablar. Pues no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros. Matth. 28, 18-20:

“Id y enseñad a todos los pueblos... Y yo estoy con vosotros todos los días”. Joan. 14, 26: “El Paráclito... el Espíritu Santo... él os enseñará todo y os sugerirá todas las cosas que os diré”¹¹. Esta inspiración no podía faltar a los evangelistas para el género más elevado y más importante de su ministerio.

3º El culto público o privado de los evangelios desde los primeros siglos de la Iglesia es una prueba más de la creencia en su inspiración, en consecuencia una prueba de su divinidad.

Habíamos señalado a este respecto cierto número de rasgos arqueológicos. Encontrándolos después muy bien agrupados por M. Martigny, en su célebre “Dictionnaire des antiquités chrétiennes”, hemos querido rendir un humilde homenaje a la memoria de este venerado sabio, dando integramente dos de sus páginas¹².

A. Culto público. “El libro de los santos Evangelios fue en todo tiempo en la Iglesia objeto de un culto religioso. El cuar-

to Concilio de Constantinopla, Act. 10, can. 3, ap. Labbe, t. 10, p. 634, no hizo más que renovar la doctrina del segundo concilio de Nicea, que no era sino la expresión del espíritu primitivo del cristianismo, decretando que se debía rendir al libro del Evangelio el mismo culto que a la propia imagen de Jesucristo. Los Padres ponían un celo infinito en conservar el texto en toda su pureza e integridad y escribían a menudo copias con su propia mano. Es lo que se sabe en particular de S. Pánfilo (Hier., De vir. illustr. 75), de Eusebio (ibid., 81) y de S. Jerónimo (Epist. 6). Los dos primeros, unidos, como se sabe, por lazos de estrecha amistad se asociaron muchas veces en un celo piadoso por esta obra importante. Nos quedan todavía hoy muchos manuscritos sirios y griegos, donde se reproducen fielmente las anotaciones que habían puesto estos dos grandes hombres al final de los ejemplares corregidos por ellos (ved también de Rossi, Bolletino, ann. I, p. 67): “Corrigiendo cuidadosamente yo Eusebio corregí, estableciendo Pamfilo la colación; Pamfilo y Eusebio corregimos con cuidado, con su propia mano Pamfilo y Eusebio corrigieron; de nuevo con nuestra propia mano corregimos Pamfilo y Eusebio”, etc.

Para obtener la corrección de las copias no se retrocedía ante ningún gasto, tal como lo vemos por los precios marcados al final de ciertos manuscritos más destacados (Borgia, “De cruce Velit., 183). Al principio cada Evangelio estaba escrito en un volumen aparte. S. Jerónimo es el primero que ha formado lo que después se ha denominado un “leccionario” o un “evangelionario”, y el Papa Dámaso ordenó su lectura durante la liturgia. Esta lectura se hacía en todas las lenguas habladas por las diferentes personas presentes; en Scythopolis, Procopio, que era lector y exorcista, leía el Evangelio en griego y lo explicaba en lengua sirio caldea.

Lo más frecuentemente se tenía estos libros sagrados en bibliotecas especialmente destinadas a este uso; más tarde se colocaron en uno de los “secretaria” que se abrían a los dos lados del altar, en el abside (Paulin., ep. ad Sev., 12). S. Ambrosio nos enseña (Epist. 4, class. 1), que en Milán se encerraban en un cofre adornado de oro: “allí está el arca del Testamento, cubierta por todas partes de oro, es la doctrina de Cristo”. Entre las riquezas

que el rey Childeberto había traído de España, S. Gregorio de Tours (Hist. Franc., l. 3, c. 10) cuenta veinte arcas de oro puro adornadas de perlas y destinadas a contener el libro de los Evangelios: "Trajo veinte arcas de los Evangelios de oro puro y adornadas con piedras preciosas". Tal es también la descripción que da de un cofre del mismo tipo, realizado por orden de la hija del emperador León: "Ordenó fabricar un arca de oro puro y piedras preciosas para guardar los santos Evangelios" (De glor. confess., c. 63). El mismo uso existía en Roma, porque se dice en el Orden romano (t. 7) que el subdiácono habiendo hecho besar el Evangelio al clero y al pueblo, lo encerraba en el cofre precioso que sostenía el acólito.

Se puede ver en los monumentos litúrgicos de todos los ritos ceremonias llenas de respeto y solemnidad que presidían la lectura del Evangelio en la liturgia sagrada. Nos es imposible entrar en este detalle, por interesante que sea.

En los concilios se colocaba el Evangelio sobre un trono elevado cubierto de ricos tejidos, desde donde parecía presidir estas santas asambleas. Un mosaico del baptisterio de Ravena nos ha conservado la representación de este uso solemne. Se ve allí el evangelio abierto depositado sobre un "suggestus", sostenido por cuatro columnas, y a cada lado en un nicho absidial, está representada una sede episcopal: es la imagen abreviada de un concilio.

Nota:

¹ N. 4. Cf. Matth. IX, 13- - ² Ad Smyrn., 7.

³ S. Ignace dit encore, loc. cit., 8: "Confugiamus ad Evangelium, tanquam ad corporaliter præsentem Christum".

⁴ Ap. Routh, Reliquiæ sacræ, t. IV, p. 3.

⁵ D'après le grec, "l'Esprit qui dirige", qui a l'hégémonie.

⁶ Routh, l.c., t. III, p. 443. - ⁷ Ad Atuol, III, 12.

⁸ Strom., II, 23 -

⁹ De princ., IV, 14.

¹⁰ De consensu evangelistarum Lib. I, n. 54

¹¹ Cf. Joan XVI, 12 - 13; Gal. I, 11-12.

¹² P. 299-301, d'après la 2^a edit., Paris 1877. Voyez aussi F. X. Kraus, Real-Encyklopædie der christlichen Allerlümer, t. I. p. 436-458.

BIBLIOGRAFIA

Padres Apostólicos, BAC 65, de D. Ruiz Bueno. Contiene también los fragmentos de Papías.

Padres Apostólicos, Apostolado Mariano. Le falta Papías.

Apologías, de S. Justino, Apostolado Mariano.

Contra las Herejías, de S. Ireneo, 5 tomos, Apostolado Mariano.

Stromatéis, de S. Clemente Alejandrino. Abadía de Silos.

El Apologético, de Tertuliano. Apostolado Mariano.

Padres Apologistas Griegos, BAC 116: Arístides, S. Justino,

Taciano, Atenágoras, Teófilo de Antioquía, Hermias el Filósofo.

Orígenes Contra Celso, BAC 271.

Historia Eclesiástica, de Eusebio de Cesarea, 2 tomos, BAC.

De Viris Illustribus, de San Jerónimo. Apostolado Mariano.

La Concordancia de los Evangelistas, BAC 521, de S. Agustín.

Todos estos libros, que son los que más se citan en esta obra, están traducidos al castellano y se hallan ala venta en las editoriales señaladas.

INDICE

Presentacion	5
------------------------	---

EVANGELIO SEGUN SAN MATEO

I- Noticio biográfico sobre San Mateo	9
II - Autenticidad del primer Evangelio	11
III - Integridad	18
IV - Tiempo y lugar de la composición del primer Evangelio .	20
V - Lengua en que fue escrito el primer Evangelio	22

EVANGELIO SEGUN SAN JUAN

I - El Apóstol San Juan	33
II - La autenticidad del cuarto Evangelio	46
- 1 Las Pruebas extrínsecas	46
- 2 Las Pruebas intrínsecas	59
- 3 Los racionalistas y sus sofismas	69
III - La ocasión, las fuentes, el fin del cuarto Evangelio . . .	77
IV - Tiempo y lugar de la composición	86
V - El carácter del Evangelio según San Juan	88

INTRODUCCION GENERAL A LOS EVANGELIOS

I - Número de Evangelios	95
II - Orden y sucesión de los Evangelios en el canon del N.T.	98
III - Las representaciones simbólicas de los 4 evangelistas .	99
IV - Los títulos de los Evangelios	101
V - El contenido de los Evangelios	105
VI - Relaciones de los cuatro evangelistas entre ellos, sus similitudes y sus diferencias. Las razones de estas similitudes y divergencias	119

- 1 Estado de la cuestión	120
- 2 Relaciones mutuas de los Evangelios sinópticos	122
- 3 Relaciones del cuarto Evangelio con los tres primeros	147
VII - La Cronología de los Evangelios	158
- 1 El año del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo . .	160
- 2 Comienzo y duración de la vida pública de Jesús . .	164
- 3 El año de la muerte de Ntro. Señor Jesucristo	167
VIII - El texto primitivo de los Evangelios y la crítica textual	168
IX - Los evangelios y la crítica racionalista	169
X - Divinidad de los Evangelios	180
Bibliografía	187